

MONCHO GOICOECHEA

Humor en tiempos de silencio

Columnas en la página dos del diario *Madrid*



MONCHO GOICOECHEA

Humor en tiempos de silencio

Columnas en la página dos del diario *Madrid*



Con motivo del 35 aniversario del cierre del diario *Madrid* la Asociación de Periodistas Europeos edita esta colección con el objetivo de rescatar algunas de las colaboraciones más brillantes publicadas en este periódico entre 1967 y 1971. La colección se compone de cuatro volúmenes: *Humor en tiempos de silencio*, una antología de las mejores columnas de Moncho Goicoechea; *De su propia cosecha*, una selección de viñetas de Chumy Chúmez; *El gol geopolítico*, que incluye las cien mejores crónicas de fútbol escritas por Francisco Cerecedo en el diario *Madrid*; y la reedición de *Figuras de la fiesta nacional*, también de Francisco Cerecedo, editado por la APE con Argos Vergara en 1983, y que traza en lenguaje taurino la biografía de los líderes políticos de la transición.

Colección coordinada por:

Juan Oñate

Selección de los textos:

Julia Barrero

Diseño y producción editorial:

VYB editores

Impresión:

EFCA

- © de la edición: Asociación de Periodistas Europeos y
Consejería de Cultura y Deportes de la Comunidad de Madrid, 2007
- © de los textos: sus autores
- © de las ilustraciones: sus autores

Para más información consultar www.apeuropeos.org y www.madrid.org

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

ISBN: 978-84-611-5584-2

978-84-451-2978-4

Depósito legal:

HISTORIA REVIVIDA

SANTIAGO FISAS

*Consejero de Cultura y Deportes de la
Comunidad de Madrid*

Con el apoyo de la Comunidad de Madrid a este proyecto editorial se pretende recuperar una etapa significativa para la historia del periodismo madrileño, que podrá ser revivida a través de los textos originales escritos por periodistas que trabajaron para el diario *Madrid*.

El diario *Madrid* debe considerarse como uno de los mejores ejemplos del periodismo de vanguardia de la España de la posguerra. La historia de este periódico está unida a la evolución política y cultural del país, y particularmente a la de Madrid, durante los cinco años que estuvo activo (1966-1971). En él escribieron grandes figuras que sentaron las bases de un nuevo estilo periodístico que reivindicaba una mayor libertad de expresión, y que hoy podemos redescubrir gracias al interés de la Asociación de Periodistas Europeos y de la Fundación Diario Madrid.

Con la publicación de estos libros recuperamos una parte importante de la obra periodística de algunos de los más fieles colabo-

radores del diario *Madrid*. Un libro con las mejores columnas de Cuco Cerecedo publicadas en este diario, junto con la reedición de su obra *Figuras de la fiesta nacional*, algunas de las mejores secciones «H de humor» y «Página P» de Moncho Goicoechea y una selección de las viñetas más destacadas de Chumy Chúmez constituyen cuatro publicaciones que recordarán el espíritu periodístico de esa época.

PERIODISTAS

ANTONIO FONTÁN

Presidente de la Fundación Diario Madrid

El diario *Madrid* de los cinco años que, con mal disimulado orgullo, nos gusta llamar del «*Madrid independiente*», entre 1966 y 1971, era, como toda la prensa de entonces, una empresa modesta en comparación con los «gigantes» de ahora. De él los historiadores de los medios y de la política del régimen suelen recordar las sanciones que sufrió el periódico, las colaboraciones de las páginas de opinión, en las que no se hurtaba el cuerpo, en la medida «administrativamente» posible, a los problemas políticos, culturales y sociales de la nación, y la numerosa serie de autores de esas secciones de opinión. Pero hubo en nuestra modesta y limpia trayectoria otros capítulos que merecen recordación que, siendo por principio netamente profesionales y sin salirse de las casillas del género periodístico en que se inscribían, respondían al mismo espíritu de libertad de pensamiento y de expresión que queríamos que presidiera nuestro trabajo.

Entre ellos son particularmente dignos de memoria los que se dejan agrupar en estas «ediciones conmemorativas» que en rela-

ción con el diario *Madrid* ha promovido la Asociación de Periodistas Europeos.

Los protagonistas principales de estas ediciones y del catálogo que las sigue son tres periodistas de nuestra publicación: Moncho Goicoechea, Chumy Chúmez y Cuco Cerecedo, un columnista, un dibujante y un escritor de crónicas políticas y deportivas, que también acertaron a ser políticas. Ninguno de los tres, desafortunadamente, se encuentra ya entre nosotros. Viven en la memoria de los que fuimos sus compañeros y amigos y en la obra literaria o artística que nos dejaron. Quizá ellos, si vieran lo que estamos haciendo, nos dirigirían un reproche, entre escéptico e irónico, dando a entender que sus artículos o sus caricaturas no eran para tantas solemnidades. Pero en la Asociación de Periodista Europeos y en la Fundación Diario Madrid sabemos que no tendrían razón.

Moncho Goicoechea (José Ramón López Goicoechea) llegó a las páginas del diario en 1968, cuando nuestro equipo llevaba ya dos años sacándolo adelante. Su firma y sus columnas nos acompañaron hasta el final de 1971. Se le veía poco en la redacción, porque solía enviar sus artículos desde fuera y porque no le interesaba nada esa rutinaria máquina de llenar papel que es un diario. Era un hombre del norte —navarro—, atípico, ingenioso, chispeante y a la vez tremendamente serio. Era de izquierdas y no sé si cuando empezó a publicar en el *Madrid*, o quizá antes, se creía que militaba, quizá sin afiliación, por esas zonas políticamente cada vez más concurridas en aquellos tiempos. Vino al periódico en el 68 y siguió escribiendo hasta el final, en el 71. Quizá algunos de nosotros le parecía-

mos unos «reaccionarios» liberales. Los conflictos con el ministerio no le alcanzaron. Él era listo y hábil, además de excelente escritor, rico en recursos. A veces sus «columnas» eran dialogadas y siempre estaban impregnadas de gracia y de intención.

En la selección de artículos que han efectuado los promotores de esta edición conmemorativa, se ve, por los temas e incluso por los títulos, que Moncho cultivaba una crítica sociológica y política de actualidad; los problemas de España y la insuficiencia de las respuestas que se daban a ellos desde el poder quedaban claramente puestos de manifiesto con divertida claridad pero sin saña. Podría decirse que ponía en práctica el adagio latino «*parcere homines, dicere de vitiiis*», que todo el mundo entiende sin necesidad de traducción al castellano. Antes de pasar a otro de los humoristas del *Madrid*, hay que decir algo de la lengua y del estilo literario de Goicoechea. La suya era una escritura moderna, y muy de la calle. Los diálogos eran hablados y los rasgos de humor nunca pesados ni empalagosos. Pero uno de los más visible y salientes rasgos de sus artículos era el realismo y la actualidad de los asuntos y de su tratamiento. El criptolenguaje de la política de la época, las cuestiones estudiantiles que se planteaban a unas generaciones nuevas, la necesidad de la europeización, los problemas internacionales, la modernidad que entraba a este país por el turismo y las salidas al exterior, la débil e incompleta apertura informativa, etc.

Las columnas de Goicoechea constituyen una galería de retratos de la sociedad española y de la necesidad de los cambios que los españoles más lúcidos consideraban urgentes. Muchas de las cosas

que en esos artículos se reflejan podrían servir de documentación sociológica a los estudios de la España de aquella segunda mitad del decenio setenta de nuestro pasado siglo XX.

Yo no sé de dónde sacó Chumy el *nom de plume* con que todos le hemos conocido. Cuando empezó a entregarnos su diaria caricatura era un joven prometedor, pero ya prestigioso dibujante de humor, que se había ganado un lugar distinguido en las revistas profesionales. Trabajó para el *Madrid* desde 1967. En varios de sus libros se han recogido muchos de sus chistes que habían aparecido en nuestras páginas y que a él le gustaba llamar caricaturas. Fue uno de nuestros más apreciados «editorialistas». No entró nunca en confrontaciones directamente partidistas, ni en polémicas profesionales. En algún lugar ha contado él su conversación conmigo cuando empezó a trabajar para nuestra página tres. Hacía una especie de descripción geométrica de la posición política e ideológica del periódico. A un lado estaba lo que la gente entendía entonces por «derecha», que venía a confundirse con la ortodoxia del régimen, y por otro la «izquierda». Nosotros nos habíamos propuesto estar en el centro con la vista en la realidad que se extendía por ambas direcciones. No sólo defendíamos las libertades ideológicas y políticas, sino que nos proponíamos practicarlas. Él tenía toda la libertad del mundo para concebir y componer sus chistes. Yo, como director del diario y responsable de la publicación, me reservaba el derecho de rechazar alguno de sus trabajos. Chumy, casi treinta años después, proclamaba sin rebozo que ese caso no se dio nunca. Así como que tampoco se le había insinuado el asunto que

había que abordar. Chumy era un artista moderno, de acusada personalidad y de un estilo inconfundible. También era pintor y lo hacía muy bien entre otras cosas porque era un excelente dibujante, dueño de un trazo firme y de una notable capacidad de observación: la misma que aplicaba a la realización de sus caricaturas y a la caracterización irónica de sus personajes. Las caricaturas de Chumy no necesitaban ir firmadas, ni acompañadas de ese pequeño solecillo, que no sabría decir si siempre, o sólo con frecuencia, aparecía en ellas.

Chumy, igual que Goicoechea, era también un sociólogo. Pasada por los tamices de su ingenio y de su vocación de observador de las realidades humanas y de la sociedad española de su tiempo, Chumy elevaba a esa modesta, pero tan de nuestra época, plasmación de tinta sobre blanco su versión irónica de la realidad en que vivíamos entonces. Los textos que acompañaban a sus dibujos eran expresivos, adecuados y sentenciosos. Chumy era un moralista. Quizá por eso resulte tan adecuado ilustrar las columnas del navarro Goicoechea con los dibujos del donostiarra Chúmez. Yo no sé si ellos tuvieron oportunidad de tratarse como compañeros de periódico. Se compaginan bien los trabajos del uno con los del otro. Quizá, en mi recuerdo, Moncho era más militante y más político y Chumy personalmente más independiente de lo uno y de lo otro. Era más irónico y se diría que se situaba más lejos, quizá por más escéptico, del propósito de cambiar las cosas.

Cerecedo ha tenido una destacada fama póstuma, como titular del premio anual que los dirigentes de los Periodistas Europeos,

con generoso patrocinio, otorgan cada año a un profesional de la prensa, español o extranjero, pero relacionado con España. También produjeron gran emoción las circunstancias de su precoz y prácticamente repentino final en pleno trabajo profesional de periodista político, y fuera de aquí. Además de su producción literaria, parcialmente recogida en libros, ocupa un lugar de honor entre los humoristas del *Madrid*. En la colección que ahora nos reúne, junto a las crónicas político-deportivas de nuestro diario, se publican unas caricaturas literarias que escribió para uno de los efímeros semanarios de los primeros años de la transición, que quizá no a todos los lectores vayan a agradar, porque habría que verlas en el contexto de aquellos tiempos en que para mucha gente no estaba claro que las cosas fuesen a salir como salieron. Yo aplaudo la gracia de su pluma y su voluntad de retratar por la sola cara del humor personas y situaciones que también hay que ver dentro de su contexto y en el marco de su tiempo.

En mi opinión la gran novedad literaria y política del notable periodista que fue Cerecedo estuvo en la sumaria antología que en esta colección se llama *El gol geopolítico*. Quizá el precedente más notable de esas crónicas deportivas fue el de las que escribió Fernández Flórez —gallego también como Cuco— para el *ABC*. Yo invitaría a los historiadores políticos a leer a Cerecedo en el contexto de las crónicas y los sucesos políticos del régimen de aquellos años últimos de los sesenta y primeros de los setenta del pasado siglo en que semana a semana se escribían sus artículos. Cerecedo, que era un buen profesional, estudió en serio el fútbol de aquellos años. No sé si esos

conocimientos le venían de antes o si los fue adquiriendo al paso de las jornadas y los torneos. Nadie dijo que fuera ignorante de lo que describía o comentaba. En todo caso para el diario *Madrid* las críticas futbolísticas de Cerecedo representaron un enriquecimiento literario y político que hizo además que no pocos de nuestros lectores, que buscaban en nuestro periódico el análisis o el comentario de la vida pública nacional, se interesaran por el deporte del balompié.

Esta selección de «Humor en tiempos de silencio» no es sólo un merecido recuerdo de tres periodistas ilustres, sino una lectura agradable e instructiva que refleja pasajes de nuestra historia. Para las generaciones nuevas quizá abra una ventana a un pasado que también es el suyo, porque fue el presente de sus mayores.

MONCHO EN LA DOS

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

Secretario General de la

Asociación de Periodistas Europeos

Cuando aquel *Madrid*, que terminó saltando por los aires en tiempos de Franco, nuestro Moncho Goicoechea estaba en las antípodas de los columnistas que colaboraban a distancia y entregaban sus cuartillas emborronadas al motorista del periódico que iba a buscarlas al domicilio o al café. Moncho Goicoechea abominaba del alejamiento y practicaba lo que en términos futbolísticos se denominaba el encimismo. Merodeaba incansable la redacción y su prolongación inmediata en «Río Rey», el bar de la acera de enfrente.

Allí enlazaba las partidas de una de esas maquinitas psicodélicas a la moda, que hacían recorrer itinerarios de luces y rebotes a unas bolas de acero soltadas una a una hasta que se las tragaba sin más remedio ni más puntuación válida el sumidero dispuesto en el borde inferior del rectángulo inclinado. Para Moncho se sucedían las partidas de pago y las ganadas con el sudor de su frente y con el

acierto de sus pulsos de jugador, siempre atento para propinar a las bolas esos toques medidos, a la usanza de los golfistas consumados, capaces de prolongar el tiempo útil de cada una de ellas e incrementar la cuenta de los puntos acumulados.

Como tantas veces —ahí están las cuevas de Altamira para probarlo— la mano iba modelando el cerebro y aquellos ejercicios de mecánica, acústica y luminotecnia estimulaban la conversación simultánea sobre asuntos de la actualidad periodística más candente con los colegas del periódico. Eran tiempos de precariedad pero sabíamos que el apetito llega comiendo y que la inspiración sólo alcanza pleno rendimiento si sorprende al artista trabajando. Como acaba de recordar el premio Nobel Orhan Pamuk también Moncho sabía que lo más próximo es lo más extraño y trataba de expresar eso que todos saben pero que no saben que lo saben.

Por eso Moncho Goicoechea prefería dejar que la inspiración le tomara al asalto en cualquier momento para dejarse impregnar por ella y llevarla de la mano a su columna «H de Humor» de la segunda página. Era un recuadro, junto a la «Revista de Prensa», una sección donde se reproducían párrafos selectos de los editoriales y de las columnas de opinión aparecidos en diarios de otras ciudades. Un ejercicio que en principio hubiera podido parecer inocuo pero que atrajo las iras y las sanciones de la censura sobre el género exhibido en aquel escaparate.

En nuestra memoria de periodistas en la dictadura figuraba el ejercicio de la simulación, de escribir entre líneas, de evitar adjudicar espacios relevantes a las noticias por las que teníamos mayor in-

terés. Un proceder que sacrificaba la vistosidad para pasar mejor los filtros censores. Nos invadía un extraño afán de renuncia al valor periodístico de anticipar una exclusiva y nos entregábamos a la tarea de buscar acompañamiento porque si los demás también publicaban la noticia peligrosa todos resultábamos menos vulnerables.

Moncho estaba en la columna «H de Humor» todos los días laborables y los sábados nos ofrecía otras variaciones en la «Página P» ilustrada con viñetas *ad hoc* de Abelenda. Entonces, sobrevenía la maquetación que era el arte característico de Onésimo Anciones. Otra cosa es que la medida sólo de vez en cuando coincidiera.

Irrumpió el desastre del cierre, primero temporal, de cuatro meses —junio, julio, agosto y septiembre de 1968—, y luego definitivo, el 25 de noviembre de 1971. En la dispersión subsiguiente Moncho terminó como redactor de las emisiones en español de Radio París. Después en 1974 vino la enfermedad de Franco y los que, procedentes del desahucio anterior, nos habíamos reencontrado en publicaciones como *Cambio 16* y *Posible* queríamos a toda costa adelantarle a Moncho la exclusiva. El número de los antifranquistas creció exponencialmente tras la muerte de Franco pero los textos de Moncho en el diario *Madrid* se escribieron con el general todavía fuerte y lozano, en pleno uso de sus facultades.

Conviene recordárselo a los lectores para que sepan el valor añadido que encierran estas columnas «H de Humor», ahora que se recuperan en esta antología que hemos distribuido en capítulos sin respetar el orden cronológico. Cada uno de ellos se abre con una viñeta de Chumy Chúmez, su compañero de la página tres. Quede

también constancia de que esta edición ha sido posible merced a la ayuda de la Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid y a la colaboración de la Asociación de Periodistas Europeos en unas fechas que prolongan el 35 aniversario del cierre del periódico.

ÍNDICE

Si escribo tu nombre	23
Sin más armas que el humor	28
De feria a feria	33
Del ruedo al césped	45
Horario de estudiantes	67
La aventura de leer, la aventura de escribir	77
Otros desarrollos que conviene plantear	107
¿Qué opina usted del año político?	123
De Madrid... al féretro	157
Negras nubes, venidas de fuera	171
Todos a la «tele»	179
Europa 70, lo que nos sobra y lo que nos falta	191
La opinión de la paloma	203
Cada momento tiene su frase... imaginaria	219
Anuncios de actualidad por palabras	233
Los verbos (muy irregulares) del momento	241
Las noticias del día... de mañana	259

SI ESCRIBO TU NOMBRE

MIGUEL LOGROÑO

Para nombrarte he nacido, libertad¹. Si escribo tu nombre, querido Moncho Goicoechea, es para señalar, en el poder taumatúrgico de algunas palabras, de algunas actitudes, aquello esencial, por lo que tú naciste, y viviste, y moriste: el aprecio de lo más grande, ser libre, en la persona más entera, más de una pieza, que he conocido. Fondo y forma del paisaje que evoco, pero que no sé si seré capaz de describir: el entramado más recio y firme de la principal figura de ese paisaje en una aparentemente frágil arquitectura. Apunto a una posible razón orgánica de lo que te hizo, hierro o cristal, o ambos elementos a la vez. ¿El material? No, la materia, Moncho, es decir, la idea y sus humos, la condición, la calidad de lo que es por encima de todas las cosas: una materia de la inmateria.

Vuelvo con emoción a un espacio tuyo y mío, seguro de que te encontraré, al lugar de los lugares, Tudela, algo muy hondo, en lo

¹ Del poema *Liberté*, de Paul Eluard.

adentro, un latido, el corazón. Para nombrarte he nacido, Tudela, que allí, que aquí permanece la presencia del amigo. Entonces —años noventa— acordamos que me esperarías por la mañana en la terraza del Aragón, en la Plaza Nueva. Y no fallaste, porque nunca fallaste, en ningún compromiso. Hola Moncho, con el periódico, y unos libros y un cuaderno sobre el velador. Llevabas levantadas las solapas de una amplia chaqueta, y como que te encogías dentro de ella, pues, aunque había sol, soplaba un poco de cierzo. Estabas con unos amigos, creo que con Cascante, a los que me presentaste. Nos dijimos mutuamente que nos véíamos muy bien, como en Madrid, habrían pasado unos quince años, y de inmediato, pues también se puede hacer camino al hablar, nos pusimos en marcha, al redescubrimiento entrañable del paisaje común de una ciudad.

Yo propuse que lo primero que podríamos hacer era subir a la plaza de San Jaime, para visitar la que fuera tu casa familiar, la casa de arriba, Goicoechea. Hicimos la no empinada subida por la calle del mercado, Pamplona tiene cadenas y Tudela su mejana, a cuyo paso tuve un rendido comentario sobre los incomparables espárragos y alcachofas que se dan en nuestra huerta, y tú otro no menos rendido sobre las zanahorias y sus propiedades curativas, en especial para los achaques de garganta. «Coge una licuadora —me dijiste—, prepara un zumo de zanahorias, te lo bebes y como nuevo.» Tomé nota del consejo y, por la calle que ahora llaman de Conquería, llegamos a San Jaime. A pocos metros, la taberna en la que me invitaste a chacolí —tú, agua, para no contrariar el efecto benéfico de la zanahoria—, al lado, la Casa del Almirante, no la tuya,

otra —un día te contaré algo acerca de esa casa—, y como estamos en el eje axial de la zona antigua, ahí mismo, tocándola, como quien dice, la «pulcra» tudelana, la catedral, firmeza de la piedra, como la tuya. Ramón, y temblor, la crónica miniada de la puerta del Juicio, el silencioso tiempo detenido del claustro, paradigma del románico, que visitamos; otra casa cerca de aquí la de Mario, al que llamamos, pero no estaba; el intricado, hermosísimo laberinto urbano de la Judería, del que salimos, ya ves, por la parte de la pequeña, inmensa iglesia también románica de la Magdalena, tú a tú con la catedral, porque habías quedado, ya, corre, con tu amigo el pintor Juan Belzunegui, y querías estar a la hora. A la hora estuviste.

Una vez, en el diario *Madrid*, en tu sección «Los verbos muy irregulares del momento», leí tu conjugación del verbo «Entrar»: «Yo entro. Tú entras. Él entra. Nosotros entramos. Vosotros entráis. Ellos entran.» Y en otra ocasión, el verbo «Salir»: «Yo salgo. Tú sales. Él sale. Nosotros salimos. Vosotros salís. Ellos salen.» Y me quedé en suspenso, como buena parte de tus muchos lectores, imagino. Moncho es la cima del surrealismo, pensé. Más que eso: tu eras lo previo a lo zúrrela. El Jacques Vaché de las «Cartas de guerra», que tanto ponderó el patriarca de la cosa, André Bretón. Porque otro día conjugaste (en tiempo pasado) el verbo «Pedir». «Yo pedía la amnistía. Tú pedías la amnistía. Él pedía la amnistía. Nosotros pedíamos la amnistía. Vosotros Pedíais la amnistía. Ellos no han dado ni siquiera un indulto.» Y el verbo «Pensar»: «Yo pienso en Europa. Tú piensas en Europa. Él piensa en Europa. Nosotros pensamos en Europa. Vosotros pensáis en Europa. ¡Ahora a aprender a pensar en “europeo”!»

Ya que andamos por Europa, alguien me contó, Moncho, que una noche en París, al finalizar el programa de Radio France exterior que hacíais tú y Emilio Sánchez, cuando debía de sonar la protocolaria «Marsellesa» os distéis cuenta de que se había traspapelado la cinta. ¡Qué horror! En la pecera de control no sabían que hacer ante tamaña catástrofe. La primera vez que iba a concluir el programa sin el consabido *Allons enfants...* Pero tú hiciste un gesto de que nadie se apurase, que habría «Marsellesa». Así cuando llegó el instante preciso, ¡*voilà!*, no sé si con un papelito entre los labios, entonaste un peculiar tu-ru-ru-ru-tu-ru-tu-ru, y tarareaste el himno de los himnos. También me contó la misma fuente que la que se organizó entre la audiencia fue gorda. Pero tú, una vez más, no fallaste. Jamás lo hiciste, reitero.

Formidable tu libro «Herejías vasconavarras», que me enviaste, con una inmerecida dedicatoria, a mi domicilio en Madrid. Rezuma navarrismo por los cuatro costados. Te lo confesé y lo comentamos cuando ascendíamos al Cabezo, el monte en el que se alza una escultura del Corazón de Jesús, y en el que antaño estuvo el castillo de Sancho *El Mayor*. El *Rex navarrorum* que personaliza el origen de todo. He ahí el lugar desde el que se comprende y contempla mejor el lugar de lugares. Desde esta altura todo se vé. Hasta el obrero volador, tu certera imagen —esos penetrantes ojos tuyos, Moncho, esos ojos— de la increíble capacidad aérea del obrero que, en tanto las exquisitas fuerzas del orden franquistas disparaban al aire para no dar y dispersar incruentamente la manifestación, quedó abatido sobre el suelo. Desde el Cabezo se abraza y se ve toda la

ciudad. Y el Ebro, cómo no, su constante discurrir, el Ebro apacible, el Ebro iracundo, cuando se desborda, el Ebro que nos une, el vértigo y el amor del río que nos lleva, nos lleva... Esta jota ribera es para ti, Moncho Goicoechea:

Adiós puente de Tudela, adiós mi lindo querer, adiós
Navarra del alma, «siempre» te volveré a ver.

SIN MÁS ARMAS QUE EL HUMOR

RAFAEL MONEO

Honrar, recordando lo que fue su obra, la memoria de Ramón López de Goicoechea y Remacha, que tanto y de tan buena fe luchó por cambiar lo que era el mundo a su alrededor, es un deber para quienes hoy disfrutamos de un mundo que, si bien no es enteramente el que él soñó, sí que es muy diverso de aquél en el que transcurrieron los primeros años de nuestras vidas.

Nacido en la segunda mitad de los años 30, en plena Guerra Civil, en Tudela, Navarra, forzoso es decir en este brevísimo apunte biográfico de Moncho Goicoechea que tanto los López de Goicoechea como los Remacha eran familias con un perfil bien acusado en la ciudad. La familia paterna, los López de Goicoechea por un lado, y los Garbayo, por otro, tenían notable presencia en Tudela, dada su condición de propietarios e industriales, cuyos hijos habían ido ya a la universidad; siempre habían hecho gala de una actitud, ante la vida y la política, liberal. La familia materna, los Remacha Villar, comerciantes y profesionales, habían dado muestras de inquietud

intelectual y el citar por un lado a Fernando Remacha, notable compositor que tras la Guerra Civil volvió a ocuparse del negocio de ferretería familiar y, por otro, a José María Remacha, médico y escritor costumbrista, como posibles antecedentes para explicar lo que fueron los afanes de Moncho Goicoechea es algo obligado.

Ramón López de Goicoechea y Remacha fue un adolescente precoz y pronto dio muestras de su carácter abierto y jovial al ser protagonista ineludible de toda «velada literario-teatral» en el colegio de Jesuitas de Tudela. No muy amigo de los deportes, sus intereses se orientaron hacia las letras y puede que desde entonces estuviese en su mente el ser periodista. Comenzó sus estudios universitarios —derecho— en Zaragoza, pero todos entendíamos que su verdadera vocación era el periodismo y a nadie sorprendió que en la segunda mitad de los años 50 se trasladase a Madrid, decidido a estudiarlo en la recién fundada Escuela. Volvió a sus lares cuando consiguió titularse, haciendo prácticas en el *Diario de Navarra*, por un lado, y en el *Heraldo de Aragón*, por otro. En ambos recuerdo haberle visitado a altas horas de la noche, cuando se cerraba la edición. R.L. de G. sentía el periódico como su medio. Sin duda, R.L. de G. veía en el periodismo el camino por donde dar rienda suelta a lo que entendía eran sus obligaciones para con la sociedad, ya que era en sus artículos donde su rebeldía podía manifestarse.

Incómodo con lo que era entonces la vida en España, R.L. de G. se trasladó a Francia, a París, trabajando en *France Presse* y entrando inmediatamente en contacto con el amplísimo núcleo de exiliados. Creo que R.L. de G. pasó momentos felices en París, don-

de contrajo matrimonio y donde compartió proyectos para el futuro de España con quienes fueron desde entonces sus mejores amigos. A mediados de los años 60 R.L. de G. volvió a Madrid, comenzando a trabajar en el periódico *Madrid* y en *Hermano Lobo*, medios que mantenían una actitud crítica para con el Régimen. Fue seguramente el período más fértil de su carrera. R.L. de G. se había decantado ya por el humor y desde la ambivalencia del género se permitía decir cosas que en otros campos hubiesen sido censuradas. El humor le permitía a R.L. de G. mantener su carácter jovial sin perder lo que él entendía como obligación ética.

Tras el cierre del periódico *Madrid* y desencantado por el modo en el que se producía la transición política —menos radical de lo que él hubiera deseado— R.L. de G., tal vez sintiendo la llamada de los orígenes vascos de su apellido, se ilusionó con el proyecto de la izquierda abertzale, trasladándose a Donostia y Usurbi y colaborando con los periódicos que simpatizaban con tal ideología. R.L. de G. pasó a ser Montxo Goicoetxea. Allí vivió, rodeado de buenos amigos, casi durante dos décadas. Pero cuando la no demasiada buena fortuna familiar y el quebranto de su salud hicieron mella en su ánimo, volvió a Tudela, donde pasó los últimos años de su vida. Recuperó en Tudela viejos amigos y hábitos y contó con el inquebrantable cariño de sus hermanos que siempre estuvieron a su lado.

Fue R.L. de G. un hombre bueno, generoso, fiel a sus convicciones, siempre dispuesto a ayudar a los demás en cualquiera que fuera la circunstancia. Creyó firmemente que su obligación era el cambio de la sociedad y a tal tarea entregó su vida por entero con

una ilusión y un entusiasmo admirables. Obró siempre de buena fe y poder decir esto de una persona es, a mi modo de ver, el más alto de los reconocimientos. El humor fue su arma. Un humor teñido siempre, como bien verá el lector de estas páginas, de una a veces demasiado evidente voluntad pedagógica. Ello hace que alguno de sus escritos pierda valor en sí mismo, si bien inmediatamente se convierte en material valioso para los historiadores, clave para entender lo que han sido unos determinados años de nuestra historia reciente. La vida entera de R.L. de G. es ya un episodio de la misma.

Publicar sus escritos, mantener viva su memoria, reconocer lo que fue su contribución a la evolución de la sociedad española, era algo obligado y que, como amigo y testigo de lo que fue la vida de R.L. de G., agradezco profundamente a la Asociación de Periodistas Europeos, responsable de que este libro se encuentre hoy en las manos del lector.

DE FERIA A FERIA



—Si pudiese lidiar a aquel crítico, verías como estaba colosal.

DE FERIA A FERIA

LA OPINIÓN DEL «DESTEÑIDO»

He recibido en la Redacción una visita insólita: ¡un toro! ¿No se lo creen? Yo también lo he dudado en algún momento. Era la hora de la siesta, ¡y hacía tanto calor! Sin embargo, tengo ante mí las notas de la conversación.

—Me llamo «Desteñido» —ha comenzado diciendo, al tiempo que se sentaba—. Soy de la divisa Pérez, Pérez y Pérez, y hace siete años fui indultado en Sevilla por bravo. Ahora soy ya totalmente manso, claro... Una vez curado de las heridas, me hice afeitar totalmente los cuernos para no llamar demasiado la atención entre ustedes, me compré ropa, y desde entonces me dedico a viajar. Casi siempre me

toman por americano. Voy de feria en feria, y en invierno regreso a la dehesa, donde siempre tengo mi pienso y mi cama asegurados.

—Su relato me parece muy interesante —le he interrumpido—, pero quizá fuera conveniente que viera a los compañeros de reportajes o a los de sucesos...

—No se impaciente —me ha cortado—, que sé adónde vengo. No tema que le cuente una historia triste o que termine pidiéndole dinero. Vengo a quejarme. Y a quejarme de algo muy concreto. Y es que me parece inadmisibile que antes, durante y después de la feria de San Isidro se publiquen opiniones de todo el mundo menos nuestras, menos de los toros. Hablan los ganaderos, hablan los empresarios, hablan los apoderados, hablan los toreros, hablan los aficionados, hablan hasta los turistas..., y de nosotros no se acuerda nadie. Y, sin embargo, nosotros también

tenemos nuestras cosas que decir.

—Pues dígalas —le he animado, convencido ya de que allí había tema.

—Después de ver lo que ha ocurrido en la primera plaza del mundo, en la «cátedra», como muchos la llaman, pese a que en ella no se ve, afortunadamente, a un solo estudiante, mi impresión, y la de muchos compañeros, es que esto se acaba. La «fiesta macabra», como la llamamos nosotros, y usted comprenderá por qué, se empieza a tambalear. Tardará cinco años o tardará diez años, pero esto se acaba. El montaje de todo el tinglado es ya muy burdo, y el público se empieza a llamar a engaño. Estos días se ha derrumbado el último gran mito, y usted sabe a quién me refiero, y desde ahora va a ser muy difícil poner otro en pie. Es curioso: durante muchos años, todos nosotros pensamos que nuestra liberación ven-

dría por el camino de la reforma de estructuras agrarias. Cambiaría el régimen de propiedad —nos decíamos en la dehesa—, el campo producirá mucho más, la industria se beneficiará de ese nuevo poder adquisitivo, el nivel de vida subirá, a nadie le dará ya por jugarse la vida ante nosotros para ganar dinero, porque lo ganará más regular y sosegadamente en una fábrica; las plazas se transformarán en cosas culturales, y nosotros acabaremos tranquilamente nuestros días pastando... Eso comentábamos entre nosotros, mientras digeríamos la hierba. Ahora vemos que no. Que quizá se tarde algunos años más, pero que nos liberemos de nuestro triste destino por otros caminos: la extinción paulatina de la «fiesta». Sí, amigo Goicoechea —ha concluido «Desteñido»—: esto se acaba. ¿Se convence usted ahora de que también nosotros teníamos cosas interesantes que decir?...

TOREO-DENUNCIA

Después de que Miguelín se ha tirado al ruedo para demostrar la «fiereza» de los toros que mata El Cordobés, nada tendría de extraño que se propagase este tipo de espontáneo-protesta, con lo que en los periódicos iban a menudear noticias de este tipo:

«Durante la lidia del segundo toro, de Eusebio López, “el Farias”, saltó al ruedo el matador José Lechuga, “Billetes”, y disparó una ráfaga de metralleta contra el peto de uno de los caballos, sin que resultase alcanzado el animal. Concluida su acción, “Billetes” manifestó: “A los picadores se les llama ‘las fortalezas’, y he querido demostrar que, efectivamente, lo son. Los picadores de “el Farias” usan petos blindados, y ahora ya lo sabe la afición...”»

«Durante la lidia del primer toro, correspondiente a José Lechuga, “Billetes”, se

lanzó al ruedo el también matador Fermín Collado, “Figuras”, y apoderándose del estoque que usaba el diestro, lo partió en varios trozos, a los que dio fuego después, mientras gritaba: “¡Madera, madera!” Al ser detenido declaró que la afición tenía que saber que “Billetes” jamás usa el estoque de verdad, el de acero, salvo para matar, y porque no hay otro remedio. “Parece mentira que haga eso él —dijo—, con lo que cobra, y con los brazos tan recios que tiene...”»

«Durante la lidia del segundo toro de Fermín Collado, “Figuras”, se tiró al ruedo, vestido con una bata blanca, el a su vez torero Jaime Menéndez, “Jaimito”, con intención, según parece, de tomarle al primero una muestra de sangre. “Jaimito” esgrimía en su mano derecha una jeringuilla, y en la izquierda, un maletín con los útiles de practicante. “Sé que el ‘Figuras’ se dopa —manifestó posterior-

mente ‘Jaimito’—, y quería hacerle un análisis de sangre para que la afición sepa a qué atenerse”.»

«Durante la lidia del primer toro de Jaime Menéndez, “Jaimito”, se lanzó al ruedo, acompañado de toda su familia, el desde hace poco también matador Juan Ruiz, “Juanete”. “Juanete”, sus padres y los ocho hermanos del diestro se situaron en el centro del redondel y comenzaron a hacer gestos imitando la acción de comer. Retirados del anillo por la fuerza pública, “Juanete” declaró que su intención era hacer ver a la afición las circunstancias que obligan a tantos muchachos a dedicarse “al toro” para poder comer. “Once de familia —dijo ‘Juanete’—; y mi padre, obrero eventual; pero crónico en mi tierra..., ¿qué otra cosa se puede hacer para salir de tanta miseria? Hacía falta que la afición lo supiera, y por eso hemos hecho lo que hemos hecho...”»

DE FERIA A FERIA

Después de la feria de San Isidro se celebra en Madrid la feria del Libro. Informado por idéntico espíritu que el que anima a la joven crítica taurina, yo me he acercado hasta el Retiro con intención de saber cómo van las cosas por esta nueva Feria del Libro.

—En general, bien —me ha respondido un joven crítico literario—, pero hay que decir que no acaba de salir el libro-libro.

—¿El libro-libro?

—Sí: yo llamo libro-libro al libro con el peso y los «pitones» necesarios. O sale el libro gordo, mazacote, que se cae a uno de las manos, o sale el libro chico, flacucho que más bien parece un folleto. En cuanto a los «pitones», hay que decir, en términos generales, que al aficionado se le sigue dando el libro «afeitado», inofensivo, desprovisto de defensas. Sigue faltando el libro

con codicia y acometividad que entusiasma a los públicos y les hace levantarse de sus asientos. Los viejos aficionados recordarán seguramente los libros que salían hace cuarenta o cincuenta años.

—El fenómeno que tú señalas, ¿se da a escala mundial o nos atañe a nosotros más particularmente?

—Yo creo que es un fenómeno que se da en diversos países, pero aquí es donde reviste más gravedad. En París, por ejemplo, que se puede considerar como la «cátedra» literaria, sigue saliendo el libro-libro. Así lo han señalado, hace unos días tan sólo, los enviados especiales a la elección presidencial. Los escaparates estaban llenos de un montón de libros que se referían directamente al momento político que está viviendo el país. Así concibo yo el libro-libro. Pues aquí ese libro-libro no acaba de salir. Reconozco que soy un aficionado exigente, pero yo echo en falta en este

momento un buen ensayo periodístico sobre los Acuerdos militares con Estados Unidos, o sobre el «affaire» Barreiros, con todo lo que implica de penetración económica extranjera; o sobre las distintas concepciones en torno al problema sindical, o sobre el asociacionismo... Ese podía ser el libro-libro con casta —puesto que estaría escrito por un autor español y no sería una traducción—, con nervio, con bravura.

—Te comprendo. Sin embargo, el aficionado parece contento, en general, con el libro actual. Algunos libros se están vendiendo como agua...

—Lo uno no quita lo otro. Además, el aficionado se suele conformar con poco. Pese a todo, la Feria actual es un fenómeno minoritario. El libro-libro podría acercarla en poco tiempo a grandes públicos.

—Así, pues, ¿derrotista? —le he preguntado para terminar.

—En absoluto. Yo diría más bien anticonformista. Mi intención es que la Feria vaya para arriba y no para abajo. Y eso sólo con el libro-libro se podrá lograr...

NUEVA VISIÓN DE UNA VIEJA CRISIS

Un amigo mío, muy aficionado a los toros, sostiene una tesis acerca de la evidente decadencia que acompaña a la «fiesta» que quizá logre armar mucho ruido.

—¿Sabes quién es el único y absoluto responsable de la crisis que amenaza con terminar en breve plazo con la tauromaquia? —dice—. Pues ni más ni menos que la música..

—¿Cómo la música?

—Sí; la música, la banda de música que en teoría ameniza los festejos, los músicos que acompañan las faenas, lo que se llama «la música».

La verdad es que resulta una idea totalmente nueva.

—Pues he llegado a ella —añade— muy sencillamente: por deducción. Llevo varios años reuniendo todo cuanto se dice y publica sobre la crisis de la «fiesta». Artículos, comunicados, declaraciones, entrevistas, chismorreos, confidencias... ¿Qué resulta de todo ello? La cosa está muy clara. Los ganaderos rechazan toda responsabilidad, porque ellos sólo crían el toro bravo con la edad y la cornamenta necesaria. Así que por el lado del toro no cabe buscar culpabilidades.

—¿Y por el lado de los toreros?

—Aún menos. Todos ellos juran y perjuran que jamás han toreado un bicho afeitado y, mucho menos, que no tuviera los años precisos.

—¿Y los subalternos?

—¡Pobres subalternos! Con los salarios de miseria que les pagan, ¿quién se atrevería a culparles de nada? Están descartados «a priori»; pero por si fuera poco, ahí están sus

palabras desmintiendo que a veces «toreen» al Reglamento.

—¿Y los empresarios?

—Inocentes también. No hay más que leer lo que dicen. Ellos sólo quieren salvar la pureza y las esencias incomparables de la fiesta. ¡Si son capaces hasta de perder dinero con tal de que la fiesta vaya para arriba!

—¿Y los veterinarios?

—¡Pobrecillos! Juran y perjuran que sólo se limitan a cumplir estrictamente con su deber.

—¿Y la autoridad?

—¿La autoridad? Pues eso: autoridad. Libre de toda sospecha.

—¿Y el público?

—Más inocente aún. No encontrarás ni una sola declaración de un aficionado en la que reconozca que le están tomando el pelo.

—¿Y los turistas? ¿No serán ellos los causantes de todo lo que está pasando?

—*Pas du tout*. Perdón; en absoluto, quiero decir. ¿Quién queda? ¡La música! La culpa de la crisis la tiene la música.

—Por que ya no saben tocar tan bien como antes, ¿quién?

—Eso ya no soy quién para decirlo. Yo me limito a señalar al responsable, que no es otro que la música. De buscar causas, que se ocupen los técnicos...

OREJA Y VUELTA

La «fiesta» está de capote caído. Eso ya no lo niega ni el aficionado más aficionado. ¿Cómo devolverle su antiguo esplendor? Esa es la cuestión.

Con permiso de ustedes, vamos a exponer una serie de medidas regeneradoras que, por supuesto, no se nos han ocurrido a tontas y a locas. Concluida la temporada 1969, hemos leído y escuchado todo cuanto se ha escrito y dicho acerca del porvenir de la «fies-

ta» (hemos hecho oreja, como quien dice). ¿Qué les parece que demos una vuelta (como dicen los jugadores de mus) por el panorama taurino?

TOREROS

Ante la evidente falta de toreros que padece el país, la primera medida regeneradora sería la del cierre hermético de las fronteras. Sobre todo de la frontera hacia el Norte de Europa. (A Portugal no emigra nadie.)

¡Ya está bien de que la juventud prefiera irse a Francia o a Alemania a ganarse la vida, desdeñando el glorioso y sin par camino de la tauromaquia, único que permite acceder a la fama y al bienestar en breve plazo!

De continuar emigrando alegremente al Extranjero todos los jóvenes braceros y jornaleros andaluces, extremeños y castellanos (zonas de tradicional raigambre taurina), al cabo de muy pocos años ya no

nos quedará un mal maletilla que llevarnos a la muleta.

TOROS

Restaura la «cantera» de vocaciones taurinas, gracias al cierre de la frontera pirenaica, ¿cuál creen ustedes que sería la segunda medida que está pidiendo a clarinazos la tambaleante «fiesta»?

Está claro, que una vez resuelto el problema de los toreros, habría que enfrentarse con el problema del toro. Sin toros no hay toreros. Y sin toreros no hay toros.

¿Qué le ocurre al toro hoy en día? Que a diferencia de los toreros, que cada vez son más grandes, pues no en vano la «raza» va para arriba, los toros cada vez son más pequeños, más esmirriados, más birrias.

¿Por qué? Pues porque en nuestro país no se ha hecho aún la reforma agraria y, por tanto, las ganaderías no tienen la extensión que debieran tener. Y sin ganaderías gran-

des no hay pastos. Y sin pastos no hay toro. Y sin toro...

La «fiesta» está pidiendo a gritos una reforma agraria que duplique o quintuplique los escasos cientos de miles de hectáreas de tierras que actualmente se dedican a pastos. ¡Fuera minifundios! ¡Fuera campesinos de medio pelo! ¡Fuera propiedades rurales de tipo medio!

¿Qué les parecen a ustedes las medidas regeneradoras que proponemos? Otro día (el folio se acaba) propondremos más.

**BRINDIS TAURINOS
(QUE NO SE OIRÁN EN
SAN ISIDRO)**

«Quiero brindar este toro a todo el público. Los pases que salgan buenos, para el público de sombra. Y los que salgan malos, para el de sol. El que más paga, tiene derecho a más, ¿o no? ¡Va por ustedes!»

«Al mejor oftalmólogo del mundo, que si no me hubiera

puesto lentillas de ésas, no sé cómo haría yo para poder ver los renacuajos que salen por el toril...»

«La muerte deste marrajo se la quió brindá a ezo millone de emigrantes que se fueron del campo a laz ziudade y a loz extranjero sin reclamá ná a naide: grasia a ellos se puén seguí dedicando hirtáreas a criá toros y además de verdá y poreso lez brindo ezta faena.»

«Como quiero ver el partido que se televisa a las siete y media, a las diecinueve treinta, que se dice ahora, voy a ser breve y mi brindis va para la andanada. Total, no se van a enterar...»

«A la mejor televisión de todas las televisiones, y que nadie se crea que hago este brindis porque he oído que el 30 de abril del año que viene van a televisar corridas desde la mañana hasta la noche y quiero que me pongan en alguna de ellas...»

«Quiero brindarle a usted, bella extranjera, en represen-

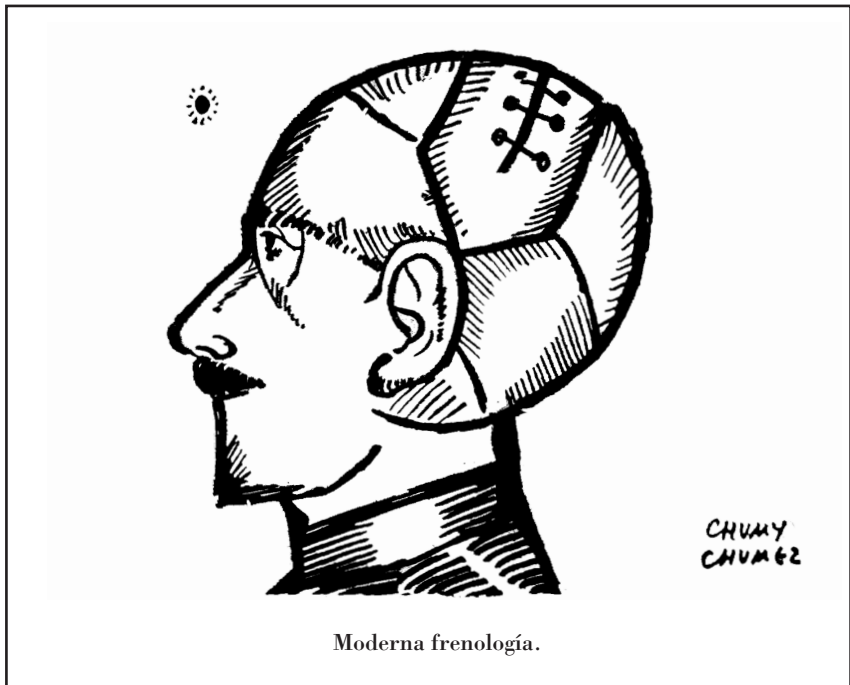
tación de esos millones de turistas, sin cuya presencia la “fiesta” se hubiera ido al cuerpo no hace ya años, con la eficaz ayuda de toreros, ganaderos, apoderados y empresarios, por supuesto...»

«A la memoria de aquel torero único que fue Joselito, de cuyas rentas estamos viviendo

hoy muchos de los que nos dedicamos a esto del toro. Si la leyenda no se sostuviera gracias a genios como José, ahora muchos iríamos vestidos de cualquier cosa, menos de luces.»

«Va por ti, barbero inigualable, a pesar de que no tienes peluquería abierta y casi nadie te conoce...»

DEL RUEDO AL CÉSPED



DEL RUEDO AL CÉSPED

PARTIDO

—¡Cómo ha cambiado este país —me decía un amigo francés que llegó a Madrid en día de partido de la Copa de Europa—. Tan sólo son las ocho de la noche y ya no se ve a nadie por las calles. ¿Es que esto se debe a la política de austeridad?

Mi amigo había venido en tren desde Irún. La estación estaba desierta. Los taxis escaseaban. La circulación rodada era prácticamente inexistente. Los autobuses públicos pasaban vacíos. No se veía, no diré un alma, puesto que las almas son difíciles de ver en cualquier ocasión, pero ni siquiera un gato.

—No —le respondí—; se debe a que el partido acaba de comenzar.

—¿El partido? ¿Es que la España se ha politizado súbitamente?

—¡Que va! Aquí llamamos partido a lo que vosotros llamáis «match». Pero, entre nosotros, los partidos nada tienen que ver con la política. Tan es así, que en día de partido hasta las propias Cortes levantan antes la sesión para que ningún procurador pueda descuidar sus deberes cívicos. Hoy hay un partido importante —en principio, todos lo son—, que se retransmite por televisión. Las calles están vacías, pero los bares y los hogares están llenos. Los que tienen televisión invitan a los amigos que no tienen. A los niños se les acuesta antes para que no molesten. El teléfono se deja descolgado por temor a que pueda sonar cuando se está produciendo una jugada de peligro. Durante dos horas, el país entero se paraliza, pero en cuanto el árbitro pague el pitido final, los bares se

vaciarán y las calles se llenarán de nuevo. Si se ha ganado, las ciudades recobran su fisonomía bulliciosa. Si se ha perdido, se diría que se va a celebrar un funeral nacional. Muchos ciudadanos se van a la cama sin probar bocado, y en muchos bares el dueño se refugia detrás de la caja, sin acordarse de cobrar la consumición. Por supuesto, al día siguiente, la productividad nacional disminuye notoriamente, porque si el empleado está deprimido, el director no lo está menos. Por el contrario, si se ha ganado un encuentro difícil, todo el mundo trabaja con mayor entusiasmo. Tan cierto es esto que se puede afirmar que el desarrollo económico de estos últimos años ha coincidido con la racha invencible, en la Copa de Europa, del Real Madrid...

—*C'est incroyable!* —comentaba mi amigo.

Es increíble, pero desde la estación hasta el hotel pudi-

mos seguir las incidencias del «match» en la radio del taxista. En recepción no había nadie, porque el televisor estaba instalado en el salón. De las casas vecinas salía una voz: «Pirri pasa a Amancio...» En los bares con televisor no se podía entrar, y en los bares sin televisor, tampoco, porque habían cerrado para irse a ver el partido a un bar que lo tuviera. Madrid parecía una ciudad muerta. Se diría que todos sus habitantes habían emigrado al Extranjero.

—*C'est incroyable!* —repetía mi amigo—. ¿Y las «cogidas» despiertan asimismo una tan gran pasión?

—En absoluto. Los toros no le interesan ya a casi nadie, hasta el punto de que en los propios Clubs taurinos se siguen los partidos por la televisión.

En éstas estábamos cuando los bares empezaron a escupir riadas silenciosas de gente. No se oía ni una mosca. Agarré por el brazo a mi amigo:

—Esta noche ten cuidado con lo que hablas..., ¡porque hemos perdido!

NORMALIDAD EN
EL CLUB

¿Qué pasa en el Atlético de Madrid?

Porque es evidente que algo pasa en el Atlético de Madrid.

De otro modo, ¿cómo explicar que un Club con buenos jugadores, con buen entrenador (al menos con un entrenador caro), con buena Directiva, con buen estadio, con buenos seguidores, con buenas relaciones públicas, con buenos espacios en la Prensa (como todo Club), vaya de descalabro en descalabro?

Algo pasa en el Atlético de Madrid, y algo importante. Y algo que trasciende el puro ámbito futbolístico.

Y como hace tiempo que uno anda con la Universidad detrás de la oreja, me he ido a investigar en el propio terre-

no, igual que se está haciendo en toda la Prensa con respecto a la Universidad.

¡Fuera intermediarios! ¡Al Club! ¡Hilo directo! ¡A las fuentes de la noticia!

—Usted es el primero que empieza a situar el problema —me ha dicho un directivo, tomándome familiarmente por el brazo—. Usted no frecuenta el Manzanares, ¿verdad? A veces se ven mejor los problemas desde «fuera». ¡No cabe duda! Pues sí, amigo. Mi opinión es que estamos siendo víctimas de un grupito de agitadores. Si no, no se entiende lo que pasa aquí. Nos hemos gastado millones en fichajes, hemos invertido millones en el nuevo estadio... y esto no marcha. El título de la Liga tenía que ser nuestro... y ya no lo es. ¿Quién puede ser el culpable? El entrenador, desde luego que no. Los jugadores, tampoco. La Directiva, ni pensarlo. ¿Qué nos queda? El público. Como el público es bueno por naturaleza, la situación

presente tiene que ser obra de un grupito de descontentos, de eternos descontentos, que sabe muy bien lo que quiere y no escatima medios para lograrlo. Mi opinión es que ese grupito de profesionales de la derrota a domicilio se nos ha infiltrado inadvertidamente entre los socios y con su demagogia barata está minando solapadamente los cimientos de nuestro Club. Ellos son los que crean el malestar entre los espectadores, malestar que se transmite a los jugadores... y que lógicamente se refleja en el marcador. Por lo demás, yo creo que no somos únicamente nosotros las víctimas de tan turbia maniobra. Repase usted los últimos resultados de la Liga y comprobará que la conspiración es general. Atenta contra todos los Clubs. ¡Jamás se habían registrado, durante tantas jornadas seguidas, tantos empates y derrotas a domicilio! ¿No está claro? Ha acertado usted, amigo. El Atlético está siendo víctima de

un grupito de profesionales de la agitación. Y con el Atlético, aunque por ahora resulte menos evidente, los demás Clubs. ¿Qué pretenden? ¡Pues vaya usted a saber! Toda conjetura es válida. ¿Aspiran a desprestigiar el fútbol con la aviesa intención de que el público vuelque su atención hacia otros temas? No sé. ¿Puede tratarse de una conspiración de origen taurino? No puedo afirmarlo. ¿Es más grave, quizá, y habría que pensar, ¡Dios nos libre!, en un asunto de tipo socio-político-económico-síndico-cultural? Es pronto para decirlo.

—Me alegra ver confirmada mi sagacidad. Por lo demás, ¿normalidad en el Club?

—Normalidad total...

DE LA CABEZA
A LOS PIES...

Los compañeros de deportes han hecho de introductores a una visita singular: ¡Una Comisión de futbolistas! No re-

cuerdo bien sus nombres, ni los Clubs a los que pertenecían, pero se llamaban algo así como Justino, Alberto Luis, Crescencio... Todo eran, según parece, «figuras».

—Ya sabemos que usted apenas se ocupa del fútbol —ha comenzado diciendo el que parecía portavoz del grupo—, pero no se preocupe, que no venimos a hablarle ni del partido del domingo pasado ni del partido del domingo que viene. Los compañeros nos han comisionado para que vengamos a hablarle de los sabios esos, de los «cerebros»...

—¿Qué les ocurre con los «cerebros»? —he preguntado intrigado.

—Pues que nos tienen muy preocupados. Un familiar de aquí —y el portavoz del grupo ha señalado a uno de sus acompañantes— ha leído que si los quieren traer a España, que si las autoridades quieren que vuelvan todos los que están fuera, ¡qué sé yo! Por lo visto, hasta ha salido en los

periódicos una foto de un ministro con varios «cerebros» de esos.

—Así es. Pero se trataba de algo pasajero: una reunión consultativa. Luego, cada mochuelo a su olivo y aquí no ha pasado nada. Lo que no acabo de ver es qué relación puede haber entre los «cerebros» y ustedes, los futbolistas. Supongo que saben ustedes que si se ha dado en llamarles «cerebros» no es porque rematen muy bien de cabeza...

—Ya, ya —me ha cortado el portavoz—. Ya sabemos que se dedican a la ciencia. Y eso es lo grave, que se empiece a pensar en hacer fichajes en el Extranjero que no tienen nada que ver con el fútbol. Hasta ahora sólo se traspasaban «cerebros» del pelotón, pudiéramos decir, como H.H., pongamos por caso. Pero si lo de los «cerebros»-«cerebros» se confirma... Porque, según el pariente de aquí, cuando se habla de rescatar a los «cerebros» es porque se cuenta con

el dinero suficiente para pagarles tanto como les pagan por ahí, y porque se ha pensado llevar a cabo una profunda reforma de la Universidad que les permita a los «cerebros» desarrollar todas sus capacidades, ¿no se dice así?, y, en definitiva, porque la sociedad está preparada para realizar todos los sacrificios necesarios que permitan el regreso de todos esos «cerebros». Y esto es lo que nos asusta. Que la sociedad se empiece a preocupar por estas cosas de sabios y demás, y que a lo peor comience, sin que nos demos cuenta, a despreocuparse de cosas como el fútbol. ¿Comprende usted?

—Comprendo. Pero, a mi modo de ver, por ahora no hay síntomas claros de que se esté produciendo ese fenómeno. Supongo que los estadios se llenan igual que antes. Eso, donde mejor lo pueden saber es en el Club. ¿Qué les han dicho a ustedes en el Club?

—En el Club, nada. Los directivos dicen que no nos

preocupemos, que todo eso de los «cerebros» son tonterías de la Prensa, que, entre partido y partido, y entre entrenamiento y entrenamiento, de algo tiene que hablar.

—¡Qué frescura! ¿Por qué no hablan ustedes con el presidente? A lo mejor les aclara las dudas...

—Ya le hemos hablado. Y nos ha dicho que aquí no hay más «cerebros» que los nuestros. Y que, por supuesto, el domingo hay que ganar...

DESPUÉS DE UNA GRAN VICTORIA...

Yo no soy de los que creen que el único balance positivo que para nosotros ha tenido la Olimpiada de México haya sido el descubrir que México se escribe con «x» y no con «j» (o que, al menos, los mexicanos prefieren la «x» a la «j», que, en definitiva, es lo único que debe importar).

Y como yo no soy de los que creen, etc., nada más terminarse los J. O. me he puesto en contacto con uno de los directivos que acompañaron a México a nuestros atletas.

—¿Satisfecho? —le he preguntado.

—¡Satisfechísimo! Si nos hubieran dicho antes de salir para México que íbamos a hacer un papel tan brillante, no se lo hubiera creído nadie. Los resultados, sin embargo, no dejan lugar a dudas.

—Desde luego.

—Ya pueden buscar el nombre de nuestro país en el «palmarés» de medallas obtenidas que no aparecemos ni por error.

—Ni por errata, pudiéramos decir...

—Eso es: ni por errata. ¿Cuántos países hay en la lista? Cuarenta, creo. Pues busque usted, busque...

—Ya he buscado, ya, como todo el país...

—¿A que no nos ha encontrado? ¿Satisfechísimo, le he

dicho antes? ¡Orgullosísimo!, le digo ahora. Hace falta ser unos tíos para no aparecer ni por asomo en una lista de cuarenta países. ¿Cree usted que cabe una mayor fidelidad al ideal olímpico que, como todo español sabe, o lo va a saber sin tardar mucho, expresa en todas las lenguas que «lo importante es participar»? Yo creo que no. Pocos países pueden estar a estas horas con la cabeza tan alta como nosotros. Quién más, quién menos ha sucumbido a la tentación chovinista y, en vez de limitarse a participar, se ha lanzado a acaparar ávidamente medallas.

—¡Qué se puede esperar de tantos y tantos países!

—Todavía se puede explicar que las grandes potencias, llevadas de su desenfrenado orgullo, hayan pensado más en ganar que en participar. Otro tanto se puede decir de muchos países que, sin ser «supergrandes», están altamente desarro-

llados. ¡Pero que pequeños países, con menos tradición, y con menos cultura, y con menos habitantes, y con menos recursos que nosotros, pierdan la cabeza por conseguir siquiera sea una medalla de bronce, es algo incomprensible!

—Tiene usted toda la razón.

—Pues ya lo ha visto usted: hasta Uganda, que nadie sabe dónde está en el mapa, se ha vuelto a casa con su medallita de bronce... Uganda, y Corea, y Formosa, y Jamaica, y Mongolia, y Nueva Zelanda, y Etiopía, y Persia, y Turquía... ¡Hasta Kenia! ¿Se imagina usted Kenia, con tres medallas de oro, cuatro de plata y una de bronce? ¿No le parece a usted un escándalo?

—Un escándalo descomunal, por no decir algo peor...

—No lo haga. La victoria no debe hacernos perder la cabeza. Debemos ser más generosos con el vencido que nunca...

JURISPRUDENCIA FUTBOLÍSTICA

No cabe duda de que las sanciones del Comité de Competición han sido severas. Nada más hacerse públicas he telefonado a un directivo de uno de los Clubs afectados para ver si corroboraba esta opinión.

—¿Severas? —me ha respondido con viveza—. Eso es poco. ¡Severísimas! Créeme que estamos asombrados, pero sobre todo alarmados.

—¿Alarmados?

—Sí. Alarmados. Nuestra opinión es que la mano dura, por sí sola, no constituye una solución.

—Quizá haya habido mano dura —le he interrumpido—, pero primero la han tenido los sancionados. Un árbitro salió del campo en camilla y un jugador noqueó a otro sobre la alfombra verde, que se suele decir...

—Lo de la camilla es más aparatoso que otra cosa, y no quear sólo a un contrario, cuando todo el mundo sabe que en cada equipo hay diez hombres más, no parece que sea un crimen. El «k.o.» no duró ni diez segundos. Pese a todo, las sanciones siguen siendo desproporcionadas. Nosotros pensamos que por ese camino no se va a ningún sitio. La represión, la pura represión, sólo sirve, la mayoría de las veces, para enconar los problemas, en lugar de resolverlos. A menos que se tomen medidas, claro.

—¿Medidas? ¿A qué medidas te refieres?

—Pues no sé. A medidas de apertura, a medida que faciliten el diálogo, a medidas que abran cauces para la representatividad... ¡Qué sé yo! Yo, lo que sé, es que la mano dura por la mano dura no es ninguna solución. Todos los días lo estamos leyendo en el periódico. Bueno: todos los días, no. Pero sí con frecuen-

cia. ¡Quién sabe si la violencia de un futbolista no es, en el fondo, más que una manera de expresar unas reivindicaciones económicas que no puede manifestar de otro modo!

—¿Reivindicaciones económicas un futbolista? ¡Lo que hay que oír! Además, en todo caso, de ser las cosas así, a los que debían noquear es a vosotros, no a los jugadores del equipo contrario, que quizá estén atormentados por problemas similares. Ese argumento puede valer para un oficinista o para un trabajador, pero para un futbolista me parece que no.

—¿Tú crees? —me ha preguntado mi interlocutor, con acento dubitativo.

—Por supuesto que lo creo. Una cosa es el fútbol y otra la vida política o la vida laboral —he respondido, creciéndome.

—En ese caso —ha replicado el directivo—, deja lo de que las sanciones nos han parecido muy severas y quita to-

do lo demás. Desde que al presidente le han regalado un libro del Marcuse ese, celebramos unas Juntas que más parecen una reunión ilegal...

LETANÍAS DEL DEPORTISTA

Desde hace unos días, unos carteles de la Delegación Nacional de Deportes nos invitan a los ciudadanos a vivir deportivamente. Partiendo de ellos, yo he imaginado lo que pudiéramos llamar las letanías del deportista.

Con tus cincuenta años encima y tu buena barriga, vive deportivamente.

Con tu pluriempleo por la mañana, por la tarde y por la noche, vive deportivamente.

Con tu pata de palo, vive deportivamente.

Con tu embarazo anual, tus cinco chicos en casa y tus tareas hogareñas, vive deportivamente.

Con tus quince dioptrías en cada ojo y tu poco de estrabismo, vive deportivamente.

Con tu salario mínimo y, por tanto, tu alimentación mínima, vive deportivamente.

Con tu reuma, tus callos y tus juanetes, vive deportivamente.

Con tus dos paquetes diarios de Celtas, vive deportivamente.

Con tus ocho horas de trabajo y tus tres de transporte, vive deportivamente.

Con tus zapatos de tacón, tu pelo cardado y tu abrigo (falso) de pieles, vive deportivamente.

Con tu afección cardíaca, vive deportivamente.

Con tus ocho viajes diarios (ida y vuelta, cuatro veces) en suburbano, vive deportivamente.

Con tu preocupación por el futuro, vive deportivamente.

Con tu «seiscientos», tu tele, tu frigo y tu lavadora, vive deportivamente.

Con tus calles encharcadas, tu vivienda humedecida y tu aire urbano enrarecido, vive deportivamente.

Con tu anemia disimulada, vive deportivamente.

Con tus nervios destrozados por los problemas de tráfico, vive deportivamente.

Con tu tertulia diaria, vive deportivamente.

Con tu constante temor de que la Empresa declare expediente de crisis, vive deportivamente.

Con tu vivienda sin ducha, vive deportivamente.

Con tu cochecito de inválido, vive deportivamente.

Con tu fe ciega en los «slogans» (aunque no exista una sola instalación deportiva), vive deportivamente.

Amén...

DEL RUEDO AL CÉSPED

Igual que ha surgido una «joven crítica» taurina —pese a

que alguno de sus componentes roza la cincuentena— que le canta las verdades al lucero del alba, yo no desespero de que cualquier día aparezca una «joven crítica» deportiva, y especialmente futbolística, capaz de llamarle al pan, pan y al vino, vino. Los artículos que publiquen los lunes serán más o menos así:

«Otra vez hemos asistido ayer a un espectáculo deprimente. Deprimente fue lo que pasó en el césped y deprimente lo que pasó en las tribunas.

Espectáculos así nada tienen que ver con ese deporte tan recio y vistoso que puede ser el fútbol. Mejor que deporte le llamaremos espectáculo, ya que el deporte del fútbol entre nosotros apenas lo practica nadie. ¿Dónde lo van a practicar: en los salones de fútbolín? Por este camino no vamos a ningún sitio, y, sobre todo, no vamos a los Campeonatos mundiales, como se viene demostrando edición tras edición.

De los vestuarios no acaba de salir el jugador-jugador. Y sin jugador-jugador no puede haber fútbol espectáculo. Puede haber, sí, fútbol para indígenas, que se conforman con cualquier cosa, pero jamás tendremos fútbol para turistas, sobre todo si son británicos, que de fútbol entienden un rato.

Mientras no salga al césped el jugador-jugador, todo codicia, bravura y tesón, el fútbol seguirá siendo algo decadente. No basta con que salga el balón reglamentario, ni el jugador aparentemente bien preparado, pero que en cuanto pega dos carreritas se agota.

Hace falta el jugador-jugador. Y no lo son esos señores a que nos tienen acostumbrados los Clubs, que sólo saben quejarse en cuanto les hacen una entrada un poco viril o recurrir a artimañas dentro del área para provocar penalty.

Si esos señores no cobrasen millones de pesetas entre fichajes, primas, mensualida-

des, etc., y no se dedicasen exclusivamente al fútbol, sino que tuvieran que ganarse el pan trabajando en otra cosa, como cualquier hijo de vecino, no diríamos nada.

Pero esos señores que saltan al césped cada domingo viven sólo para eso, y nuestro deber es exigirles, aunque sólo sea por respeto al público, que es en definitiva quien se rasca el bolsillo cada domingo para entrar al estadio.

Como también es nuestro deber pedirle cuentas a ese mismo público, ya que él es en gran parte responsable de lo que está ocurriendo.

Es inconcebible cómo, después de haber pagado un buen montón de duros por una entrada, puede permitirse que le estafen a uno descaradamente. Y mientras el público siga siendo chovinista, localista, partidista; mientras siga apoyando ciegamente a su Club y no queriendo ver lo bueno de los visitantes, la estafa continuará. Quizá su Club ocupe

los primeros puestos, pero esto será a costa de que no se vea nunca fútbol-fútbol, como se ha visto en otras épocas no muy lejanas.

Y dicho esto, pasemos a despachar en breves líneas la tremenda farsa balompédica que, por desgracia, nos tocó presenciar —¡una vez más!— ayer. Del desastre general sólo se salvó...»

UNA CRISIS Y OTRA

—¿Y si la crisis que atraviesa actualmente el Real Madrid tuviera algo que ver con el reciente cambio de Gobierno?

—No es ninguna tontería lo que usted plantea, no —me han respondido en el «cuartel general» madridista, adonde he acudido buscando respuesta a mi interrogante—. También nosotros lo hemos pensado. ¿A qué se puede deber, si no, el «bache» que estamos pasando? Tenemos el mejor presidente, el mejor entrena-

dor y los mejores jugadores. Apenas hay lesionados. Por eliminación, ¿qué queda?: el cambio ministerial. No cabe duda: ha dado usted en el clavo. Naturalmente —ha proseguido diciendo mi interlocutor—, esto no hay que interpretarlo en el sentido de que el antiguo equipo gobernante favorecía a nuestro Club, en tanto que éste le ha retirado su apoyo. No. No se trata de eso.

—¿Entonces? —ha intervenido.

—Nuestra teoría es que como este cambio no ha sido un cambio como los otros, un cambio más, sino un cambio ministerial, digamos «diferente», el público ha acusado el impacto y está todavía como desorientado, como despistado, como dubitativo. En una palabra: expectante.

—Puede ser cierto —he concedido—. Pero ¿cómo se refleja este fenómeno en el fútbol? ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Porque

el «hincha» medio sigue acudiendo al campo...

—Desde luego —ha asentido mi interlocutor—. Pero ese ciudadano que hasta hace poco iba al estadio libre de dudas, sin pensar en nada más, dispuesto a apoyar a su equipo con calor y pasión, ahora viene de la calle un tanto inquieto, como distraído, con el espíritu un tanto turbado, pudiéramos decir. ¿Cree usted que ese «hincha» puede animar a su Club con la entrega total con que lo hacía el anterior? En absoluto. Y si el público no anima como debe, ¿a quién le puede extrañar que los jugadores flaqueen? ¿Me entiende usted?

—Perfectamente. Lo extraño es que otros Clubs no acusen de modo similar el fenómeno —he apuntado—. Ahí están los dos Atléticos...

—No hay que extrañarse —ha respondido con perfecta calma el portavoz—. Cada Club tiene su sensibilidad propia. Además, el Atlético de

Bilbao no cuenta en este caso. Es un Club periférico, y ya sabe usted que los fenómenos políticos repercuten con mayor intensidad en las áreas de la capital. En cuanto al otro Atlético, al de aquí, todo el mundo sabe que no es un Club serio: es un equipo de «viva la Pepa».

—Una última pregunta: ¿Confían ustedes en superar pronto este «bache»?

—Por supuesto. El Real Madrid está por encima de cualquier contingencia. Ya verá usted, ya verá.

—¿Quiere usted decir algo más?

—Sí; claro. Que ¡hala Madrid!... —ha concluido el portavoz.

HUELGA DE SILBATOS

La huelga (libre indirecta, pero huelga) de los árbitros se la está tomando casi todo el mundo a pito... rreo. A mí, sin em-

bargo, me ha parecido desde el principio que la primera huelga de pitos caídos que se produce en el país llevaba consigo una gran carga política.

—Desde luego —me ha respondido el «colegiado» a quien he comunicado mis sospechas—. Ha dado usted en el clavo, amigo. El problema es muy serio, ya que en el centro de todo no está otra cosa que la cuestión de la amnistía.

—Querrá usted decir indulto... —he apuntado.

—No, no. Indulto, no. Amnistía. Nuestra primera petición demanda la amnistía de Guruceta. El indulto es una medida de gracia, de perdón. Y lo que nosotros pedimos es que se revoque una sanción que nos parece injusta. A fin de cuentas, lo que reivindicamos es el derecho a equivocarse, el derecho a meter la pata. Nada de indulto. Amnistía, amnistía —ha recalcado con gran firmeza.

—¿Y además de la amnistía...?

—Además de la amnistía, queremos conseguir una reforma general de estructuras —ha respondido.

—De las estructuras arbitrales, supongo...

—¡Hombre, claro! No vamos a pedir nosotros la reforma agraria...

—¿Y qué más piden ustedes?

—Una democratización general de la profesión. Que se acaben los nombramientos a dedo y que el árbitro que haya de dirigir cada partido sea designado mediante sorteo. Pero, en fin —ha añadido mi interlocutor—: no vayamos a desviar la atención del problema fundamental, que, como le digo, es el de la amnistía. Conseguida la rehabilitación pública de nuestro compañero Guruceta, que es nuestro primer objetivo, las demás cuestiones podrían tratarse en una reunión amplia y representativa que pusiera sobre el tapete todos los problemas que afectan a nuestra profesión.

Buscar soluciones a lo que se ha dado en llamar «la cuestión arbitral». ¿Me entiende usted?

—Perfectamente —he respondido—. Lo primero, la amnistía, y, luego, ya se verá. Y dígame usted: si no consiguen la amnistía ¿persistirán ustedes en su actitud, se seguirán negando a decir este pulmón es mío, o claudicarán y saltarán al césped como si no hubiera pasado nada?

—Es pronto para decirlo. Y, sobre todo, yo no soy quién. Supongo que se decidirá en una asamblea. Ahora que por mí... En fin, me callo.

—Siga, siga... —le he animado—. Por usted...

—Por mí, no habría partidos. Partidos de fútbol, se entiende. Y sin partidos, sin Liga, sin fútbol, ya me dirá usted lo que iba a pasar aquí. Eso sí que iba a ser un problema político, ¿no cree usted?

—Creo, creo —he asentido—. Pero dejemos ya el asunto,

antes de que nos metamos en «off-side»...

Y, dándole las gracias, me despedí de él...

CÓMO LOGRAR UNA BUENA SELECCIÓN NACIONAL

Teniendo en cuenta que, como ha dicho don Santiago Bernabéu, el Club equivale a la familia y la selección nacional a la patria, los triunfos o los fracasos de esta última son algo que nos compite a todos. Permítanme, pues, que yo también aporte mi artículo de arena al análisis de los males, y posibles remedios, que aquejan a la selección española de fútbol. Ni que decir tiene que la gota que ha sobrado el vaso de nuestra paciencia ha sido el pobre papel desempeñado por «nuestros hombres» ante un equipo colista extranjero, por muy teutón que sea... ¿Cómo lograr pues, una buena selección nacional?

1) A corto plazo, la mejor medida, sería, sin duda alguna, importar a once fenómenos extranjeros, nacionalizarlos rápidamente (quiero decir que se les conceda nuestra nacionalidad, no que pasen a ser propiedad del Estado), y que ellos se encarguen de defender nuestros colores. Esta solución simplificaría notablemente la tarea del seleccionador. Un inconveniente: quizá resultase cara. ¿Pero qué mejor inversión puede encontrar el dinero de un país rico?

2) También, a breve plazo, se podría lograr una buena selección con jugadores del Atlético de Bilbao y de la Real Sociedad. Ambos equipos están demostrando que se puede lograr un buen conjunto deportivo sin necesidad de salir de la cantera local ni de tirar millones y más millones yendo a buscar un buen defensa por aquí, un buen delantero por allá...

3) Una medida que ya propusimos en otra ocasión, a raíz

del histórico triunfo de nuestros colores contra los de Finlandia: que todos los encuentros internacionales se jueguen en el nuevo estadio de La Línea de la Concepción, con el Peñón al fondo. Bastaría una breve arenga patriótica a los once jugadores, antes de comenzar el partido, para que los goles subieran, como por milagro, uno tras otro, al marcador...

4) Sin necesidad de grandes novedades estratégicas, también podría ensayarse el método de la mano dura, que tan buenos resultados está dando en otros terrenos del acontecer nacional. Como es evidente que a la mayoría de los jugadores la selección les importa un pito, ya que lo que les da dinero y fama es su Club, a los que no rindan todo lo que pueden en un partido internacional, se les impondrían castigos ejemplares: desde ir a parar a la cárcel, pongamos por caso, en el supuesto de que hayan actuado con evi-

dente y descarada apatía, hasta prohibirles jugar equis partidos de Liga con su Club, en tanto no hagan una confesión pública de su mala fe.

5) A más largo plazo, se podrían ensayar una serie de medidas que, en general, han dado buen resultado en otros países. Algunos ejemplos: construir abundantes campos de fútbol, para que se triplique o centuple el número de españoles que practiquen el fútbol, y que actualmente no se acercan a un balón con el fútil pretexto de que no hay dónde jugar un partido, fomentar el fútbol aficionado, tomando, al mismo tiempo, medidas desprofesionalizadas, etcétera. Mientras no se tome alguna de las medidas que proponemos, lo mismo dará que se encargue de la selección el señor Kubala, que el genio más genio de todos los genios, que un ciudadano que no haya visto en su vida un balón...

UN SELECCIONADO

Yo también me he acercado —¡no faltaba más!— hasta el lugar en que se hallaba concentrada la selección nacional, en vísperas del choque, que puede ser histórico o traumático, con la selección teutona.

—¿Nervioso? —le he preguntado al primer seleccionado con que me he tropezado.

—Mucho. No hay que olvidar que la Liga está al rojo vivo y que a partir de ahora todos los partidos tienen una gran importancia.

—Perdón. Pero yo me refiero a si está usted nervioso ante el partido del miércoles contra los alemanes.

—¡Ah! —se ha echado la mano a la frente—. Sí: el partido contra los alemanes. Pues sí. También. Un poco nervioso.

—¿Cree que se puede ganar?

—La Liga la veo difícil. Pero hay grandes posibilidades.

Estamos atravesando un buen momento.

—No, no —le he objetado—. Me refiero a si cree usted que se puede ganar el partido entre nuestra selección y la alemana.

—¡Ah! —se ha vuelto a dar un golpe en la frente—. El partido de la selección, ¿no? Pues sí, quizá... Quizá se pueda ganar.

—Sí de usted dependiera, ¿qué táctica emplearía usted?

—No sé. Primero habría que saber la alineación que van a sacar ellos. Y eso hasta el sábado, por lo menos, no se sabrá.

—¿Cómo hasta el sábado, si el partido es mañana, miércoles? —me he extrañado.

—¡Ah! Es que usted habla del partido contra los alemanes, ¿no? Pues no sé, la verdad. Eso es cosa del seleccionador.

—¿Esperaba usted figurar entre el grupo de preseleccionados?

—Desde luego. No lo he dudado ni un instante. Lo primero que se tiene en cuenta es el interés de cada uno de nosotros por defender los colores nacionales. ¿Cómo no me iban a llamar?

—¿Se atrevería usted a adelantar un resultado del encuentro?

—Hasta que pase el partido contra los alemanes, no. No puedo saber si me van a lesionar o no. Caso de que sí, como usted comprenderá, no podrá contar conmigo el Club. Y si falto yo, que soy el motor del equipo, ya no me atrevo a vaticinar quién se llevará el título liguero...

DOMINGO,
SIN «FUTBOLINA»

Tan sólo unas horas después de que se anunciase oficialmente que el domingo no habrá partido de fútbol televisado se presentaba a verme en la Redacción una Comisión de la

A.E.F.E. (Asociación de Esposas de Forofos Empedernidos).

—¿Ustedes aquí, otra vez? —me extrañé.

—Esta y todas las veces que haga falta —respondieron a coro mis visitantes, al tiempo que se enjugaban las lágrimas—. No sabemos a quién recurrir —añadieron a coro, mientras guardaban sus pañuelos en el bolso—. ¿No se ha enterado usted de que el próximo domingo vuelven a dejar a nuestros maridos sin su droga habitual? ¿No sabe que no van a dar futbolina por el televigol?

—Lo sé, lo sé —respondí paternalmente—. Pero según creo es porque el sábado televisan un partido de la selección nacional. ¿Qué más les da a ustedes que, en lugar de drogarse el domingo, sus esposos se droguen el día anterior?

—No es lo mismo, no —me cortó la que parecía más decidida—. Ellos están habituados a tomar su dosis de futbolina el domingo a las siete y media. En cuanto les falta,

por la razón que sea, se ponen furiosos, agresivos, insoportables, rabiosos...

—¿Y no les pueden hacer comprender ustedes que si el domingo no hay partido televisado es porque no se celebran encuentros de Primera División?

—No atienden a razones. Ya conoce usted a los drogadictos. Además, siempre se podría televisar un partido de Segunda, ¿no? Según dicen ellos, no hay tanta diferencia de calidad entre ambas Divisiones...

—Desde luego —concedí—. Y otro tipo de drogas televisada, ¿no les satisfacen? —pregunté.

—Ninguna —contestó la que había tomado la palabra. ¡Son tantos años ya de tomar futbolina siempre el mismo día y a la misma hora...! La propia boxeína, que es una droga fuerte también, y más si lleva a Urtain como ingrediente, no les hace el mismo efecto. No digamos la yeyehuana o el dramaturgol. Los odian. Sólo quie-

ren futbolina, futbolina, aunque sea de Primera Regional.

—Y el L.M.C., ¿tampoco los calma?

—¿El qué? —preguntaron todas a coro.

—El Largo Metraje Cinematográfico quiero decir, las películas.

—¡Nada! —respondieron—. Ni las miran. ¡Ay, qué desgracia la nuestra! —rompieron a llorar a un tiempo.

Las fui empujando hacia la puerta, con la promesa de publicar sus palabras. Aquí están. ¿Qué más puedo yo hacer?

HORARIO DE ESTUDIANTES



HORARIO DE ESTUDIANTES

CARA A CARA CON UN «CEREBRO»

Los «cerebros» se han vuelto a reunir estos días para estudiar los problemas de la Enseñanza Primaria.

Tanta reunión de «cerebros» por aquí, tanta reunión de «cerebros» por allá; tanta reunión de «cerebros» para esto, tanta reunión de «cerebros» para lo otro, yo no he podido resistir por más tiempo la tentación de entrevistar-me directamente con uno de ellos, y sin pensarlo dos veces me he trasladado al domicilio de uno de los «cerebros» cuyo nombre figura más a menudo en los periódicos.

—Llega usted en muy buen momento —me ha indicado su esposa al abrirme la puerta—, porque ahora mismo lo esta-

mos engrasando. Pase, pase usted...

El «cerebro» en cuestión se hallaba sentado en la alfombra del cuarto de estar. Tenía el torso desnudo, y mientras uno de sus hijos le lustraba la piel con una gamuza, otro le inyectaba un líquido oleaginoso por un oído. De vez en vez, un tercer hijo le apretaba suavemente el ombligo y al «cerebro» se le encendía una lucecita roja que tenía en pleno pecho.

—Pregúntele usted lo que quiera —me ha dicho su esposa—, que ya está en forma.

El «cerebro» ha asentido con la cabeza, lo que ha puesto al descubierto una especie de pila eléctrica disimulada entre los cabellos.

—¿Cómo cree usted que se puede solucionar el que falten en el país dos millones de puestos escolares? —he preguntado.

El «cerebro» ha entornado los ojos, ha pulsado varias veces su botón-ombligo, y tras

encenderse repetidamente la lucecita roja de su pecho, ha respondido con una voz monótona:

—Construyendo escuelas.

—Sí, pero ¿cuántas? —he insistido, intentando ponerle en un aprieto.

—Pues si cada grupo escolar tiene una capacidad teórica de doscientos alumnos, habría que construir, salvo error, diez mil escuelas —ha contestado con inusitada rapidez.

—Y ya que es usted tan amable, ¿podría decirme cómo se podrían mejorar las condiciones económicas de los maestros? —me he atrevido a insistir.

La lucecita roja se ha encendido y apagado varias veces. Todos observábamos un silencio casi religioso, que se decía con anterioridad a las misas «ye-yé». Por fin, el «cerebro» ha dicho:

—Subiéndoles el sueldo a todos ellos.

La familia del «cerebro» daba muestras de tal regocijo

y yo mismo me hallaba tan asombrado por sus respuestas, que no he dudado en formularle una nueva pregunta:

—¿Cómo resolvería usted el problema universitario?

La bombilla ha empezado a lanzar destellos rápidos, acompañados de extraños ruidos, hasta que súbitamente ha dejado de brillar. El «cerebro» se ha quedado en una inquietante posición rígida.

—¡Vaya! —ha exclamado su mujer—. ¡Ya se ha fundido otra vez...!

CARA A CARA CON JUDÍOS, MOROS Y CRISTIANOS

—¡Aprended de los judíos españoles, aprended! —me decía el otro día un señor, viejo amigo de mi familia, que está muy vinculado a algunos medios oficiales—. Ahí tenéis un ejemplo en el que miraros los jóvenes españoles. Querían una sinagoga, porque alegaban que

no se ha construido ninguna en España desde el siglo XIV, y ahí la tienen. Como sabes, se acaba de inaugurar la sinagoga de Madrid. Y por si esto fuera poco, casi el mismo día se derogaba el decreto de marzo de 1492 que ordenaba su expulsión de España... A la chita callando, en el espacio de una semana, han conseguido dos cosas que ellos consideran fundamentales. ¿Y sabes por qué? Pues porque han sabido esperar, han sabido ser pacientes, no se han lanzado impulsivamente a la algarada y al desorden para reclamar lo que ellos consideran sus derechos, sino que han tenido confianza en el reconocido sentido de tolerancia y de justicia de nuestra sociedad. Y no se han equivocado, no, como acaban de demostrar, una vez más, los hechos. Ahí los tienes: antes de que pasaran siete siglos, ¡sinagoga nueva! Muchos de ellos ni se lo creerán... Sin embargo, vosotros, los jóvenes actuales, todo lo

que queréis ahora mismo, inmediatamente, sin pérdida de tiempo. Mal camino lleváis, créeme. Y esto te lo dice un cristiano viejo, que te quiere y te aprecia, como bien sabes, y que por esa misma razón te habla con toda sinceridad, que quizá a ti te parezca crudeza. Los jóvenes actuales pedís mucho y con mucha impertinencia. Pedís cosas muy gordas y con mucho ruido. ¡Si parecéis árabes! Estos quisieran democratizar todas las estructuras de la noche a la mañana... Aquéllos desearían socializar la Empresa este mes mejor que el que viene... Unos reclaman a gritos la gratuidad de la enseñanza, si puede ser para antes de que termine el curso... Los otros piden que la Prensa se liberalice aún más, y cuanto antes mejor... No, hijo, no. Por ahí, a ningún sitio. Pedir la Luna y pedirla con malos modos no lleva a ninguna parte. Puedes estar seguro de que si los judíos hubieran empezado con escritos

por aquí, con conatos de manifestación por allí, con sentadas en este sitio, con protestas en este otro..., no sólo no tendrían ya su flamante sinagoga, sino que aún estarían esperando la ceremonia de colocación de la primera piedra. ¿No está claro lo que te quiero decir? Calmad vuestros ímpetus, aplacad vuestras iras, templad vuestras urgencias, moderad vuestros deseos... y esperad. Hacedme caso y esperad. Que todo llegará. No pretendo asegurar que se satisfarán vuestras peticiones con la rapidez con que han sido satisfechas las de los judíos, pues todo el mundo se da cuenta de que el de ellos era un caso muy especial, pero tened la certeza de que todo llegará. Y hablando de otra cosa, ¿qué sabes de tu familia...

NEOESPAÑOLES

«Lea usted el periódico de la nueva generación», viene a

decir el «slogan» con que se anuncia un nuevo diario madrileño.

Pero, ¿qué es la nueva generación?

Después de una meditación profunda y reposada, he llegado a establecer una especie de retrato-robot de lo que, a mi modo de ver, se puede entender por un español de la nueva generación.

A ver qué les parece a ustedes, señores de la vieja generación...

1. No ha hecho la guerra.
2. No desea hacerla.
3. No ha hecho la paz.
4. Desea hacerla.
5. No ha hecho aún nada importante.
6. Intenta hacerlo.
7. Cree en el diálogo.
8. No cree en el monólogo.
9. Cree en el pluralismo.
10. No cree en el monolitismo.
11. Cree que vive en un país diferente.
12. Cree que no tiene por qué ser diferente.

13. Cree que puede ser un país diferente, pero sin ser diferente.

14. Conoce el Extranjero.

15. Conoce a una extranjera.

16. Estudia (si puede).

17. Piensa que todos tienen derecho a estudiar (aunque no puedan).

18. Trabaja, pero inseguro.

19. Piensa que todos tienen derecho a un trabajo seguro.

20. Europeísta, tercermundista, onusista, faoísta.

21. Antiprovincianista, anticolonialista, antibelicista, antifamelista.

22. Barbista.

23. Antibigotista.

24. En la mujer ve más a una compañera que a una esclava.

25. En el profesor ve más a un esclavista que a un compañero.

26. Prefiere el electrodoméstico a la electrocriada.

27. Antirracista (aunque todavía le queden resabios, como que los vascos son cerra-

dos; los catalanes, raros; los andaluces, poco serios, y los gallegos, juerguistas).

28. Prefiere la natación o el atletismo al fútbol.

29. Con todo, prefiere, como deporte, leer.

30. Lee más libros que Prensa, y más libros de autores extranjeros que nacionales.

31. Ve poca televisión (esto último se desprende de todo lo anterior).

DE UNA CRISIS A OTRA

El hecho puede ser desgarrador, pero nadie trata ya de ocultarlo piadosamente: ¡nuestro fútbol está en crisis! Y no sólo a nivel de selección nacional, pues ahí la crisis es casi endémica (llevamos años viendo del cabezazo de Zarra contra la pérfida Albión y del cabezazo de Marcelino contra el comunismo bolchevique), sino también —lo que es más grave— a nivel de club.

—¿Es cierto esto? —le he preguntado a un amigo que, pese a su condición de intelectual, es bastante «forofo».

—Totalmente cierto. Después del positivo que ha arrancado el Elche en el campo del propio Real Madrid, ya no cabe negarlo. Hay crisis, y agua. Pero no hay que alarmarse. En fútbol, afortunadamente, se conoce el remedio para la enfermedad. En cuanto se declara una crisis, se importan unos cuantos jugadores extranjeros de categoría para que militen en las filas de los mejores equipos. En un par de temporadas, los jugadores indígenas se aprenden su estilo... y la crisis está superada. ¿Ves qué fácil?

—¡Y tan fácil! La pena es que no se pueda hacer lo mismo en otros terrenos...

—¿Cómo en otros terrenos? ¿En otros terrenos de juego, quieres decir?

—No. En otros terrenos de la vida. Del acontecer nacio-

nal, para que me entiendas mejor.

—¡Claro que se podría hacer! —ha exclamado, muy seguro de sí—. Yo siempre he dicho que había que seguir el ejemplo del fútbol para solucionar otros problemas. A ver si tú me comprendes... ¿Que está en crisis la Universidad? Pues yo la resolvería fácilmente. Se importan varios grupos de estudiantes extranjeros, de estudiantes suizos, por ejemplo, que hasta ahora no han dicho esta facultad es mía, y que se dedican exclusivamente a acudir a los cursos como ovejas, y verías tú cómo en un curso escolar, o a lo más en dos, los estudiantes de aquí imitaban su estilo de estudio y la Universidad se transformaba en una balsa de aceite. Verías tú cómo se superaba la crisis, por lo menos para ir tirando unos añitos, como en el fútbol...

—¿Tú crees? —he inquirido, escéptico.

—¡Seguro! Y en el mundo del trabajo, lo mismo. Se importan unos cuantos trabajadores alemanes, pongamos por caso, de Alemania del Oeste, claro..., que no hacen una huelga ni aunque los degüellen, y verías tú qué pronto se superaba la crisis del mundo laboral. Por unos años solamente, por supuesto...

—No sé, chico, no sé...

—Que sí, hombre, que sí. Y con la crisis de la Iglesia, pues lo mismo. ¡A importar se ha dicho!

Me inclino a pensar que mi amigo es un tanto optimista. Pero por si acaso traigo su idea aquí.

HORARIO DE ESTUDIANTES

Según parece, se van a cambiar los horarios. ¡Falta hacer! Para ilustrar esta necesidad, nada mejor que recordar algunos viejos horarios.

Por ejemplo, el de los estudiantes.

9 horas: Levantarse.

9,15: Desayunar.

9,20: Comprar el periódico (por si hay que romperlo después).

9,40: Lectura de murales en el «hall» de la Facultad.

9,55: Decidir si se entra a la clase de las diez.

10,15: Asamblea en Derecho.

11: Fin de la asamblea.

11,05: Carrera hasta la Facultad de Filosofía y Letras.

11,15: Asamblea en la Facultad de Filosofía y Letras.

12: Fin de la asamblea.

12,05: Carrera hasta la Facultad de Ciencias.

12,15: Asamblea en la Facultad de Ciencias.

12,45: Fin de la asamblea.

12,50: Canciones en la escalinata de la Facultad de Ciencias.

12,51: Ducha al aire libre.

12,55: Carrera hasta la Facultad de Políticas.

13: Asamblea en la Facultad de Políticas.

13,30: Fin de la asamblea.

13,35: Canciones en la escalinata de la Facultad de Políticas.

13,40: Nueva ducha al aire libre.

13,45: Carrera hasta la Facultad de Medicina.

13,50: Asamblea en la Facultad de Medicina.

14,15: Fin de la asamblea.

14,20: Canciones en la escalinata de la Facultad de Medicina.

14,22: Tercera ducha al aire libre.

14,25: Carrera hasta la Facultad de Derecho.

14,30: Asamblea en la Facultad de Derecho.

14,31: Recuento de bajas.

14,35: Decidir si se entra a clase al día siguiente.

14,45: Discusión con los bebedes, que quieren cerrar para irse a comer.

14,50: Carrera hasta el autobús.

15,30: Comida.

16: Estudio.

19,30: Comprar el periódico (por si hay que romperlo al día siguiente).

19,35: Paseo, o cine, o chiquiteo, o tertulia, o reunión.

22: Cena.

22,30: Gimnasia, para estar en forma al día siguiente.

22,45: Lectura de un autor extranjero, preferentemente en francés o en traducción argentina.

24: Dormir.

LA AVENTURA DE LEER, LA AVENTURA DE ESCRIBIR



ALIENACIÓN

Hoy no se me ocurre nada que me pueda prohibir la censura.

LA AVENTURA
DE LEER, LA
AVENTURA DE
ESCRIBIR

HACIENDO DE
ORÁCULO

Ha venido a verme un colega extranjero que desde hace unos meses desempeña en Madrid la corresponsalía de un importante diario finlandés.

—Desearía que me diera usted una impresión lo más clara posible de la vida política española —me ha dicho—. Por más que leo a ciertos comentaristas políticos no logro enterarme de nada y quisiera evitar que a mis lejanos lectores les ocurriera igual. En mi país nadie conoce las claves que manejan ustedes a diario: que si Estoril, que si la Zarzuela, que si el Pardo... ¿Podría usted responder a mis

preguntas de un modo diáfano, directo, conciso y llamando a cada cosa por su nombre?

—Por supuesto que sí —he respondido—. En la medida de lo posible, ésta es la norma que procuramos seguir en General Pardiñas, noventa y dos.

—Perdone usted —me ha cortado mi colega—, pero no entiendo gran cosa. ¿Qué es General Pardiñas, noventa y dos? —ha buscado inútilmente en sus notas—. Los amigos que me han enviado a usted me aseguraron que sus respuestas serían claras y sin...

—¿Se refiere usted —le he interrumpido yo a mi vez— a los amigos de Conde Xiquena, cinco, que, como todo el mundo sabe, es el Club Oliver? ¿O acaso le envían a usted de Calvo Sotelo, veintiuno, que, como usted no puede ignorar, es el café Gijón?

—No; me envía el señor Martínez...

—¡Ah! Ríos Rosas, setenta y tres. Bueno: es igual. ¿Qué

desea usted saber de la vida española?

—Por ejemplo: ¿Considera usted inminente una crisis?

—Sobre este punto, quizá le pudieran dar una respuesta más acertada en Serrano, sesenta y uno, aunque, sin duda alguna, donde se conoce todo sobre este asunto es en Castellana, tres.

—¿Serrano, sesenta y uno? —ha inquirido mi interlocutor, con aire despistado.

—Sí, hombre. Como nadie ignora, allí está «A B C». Y en Castellana, tres, como usted no puede dejar de saber, se encuentra la Presidencia del Gobierno, que en ningún modo hay que confundir, como hace a menudo la Prensa extranjera, con Amador de los Ríos, siete.

—¿Amador de los Ríos, siete? ¿Y eso qué es?

—No es otra cosa que el ministerio de la Gobernación que nada tiene que ver, por supuesto, con Alcalá, cincuenta y uno, que como todo el

mundo sabe es el ministerio del Ejército.

—Y la coyuntura económica, ¿cómo la ve usted? —ha cambiado de tema mi colega.

—Más o menos, como siempre, pese a que últimamente impera cierto optimismo en Castellana, catorce. Pero noticias confidenciales procedentes de San Agustín, dos, me invitan a pensar, por el contrario...

—¿San Agustín, dos? ¿Eso es el ministerio de Comercio?

—No: ahí está la Cámara de Comercio Americana en España. El ministerio de Comercio está en Castellana, catorce. ¿Cómo puede ignorar usted unos datos tan de cajón? ¿Y con esta ignorancia tan flagrantes le han dado a usted su credencial de corresponsal extranjero en Generalísimo, treinta y nueve? ¿No me dirá usted que tampoco sabe que en esa dirección se halla el ministerio de la Información?

—No lo sabía —ha respondido, levantándose—. Pero ya

poco me importa. Después de esta experiencia de hoy, voy a solicitar urgentemente a mi periódico que me trasladen a otro país...

LO QUE LEEN EN LOS PERIÓDICOS...

Las amas de casa:

- 1) El Cupón Pro Ciegos.
- 2) Sucesos.
- 3) Información internacional (chismes reales).
- 4) Horóscopo.
- 5) Programas de TV.
- 6) Anuncios por palabras (pisos y coches).

Los hombres de negocios:

- 1) La Bolsa.
- 2) Información deportiva.
- 3) Información internacional (crónicas corresponsales).
- 4) Información nacional.
- 5) Comics.
- 6) Horóscopo.

Los trabajadores:

- 1) Información deportiva (fútbol).

2) Información deportiva (tenis).

3) Información deportiva (baloncesto).

4) Información deportiva (boxeo).

5) Sucesos.

Los intelectuales:

1) Vida cultural.

2) Comics.

3) Información nacional.

4) Información internacional.

5) Cartelera de espectáculos.

6) Crucigrama.

Los futbolistas:

1) Fútbol (1ª División).

2) Fútbol (2ª División).

3) Fútbol (3ª División).

4) Sucesos.

5) Horóscopo.

6) Programas de TV.

Los serenos:

1) Boletín meteorológico.

2) Sucesos.

3) Fútbol.

4) Toros.

5) Horóscopo.

6) Cupón Pro Ciegos.

TRES EXPERTOS

Me telefona el amigo ese que todos los periodistas tenemos en Barajas:

—Pásate por aquí, que puede haber noticia.

Me paso. Me señala a tres individuos que esperan sentados en un sofá.

—Sé que van a los Estados Unidos, llamados por la Administración Nixon. Son expertos españoles, pero no sé en qué —me dice mi amigo.

Me acerco a ellos. Los tres van vestidos del mismo modo y físicamente se parecen bastante. Estatura media, más bien delgados, bigotillo hispánico. Ante ellos se alinean tres grandes bolsos de viaje, de los que sobresale un mango de madera.

—¿Tenistas? ¿Piragüistas? ¿Pelotaris? —pregunto, después de identificarme.

—Nada de eso —responde uno de ellos—: ¡Expertos!

—Expertos, ¿en qué? —insisto, señalando los mangos de madera.

—Son palas —responde otro—. Palas simbólicas. Somos expertos en echar tierra a los asuntos enojosos. Vamos a Estados Unidos, contratados por la Casa Blanca, para echar tierra al «affaire» del avión espía. La Administración no quiere que se vuelva a hablar de él.

—¡Es formidable! —exclamo—. ¡Vaya noticia! Por una vez, una nación superdesarrollada tiene que recurrir a nosotros para que le resolvamos un asunto. ¿Es la primera vez que acuden ustedes a Estados Unidos en tanto que expertos? —les pregunto, profundamente interesado.

—Sí; la primera. Hasta ahora donde más hemos trabajado ha sido en los países árabes y, sobre todo, en países africanos. Es la primera vez que nos llaman de un país tan grande y tan complejo. Veremos lo que se puede hacer...

—¿Cómo ven ustedes el asunto?

—A primera vista, parece complicado echar tierra a un incidente tan grave. Ya ve usted: el caso del buque espía «Pueblo» se enfocó mal desde un principio y estuvo coleando la mar de tiempo. ¡Claro, que Estados Unidos no es un país fácil para realizar un trabajo como el nuestro! La Prensa, allí, es muy indiscreta. Y la televisión, ¡como hay varios canales y todos en manos de particulares! Además, una de las bazas fuertes que se puede jugar en estos casos, que es la de fijar la atención pública en el fútbol o en los toros, va a ser casi imposible de aplicar allí. El fútbol apenas interesa a nadie, y los toros, como es bien sabido, ni siquiera existen. Veremos, veremos lo que se puede hacer. Habrá que pensar en otros medios. Todo depende además de los recursos económicos de que dispongamos. Parece ser que el Gobierno nos va a dar las máxi-

mas facilidades... Lo que no podemos hacer en ningún caso es fracasar. Es la primera vez que se nos encarga un caso realmente importante. ¡Trabajar para la Administración norteamericana! ¿Se da usted cuenta de lo que esto supone para nosotros? Puede ser nuestra consagración definitiva, en tanto que expertos en enterrar problemas...

—¡Suerte! —les digo.

Por los altavoces se empieza a oír: «Vuelo con destino a Nueva York...»

M DE MALHUMOR

«¡Qué país, Miquelarena!», como dijo en cierta ocasión alguien que no recuerdo quién era, pero que no era Jacinto Miquelarena.

Digo esto porque ya puede usted poner «h de humor» como título de su sección (lo que equivale a decir: «¡Cuidado, amigos, que va de broma!»); ya puede usted conjugar unos

verbos advirtiendo que son «muy irregulares»; ya puede usted publicar una entrevista destacando que es imaginaria...; ya puede hacer usted lo que quiera, que siempre habrá alguien con salidas desmentadas.

¡Qué país!

Hace unas semanas, a través de una de esas «noticias del día... de mañana» (lo que ya parece indicar que no son noticias que hayan salido por el teletipo) que publico de vez en cuando, un «presidente del Gremio de Joyeros», cargo que ni siquiera sé si existe, decía: «en vez de atracar joyerías, propongo a nuestros “cacos” que atraquen farmacias. Les aseguro que en las farmacias encontrarán más dinero que en las joyerías, aparte de que ciertos medicamentos son más caros que diamantes.»

Pues bien. De San Sebastián le llega a nuestro director una carta de don José Ramón Aparicio, director de Radio

Nacional de España en aquella ciudad, que dice:

«En relación con las declaraciones hechas a M. Goicoechea por el presidente del Gremio de Joyeros, me interesa hacer constar que la “propuesta” de éste a los ladrones para que atraquen farmacias es una salida de tono del peor gusto, que bien merece la repulsa general, por lo que tiene de alusión inesperada y ofensiva a la única actividad comercial para la que se exige un título universitario, en lugar de... puro dinero y modales más que dudosos, como los apuntados por el personaje entrevistado para MADRID.

No soy farmacéutico, pero si lo fuese invitaría, a mi vez, al señor presidente del Gremio de Joyeros a que intercambiásemos nuestras respectivas existencias en mercancías, para ver quién salía ganando: si yo, con mis insignificantes y pobretonas joyas, o él, con mis “medicamentos más caros que diamantes”.

Los ladrones, mucho más inteligentes que las declaraciones que comento, saben, no obstante, dónde les conviene atracar, y, por mucho que les demuestre el señor presidente del Gremio de Joyeros que no es oro todo lo que reluce, mucho me temo que sigan prefiriendo los brillantes a la penicilina..., a no ser que padezcan alguna enfermedad infecciosa en las meninges, como parece ser el caso de su gratuito dador de consejos.»

¡Qué país! ¿Verdad?

Ni que decir tiene que, nada más tener la carta en cuestión en mi poder, he «telefoneado» al señor ese del gremio, que, en síntesis, me ha dicho: «Me ratifico en mis palabras. Lo que yo quería decir era que, después de todo, los joyeros comerciamos con la vanidad de la gente, mientras que los farmacéuticos comercian con la salud del público. Por lo demás, estoy de acuerdo con usted: ¡qué país, Goicoechea, qué país...!»

AUTOSERVICIO

Como ya hice en alguna otra ocasión, en que las particulares circunstancias obligaban a pensar dos veces lo que se iba a escribir, este artículo de hoy lo acojo al régimen de autoservicio. Yo les proporciono a ustedes las ideas fundamentales sobre varios temas y ustedes ordenan las palabras como se les antoje, añadiendo las que gusten y suprimiendo las que quieran. ¡Sírvasse usted mismo, amigo lector!...

PALABRAS

Acuerdos, rescisión, renovación, parné, peligro, tensiones, es evidente, Oriente Medio, polvorín, no, cohetes, Libia, teniendo presente, por, la, flotas, Mediterráneo, neutralismo, Dayan, arrebato, Zaragoza, guerra mundial, Francia, independenciam, como U.S.A.F., Pedro por su casa, desarme, amistad, árabes, mediación, desmantela-

miento, adiós, buenos amigos, imán, rusos, por lo que, Vietnam, Laos, China ¡catapúm!, aires en nuestra opinión, good by, septiembre, Mare Nostrum, desnuclearización, a ver...

MADRID

Coches, se está llegando, socavones, obras públicas, buscando, macrópolis, solución, zanjas, solares, especulación, por eso, pasos subterráneos, pasos aéreos, polvo, ruidos, también es verdad, humos, gases, contaminación, claro que, escombros, transportes raquíticos, camionetas, nervios, colas, buscar remedios, «Metro», rebaño, horas punta, neurosis, zonas verdes, aunque, urbanismo, desastre, lucro, calle sin asfaltar, metro cuadrado, por lo demás, millones, barro, luz, no llega el agua, periferia, centro, locos, bocinas, puesto que, mano dura, inmobiliarias, casas en ruinas, niños, anarquía, intereses creados, de Madrid a Leganés, ¡ay!, ciu-

dad nueva, nunca es tarde, «escalextric», prohibir, más autobuses, más «sub», árboles, 1980, quimera, por eso...

EL MERCADO COMÚN

No se ha dicho, los seis, ¡cuidado!, quesos, apertura, dar con queso, sacrificios, Empresas, Europa política, naranjas, y que, integración, emigración, estabilización, pensando en, por supuesto, MEC, MEC, MEC, colonización, pariente pobre, liberalización, tratados de Roma, cláusulas, devaluación, ignorando que, por favor, reformas internas, acuerdo preferencial, sólo, futuro, competitivo, abrir la mano, desde luego, seguro que no, democracia, industria, fabricando urnas, exportar, también, el campo, divisas, turismo, caso Grecia, a fin de cuentas, acuerdo preferencial, estructuras, nuevo aplazamiento, ¡claro!, reunión en Bruselas, paso a paso, irreversible, sin olvidar nunca...

UN ARTÍCULO
RECHAZADO

Ayer por la mañana llegué al periódico; entré, como de costumbre, en el despacho del redactor-jefe y le dejé, con el mismo gesto de rutina con que un ordenanza puede dejar el correo, un artículo.

Me dispuse a salir y no había llegado aún hasta la puerta cuando a mis espaldas retumbó un alarido que hizo vibrar los cristales del balcón.

—¡¡¡Oiga...!!!

Como no había nadie más en la habitación, me volví, y antes de que pudiera decir nada, el redactor-jefe, puesto en pie y totalmente desencajado y agitando mi artículo como quien agita una bandera, me soltó:

—¡Hable usted si quiere del asunto Matesa, hable de los debates de la ley de Educación, hable de la visita del general De Gaulle, hable del proyecto de ley de Asociacio-

nes, hable de la revisión del Concordato, hable de las negociaciones con los norteamericanos sobre las bases militares, hable del estatuto sobre objetos de conciencia, hable de la guerra de Vietnam, hable del proyecto de ley Sindical, hable de los rumores que circulan por los mentideros, hable de lo que quiera; pero de política..., ¡nada!

—Pero... —intenté defenderme.

—¡Nada! De política, ¡nada! ¿Quiere usted buscarme la ruina, meterme en un lío? ¿Cuántas veces se lo voy a tener que advertir? De política, nada, nada, nada...

Agotado por el esfuerzo, cayó sentado en su sillón. Mientras se enjugaba el sudor de la frente con un pañuelo me acerqué hasta su mesa y cogí el artículo. ¿Me habría equivocado de original?

—Nada, nada, nada... De política, nada —repetía con voz cada vez más débil.

Miré el título, fui relejendo líneas salteadamente... Sí. Era el artículo que había escrito la noche anterior.

—Pero si... —intenté de nuevo justificarme.

—Nada. Ya le digo. Hable de lo que quiera: de las bases, del Mercado Común, de las relaciones con el Este, de... de... En fin, de lo que quiera. Pero de política, no.

—Pero... —volví de nuevo a la carga, blandiendo el folio como si fuera el Código Civil.

—Lo siento. No insista —dijo con voz que excluía toda réplica—. Ya sabe usted que me limito a cumplir órdenes. Haga usted otra cosa... Coja usted cualquier otro tema. ¡Qué sé yo! Pero de política, ni hablar...

Como ya habrá adivinado el avisado lector, mi artículo se refería a si fue o no fue penalty la entrada de Rifé a Velázquez en el partido celebrado en el Nou Camp...

ADIÓS AL
«DAILY SKETCH»

Pese a sus novecientos mil ejemplares de tirada, el diario londinense «Daily Sketch» va a desaparecer. Nada más publicarse la noticia he telefonado al colega británico y he podido hablar con uno de sus redactores-jefe.

—Pero hombre —le he recriminado—. ¿Cómo es posible una cosa así? Con casi un millón de ejemplares... ¡y a cerrar!

—Pues ya ve usted —me ha respondido con acento resignado y, por supuesto, con acento inglés.

—No lo entiendo. Algún error gordo han tenido que cometer ustedes...

—Seguramente —ha admitido mi interlocutor.

—Por ejemplo: ¿Cuántas páginas dedicaban ustedes diariamente al fútbol? ¿Diez? ¿Quince? ¿Veinte?

—¡En absoluto! Los lunes hablábamos ampliamente de los partidos del «weekend», pero los demás días nos ocupábamos también de los otros deportes.

—¿De los otros deportes? ¿Pero es que hay otros deportes? —he preguntado, extrañado.

—Me refiero al rugby, al atletismo, a la natación... —ha respondido mi interlocutor.

—¿Ve usted? —le he cortado—. Primer error. En cuanto a la política, no me irá usted a decir que acogían ustedes en sus páginas tanto la opinión de los laboristas como la de los conservadores...

—Exactamente. Eso hacíamos.

—¿Ve usted? Otro error. Ya empiezo a ver claro, ya... —he comentado, cada vez más mosca—. Y por lo que se refiere a la forma, ya sólo falta que me diga que las fotografías las publicaban ustedes acompañando al texto, y no

cada cosa por su lado: es decir, las fotos todas juntas, en huecograbado, y los textos en otra parte, en tipografía, para que el lector se vuelva loco hasta que logra emparejar unas con otras.

—Naturalmente. ¿A quién se le puede ocurrir dar las fotos por un lado y las noticias a que se refieren por otro?

—¿Que a quién se le puede ocurrir, eh? Perdone usted, amigo, pero no tienen ustedes ni idea del periodismo actual. Con esos criterios, ¿cómo no iban ustedes a fracasar? —le he, más que dicho, gritado.

Y lleno de indignación he colgado el auricular...

LAS «MUERTES» PERIODÍSTICAS

Hace unos días fui a cenar a casa de unos amigos. Cuando tomábamos el aperitivo aparecieron los niños para despedirse antes de ir a la cama. Quise hacerle una caricia a

uno de los pequeños y la criatura retrocedió espantada, al tiempo que rompía a llorar desconsoladamente, con unos berridos que desgarraban el corazón.

—No llores, no llores —le decía su madre, apretándolo contra sí—. Te hemos engañado: no es verdad que este amigo sea periodista. ¿Verdad que no eres periodista? —me preguntó la madre con un guiño de ojo.

Juré y perjuré que no. El chiquillo, al fin, se calmó, pero el que comenzó a intranquilizarse fui yo. Cuando los peques desaparecieron pedí una explicación.

—Es una tontería —dijo el padre—. Su madre le ha dicho que eres periodista y se ha creído que lo ibas a degollar.

—Se habrá creído que hago sucesos... —comenté.

—No. Seguramente es que nos ha oído comentar la Prensa en voz alta. Eso es todo.

—¿Y qué clase de comentarios en voz alta son los que

hacéis para que un niño pueda identificar a un periodista con Jack el Destripador o poco menos? —pregunté muy interesado—. No me irás a decir que leéis los sucesos en familia...

—No. Lo único que hemos comentado en voz alta es la política internacional. La verdad es que matáis, resucitáis y volvéis a matar a la gente con una tranquilidad pasmosa —respondió mi amigo.

—¿Qué estás diciendo? —me extrañé al tiempo que repasaba mentalmente los últimos titulares de los periódicos.

—¡Hombre! Hace tan sólo unos días resucitabais tranquilamente al «Che» Guevara, diciendo que quizá no era él quien murió en Bolivia. Con John Kennedy habéis hecho lo mismo no sé cuántas veces, y conste que estoy hablando de periódicos y revistas en general. Las «muertes» de Mao ya no se pueden contar: en cuanto deja de aparecer en público

una temporada ya lo estáis matando de cáncer o de lo que sea. Y a Ho Chi Minh no digamos: antes de que se muriera realmente lo habíais enterrado ya en no sé cuantas ocasiones. Con Fidel Castro, la cosa es aún más graciosa: no sólo lo habéis matado, sino que, según esas informaciones a que me refiero, el que va de un lado a otro en Cuba con su puro en la boca no es más que un «doble», un sosías. Reconocerás —dijo mi amigo— que son demasiadas las muertes periodísticas que pesan sobre vuestra conciencia. No te extrañe que se asusten los niños...

Reconocí que mi amigo estaba cargado de razón. Intenté explicarle el proceso que sigue una noticia, echar la culpa a las grandes Agencias internacionales, volcar la responsabilidad sobre los condicionamientos del mercado informativo... El tema nos ocupó toda la cena. A la hora del café mi anfitrión alivió la amargura que me llenaba:

—De todos modos, no te preocupes —me dijo— por el asunto del niño. Mañana le diremos que eres periodista, pero que trabajas en el «Boletín Oficial»...

SE RIFA
UN MILLÓN

El premio Planeta de este año está dotado con un millón cien mil pesetas. ¡Y aún hay quien dice que nuestra literatura no da dinero!

Nada más conocerse la convocatoria me he ido a ver a un novelista, reputado por su calidad y por su austeridad.

—Perdone usted que le reciba así —me ha dicho al abrirme la puerta, señalando sus pantalones arrugados, su jersey descolorido, sus envejecidos zapatos—, pero así es como estoy siempre. La pluma, sólo la pluma, no da para más. Y yo me niego al subempleo... y al pluriempleo.

—De eso precisamente venía a hablarle. Siempre se están quejando ustedes de que en este país dedicarse a escribir equivale a hacer voto de pobreza. Pero ahí tienen ustedes un concurso con más de un millón por medio. En pocos países existen concursos tan bien dotados...

Ha sonreído tristemente, mientras encendía un Celtas.

—Es cierto. Y eso es lo grave. ¡Ojalá hubiera menos concursos, pero el escritor disfrutase de unos ingresos regulares más saneados! A mí me parece aberrante que una novela pueda ganar un millón, en tanto que todas las demás sólo producen cuatro perras. Yo me conformaría con poder vivir tan holgadamente como un escritor medio francés o escandinavo, sin tanto concurso que, por muy bien dotado que esté, siempre será un concurso; es decir: una especie de sorteo, de lotería...

—No me irá usted a decir que un concurso es algo así como una rifa...

—Pues sí. Habrá quien piense que en un concurso lo único que manda es la calidad. Error: entran en juego factores muy diversos. Ciñámonos al concurso del millón. ¿Cree usted sinceramente que en un país donde no se lee un editor concede alegremente un millón de pesetas a un libro que, por mucha calidad que tenga, va a resultar difícil de vender? Ahí tiene usted un factor importantísimo: la oportunidad. ¿Qué tema interesa más en este momento?, tiene que empezar preguntándose el escritor que decide participar en un concurso. ¿La guerra civil? ¿Las tensiones político-sociales? ¿Los nuevos curas? ¿Lo «sexy»? ¿La condición obrera? ¿El neo-fascismo? ¿La juventud estudiantil? Y una vez elegido el tema, hay que saber tocarlo con la suficiente audacia y con la suficiente prudencia. Pero, además, hay que acertar con el estilo: ¿nueva novela?, ¿novela tradicional?, ¿encuesta sociológica?, ¿testimonio?,

¿reportaje periodístico?, ¿tremendismo?... Acierte usted en la elección de todos estos factores, escriba la novela, preséntela... y a lo mejor se lleva el premio. ¿No entra en juego el azar? ¿Exagero al hablar de rifa? No, amigo, no: yo pienso que la literatura no puede funcionar como las quinielas... ¿Quiere usted un Celtas? —me ha ofrecido, a guisa de despedida.

He dicho que no, por temor a desequilibrar el presupuesto de mi interlocutor...

PRENSA-FICCIÓN

¿Cómo serán los periódicos del futuro?

Yo creo que basta con seguir un poco de cerca la evolución de los del presente para hacerse una pequeña idea de cuáles serán los ingredientes de los periódicos del día de mañana.

¿Prensa-ficción?

¡Ojalá!

Si las cosas no cambian, un periódico de 1975 responderá, más o menos, a la siguiente fórmula:

Veinte páginas de fútbol.

Diez páginas de toros (también es posible que la crónica taurina se publique en la sección de «teatro»).

Siete páginas de sangre (también llamadas de sucesos).

Cinco páginas de sangre... azul (o de movimiento principesco: Paola, Carlos de Inglaterra, Soraya, Beatriz de Saboraya... y Jacqueline Kennedy, que, periodísticamente hablando, tiene categoría de princesa).

Tres páginas de «motor».

Tres páginas de modas.

Una página de corte y confección.

Una página de horóscopo.

Una página de «comics».

Una página de crucigramas

Una página de jeroglíficos.

Una página de foto-romance.

Una página de recetas de cocina.

Una página de ruso (o de aprendizaje de idiomas, sin necesidad de ir a Academias).

Una página de folletón.

Una página de contabilidad («Aprenda contabilidad al tiempo que se informa»).

Una página de informaciones meteorológicas.

Una página de «correo del corazón» (o de consejos a las personas atribuladas que escriban a la Redacción contando su caso... y adjuntando sellos para el franqueo correspondiente).

Una página de quinielas.

Media página de información socio-política-económica-sindical-universitaria, con algún que otro secreto oficial debidamente autorizado.

¿Y no habrá corresponsales en el Extranjero?, se preguntarán ustedes. Sí que los habrá. Pero como para entonces se habrá llegado a la Liga europea, sus crónicas sobre los partidos del domingo y los comentarios de entre semana

se publicarán dentro de las veinte páginas que ya hemos destinado a la información futbolística...

¿Que no? ¡Al tiempo...!

**POR QUÉ NO
SE LEE...**

¿No se han preguntado ustedes alguna vez por qué se lee tan poco en España? Yo, muchas. Y ayer, Día del Libro, mis inquietudes se las he comunicado a un librero.

—¿Por qué no se lee, amigo librero?

—Porque los libros están escondidos. En cuanto los sacamos a la calle se vende mucho más.

—Pues muchas gracias por sus amables palabras y...

—Eso no es todo, claro. También porque los libros son caros, carísimos. Si los libros fuesen más baratos se vendería mucho más.

—Pues muchas gracias por sus amables palabras...

—También, por supuesto, porque los títulos son muy poco atractivos. Ciertamente, ésta ya no es la época en que sólo se podía leer a la generación del noventa y ocho, pero las restricciones son aún muy amplias.

—Pues muchas gracias por sus amables...

—Y no hay que olvidar, desde luego, el hecho de que muy pocas obras pueden tocar la auténtica problemática nacional. El libro sobre la bomba de Palomares lo tuvo que escribir un extranjero y el «best-seller» sobre la rebelión de los estudiantes lo ha hecho un autor alemán...

—Pues muchas gracias por sus...

—También, sin duda alguna, porque el nivel cultural del país es muy bajo, en contra del nivel de analfabetismo, o de semianalfabetismo o de analfabetismo encubierto (me refiero a los que sólo saben firmar), que sigue siendo más alto de lo que debiera.

—Pues muchas gracias por...

—También, evidentemente, porque el nivel de desarrollo económico, que determina el nivel de desarrollo cultural, es a su vez menos elevado de lo que nos hace falta. Para sentir la necesidad de leer hay que tener cubiertas previamente una serie de necesidades fundamentales.

—Pues muchas gracias...

—También hay que hablar, como es lógico, de las estructuras mentales, que no son más que un reflejo de las estructuras reales. El día que se reformen las estructuras se leerá más, porque todo estará más repartido, sobre todo el campo, con lo que el nivel de vida subirá, y al subir el nivel de vida subirá simultáneamente el poder adquisitivo y el afán de cultivarse, y los libros se convertirán en un placer espiritual para todos.

—Pues muchas...

—¿Está ya claro el asunto de por qué no se lee?

—Pues, pues, pues...

EDITORIALES

Según parece, un periódico libanés acaba de publicar un editorial de una sola palabra.

Tras el título «Lyndon Johnson desescala» decía: «BIEN».

Siguiendo esta línea, que puede revolucionar el periodismo moderno, y no digamos el amazotado periodismo español, he aquí los editoriales de actualidad que se me ocurren, y cuya reproducción autorizo a cualquier órgano de expresión, aun sin citar la procedencia:

«Una ley contra la especulación del suelo»: ¡JA!

«Universidades cerradas»: ¡CLARO!

«No hay que confundir justicia con caridad»: ¡A VER!

«Hanoi acepta empezar a hablar»: ¡MUY BIEN!

«Nueva ley “apartheid” en África del Sur»: ¡VERGONZOSO!

«Se tratará de contener el alza de precios»: ¡YA!

«Entra en vigor la ley de Secretos Oficiales»: ¡OJO!

«Tras la muerte del apóstol de la no violencia»: ¡PIM, PAM, PUM!

«El asesino de King, un hombre aislado»: ¡QUIA!

«Obreros y empresarios de acuerdo con la ley Sindical»: ¡HUY!

«El II Plan de Desarrollo, a punto»: ¿DÓNDE?

«Fútbol y Eurovisión»: ¡BAH!

«1968, año de los derechos humanos»: ¡BEEEEE!

**QUINCE «SLOGANS»
PARA UNA CAMPAÑA**

Parece ser que se va a emprender una campaña para fomentar la lectura. ¿Se aceptan iniciativas? ¿Puede servir alguno de los «slogans» que se nos han ocurrido?

«Familiarícese con los libros; más adelante le enseñaremos a leer.» (Para difundir-

lo ampliamente, en carteles, por zonas agrícolas.)

«Y usted que lo lea...» (Texto que podría acompañar a un dibujo en el que un librero despidió a un cliente que acaba de comprar un libro.)

«La mayor alegría (sobre todo para el librero), ¡un libro!» («Slogan» para cartel, indicado para centros recreativo-culturales.)

«No desconfíe: también hay libros de derecha.» («Spot» televisivo, para pasarlo a las horas en que la derecha está en casa y la izquierda está trabajando...)

«Ni más ni menos que un libro: ¡Un libro! U-n l-i-b-r-o.» (Para cuñas radiofónicas.)

«Cien páginas son cientos de horas de trabajo. ¡No se ría, por favor.» (Proyecto de cartel.)

«Lee, pero poco. ¡Ojo con los libros!» (Para difundirlo en zonas universitarias.)

«La B con la A: BA. La T con la A: TA. La M con la A: MA... ¿Ya lo sabía? ¡Un libro

le está esperando?» (Para difundirlo en zonas de fuerte índice analfabético.)

«Pueblo que lee, pueblo culto. Pueblo que no lee, pueblo inculto. ¡Leamos, leamos, leamos!» (Ilustrado con fotografías, puede llenar la página de un periódico.)

«Si no lees, ¿de qué vivirán los escritores? La fraternidad se llama libro.» (Texto de un cartel, indicado para fijarlo en centros parroquiales.)

«Olvídate el coche. Primero, un libro.» (Posible «spot» televisivo.)

«¿No sabe leer? No importa. Hay libros que se intuyen...» (Cuña radiofónica o cartel, indiferentemente. Lo más probable es que «resbale» en el público.)

«Instruye. Distrae. Adorna. “Viste”. Llena huecos. “Farda”. Ilustra. Es un libro.» (Para difundirlo por todos los medios posibles, en todos los lugares posibles.)

«Hay que leer, macho, que te se nota...» (Para difundirlo

en Madrid en barriadas populares.)

«No importa que haya leído un libro. ¡Lea otro!» (Para difundirlo en Madrid en barriadas de gran poder adquisitivo.)

TESTIMONIO DE UN
CLIMA

—¿Qué se dice por el MADRID? —me han preguntado numerosos amigos durante estos últimos días.

—¿Y qué quieren ustedes que se diga?

Por supuesto, que, después de cuatro meses de cierre obligatorio, se podrían decir muchas cosas.

Pero ¿para qué?

Yo voy a tratar de transmitirles el tono de los comentarios que se escuchaban ayer en los pasillos y dependencias de un periódico que —situación un tanto insólita, de la que conviene dejar testimonio

para la Historia— ha estado cuatro meses cerrado.

«¿Pero dónde diablos han metido mi pisapapeles? Con los cambios que han hecho, llevo todo el día buscando mis cosas y no encuentro nada», se lamentaba un redactor veterano.

«Como a partir de ahora nos van a leer con lupa, les ruego a ustedes que, antes de escribir una palabra, la analicen con el microscopio», repetía incansablemente el subdirector a cuantos pasaban por su despacho.

«¿Quién dice que hay que bajar el tono? La máquina de un periodista debe estar al servicio de la verdad, y seguiré pegando como antes», comentaba en voz alta el encargado de la información meteorológica.

«En estos cuatro meses han ocurrido más cosas en el mundo que en cuatro años, ¡y aún dice el director que aquí no ha pasado nada!», ironiza-

ba un redactor de «internacional», mientras repasaba las colecciones de los demás periódicos.

«¡Qué gracia! Ahora sale en este cajón aquel artículo sobre la Universidad que tanto buscamos en mayo... ¿Creéis que lo debo guardar por si viene bien más adelante?», consultaba un redactor, que se hallaba hurgando entre viejos papeles.

«¡Sobre todo, ojo con la fecha! Después de tener cuatro meses para preparar el número, ¡sólo faltaría que saliéramos con la fecha equivocada!», iba gritando por entre las máquinas el jefe de talleres.

«¿Se puede decir que los americanos están en guerra en el Vietnam o es peligroso?», preguntaba, guiñando un ojo, el jefe de la sección de «internacional», asomado al despacho del redactor-jefe.

«En lugar de “h de humor”, ¿no sería más conveniente que llamase usted a su

sección “o” de ¡ojo!?, me insinuaba tímidamente el jefe de colaboraciones.

EN TORNO A UNA ESCOBA

Hallábame yo sumido esta mañana (como todas las mañanas desde la reaparición del periódico) en una honda depresión, motivada por la pertinaz dificultad en hallar tema apto para ser tratado en tono jocoso y de modo inofensivo, y ya iba a sumergirme en la lectura de Quevedo para levantar el ánimo, cuando hete aquí que la señorita telefonista me anuncia conferencia desde Ondárroa.

—¿Señor Goicoechea? —oígame inquirir—. Soy un concejal del Ayuntamiento de aquí y tal, y le llamo a usted porque hemos pensado que con ese apellido y tal sería usted vasco...

—No lo soy —respóndole—, pero desembuche y tal,

que en tratándose de materia interesante daré debida cuenta a mis lectores. ¿Va usted a hablarme —demándole— del concurso-oposición que han convocado ustedes para cubrir una plaza de barrendero municipal?

—A eso iba y tal —replicame mi interlocutor.

—Pues venga, que en este lugar todo el mundo se hace lenguas y tal de ese suceso. Créame usted, dilecto oyente, que les están poniendo a ustedes como chupa de dómine...

—Ya sabemos, ya... Y queríamos protestar.

—¿Por los comentarios irónicos o así? —apúntale.

—No. Queríamos protestar, y protestar enérgicamente, por la forma en que se ha dado la noticia, pues.

—¿No es cierto acaso —insinúole— que el candidato o candidatos hayan de superar diversos ejercicios? ¿O por ventura la información que hemos recibido no se ajusta a

la verdad en lo que se refiere a los honorarios?

—No. La noticia que hemos leído está bien. Lo que nos ha indignado es que esté incompleta. ¿Qué van a pensar de nosotros, en Madrid y tal, si se les dice que para barrer nuestras calles basta con saber escribir, dominar la aritmética y superar un examen práctico? Como usted comprenderá, eso no nos basta para adjudicar a un candidato un puesto de tanta responsabilidad. Hace años, todavía, pero hoy en día...

—¿Qué más hace falta, pues? —interrógole.

—Pues buena facha, que se suele decir; buenas maneras; algo de cultura o así; haber viajado un poco y, por supuesto, buenos informes. Y de esto no ha dicho nada la Prensa. Por eso queríamos protestar. Lo que se ha publicado es, ni más ni menos, lo mismo que se exige en casi todos los Ayuntamientos. Si publican

algo, pues, que publiquen todo. Sólo faltaría que después de rompernos la cabeza para hacer algo distinto a los demás quedásemos a la altura de cualquier Ayuntamiento. ¿No cree usted, amigo Goi...?

Vóile a responder y hete aquí que acontece un corte en la comunicación. Avería sería, o así. ¿O sería, por azar fallo humano? Desde que en la Telefónica ingresa cualquiera sin ser abogado del Estado...

LA AVENTURA DE LEER

Ayer tarde, en el vestíbulo del periódico, me esperaba un señor.

—No me conoce usted — me ha dicho, tendiéndome la mano—, no me conoce casi nadie, pero me he atrevido a molestarle porque creo que soy (como dicen ustedes cuando quieren justificar una entrevista con alguien que no ha hecho nada especial) noticia.

—Si usted lo dice... —le he invitado a explayarse.

—Creo que soy noticia, pese a que no soy torero ni he agredido a ningún crítico taurino que me cayese mal; ni soy un procurador que se vaya hasta Ceuta a cenar con otros procuradores para tener que volverse a la península con la digestión a medias; ni soy, por supuesto, un psicópata pirómano con deseos de notoriedad, pues en ese caso le hubiera telefoneado a usted en lugar de venir a verlo; ni he visto ningún «ovni» últimamente, cosa que me empieza a parecer más fácil que ver un «verde» siendo albañil; ni soy un cantante «ye-yé» que vaya a emprender una gira por los países socialistas, excepción hecha de Checoslovaquia; ni soy el turista equis-millones.

—En ese caso, ¿qué es usted? —he comenzado a impacientarme—. Asegura usted que es noticia, pero hasta ahora...

—Soy, ni más ni menos, un lector de periódicos.

—Bueno, señor mío... —he exclamado, haciendo gesto de levantarme.

—Cálmese —me ha dicho serenamente, mientras me retenía en el asiento. Y déjeme terminar. Al final me dirá usted si soy noticia o si no soy noticia. Le digo que soy un lector de periódicos, un simple lector, pero un lector de periódicos madrileño. Y un lector madrileño, pero de periódicos vespertinos. ¿Que qué periódico leo? A eso voy. Ahora, ni sé qué periódico leo. Hace muchos años leía siempre «Informaciones». Hasta que un día empecé a darme cuenta de que iba perdiendo interés. «El que viene bien es “Pueblo”», me dijeron los amigos. Me pasé a «Pueblo». Pero desde que lo empecé a comprar hasta que me adapté a su estilo, que no era el estilo al que yo me había acostumbrado, pasaron muchos meses. Ya empezaba a moverme por las páginas de

mi nuevo diario vespertino como Pedro por su casa, cuando un amigo me dijo: «Parece mentira que no leas “Informaciones”, con lo bien que viene». Me cambié de nuevo. Habría pasado un año, cuando alguien me habló de «El Alcázar». Cambio. Adaptación. En fin: todo el mecanismo. Ya empezaba a estar acostumbrado y héte aquí que me ponen por las nubes al «Madrid». Cambio. Adaptación, etc., «Ya no me cambiaré más», me dije. Pero llega este año y lo cierran. De nuevo a «El Alcázar». Cuatro meses comprándolo, y cuando ya no podía pasarme sin él... suspensión. ¿Se da usted cuenta de lo que representa leer un periódico de la tarde en Madrid? ¿Soy noticia o no soy noticia? ¿Qué piensa usted ahora, eh?

Tan noticia era el pobre hombre que aquí está, como modesto homenaje, mi conversación con él. Se me olvidaba: Terminó diciéndome que, para prevenir nuevos riesgos, se

acababa de suscribir al «Boletín Oficial»...

LA AVENTURA DE
ESCRIBIR

¿Les hizo gracia ayer a ustedes «la aventura de leer»?

¡Pues si les hablase a ustedes de «la aventura de escribir»!

Les voy a hablar, hombre...

La aventura de escribir, de escribir en un periódico, se puede resumir así:

El redactor-jefe me llama.

—¿Ya tienes tema para hoy?

Tengo veintitrés. Los más actuales. Los más candentes. Los que supongo que más pueden interesar a la opinión. Le paso la lista. Va tachando:

—Peligroso... Imposible...

No es conveniente en este momento... ¿Estás loco?... Muy peligroso... ¡Ni hablar! Por ahora, no... ¿Quieres arruinar mi carrera?... Imposi-

ble... No; en este momento, no...

No queda ni uno de los veintitrés. Me sumerjo de nuevo en la lectura de los periódicos del día. Sigo buscando los más actuales, los más candentes, en escala descendente. Vuelvo al despacho del redactor-jefe.

—Arriesgado... Este, ni hablar... Imposible...

Cuando me devuelve el papel queda un tema sin tachar.

—Este podía ser gracioso, pero hay que tocarlo con mucho cuidado.

Le propongo un enfoque.

—No, no. Eso no pasa. ¿Y si en vez de un procurador es un alcalde de pueblo el que habla?

Yo no veo la gracia por ese lado. Salgo del despacho. Me encierro en el mío. Planteo el tema desde siete ángulos distintos. Van cayendo al suelo cuartillas emborronadas. Por fin, creo ver el camino. El que habla es un procurador, pero en lugar de decir...

—No. Así queda muy duro —me dice el redactor-jefe—. ¿Por qué no buscas un tema deportivo, ahora que estamos en vísperas de las Olimpiadas?

Pero el tema deportivo no me parece interesante en ese momento. Me voy de nuevo a mi despacho. Nueva lista de temas. Nuevo desacuerdo. El redactor-jefe termina dándose un golpecito en la frente:

—¡El Otoño! Dentro de nada, el otoño. Tocado con intención puede dar un buen tema.

Me parece una idea magnífica. Me pongo a la máquina. Escribo el título: «Entrevista con don Otoño». El artículo sale con toda facilidad. Ya lo leerán ustedes uno de estos días...

LA PRENSA,
A EXAMEN

Parece ser que el ministerio de Educación y Ciencia piensa poner el periódico como libro de texto.

No resulta difícil imaginarse cómo podría ser en el futuro un examen de la nueva asignatura.

Profesor: Dígame usted qué es un periódico.

Alumno: Un periódico es una publicación diaria en la que se dan noticias referentes al fútbol.

Profesor: Puede valer, pero es una definición incompleta. Además del fútbol, ¿no informan de otra cosa los periódicos?

Alumno: No, señor... Hablan de otras cosas, pero lo que se dice informar sólo informan del fútbol. Hablan de política, de arte, de ciencia, más que nada por rellenar y, sobre todo, por no parecer monografías, pero informar informar sólo informan de fútbol.

Profesor: Me sigue pareciendo una definición excesivamente rigurosa y restrictiva. Si en vez de fútbol dijera usted que informan de deportes en general...

Alumno: Es que no considero justo decir que informan de deportes en general. En la Olimpiada de 1968 se demostró que los periódicos no informaron de lo que pasó en México, sino que tan sólo hablaron. He repasado los ejemplares de aquella época en la hemeroteca y, siendo así que nuestro país no ganó ni una sola medalla, los comentarios periodísticos son de un triunfalismo que estremece. Y sin ir tan lejos, basta con ver el espacio que le dedican a diario al atletismo: menos líneas que al cupón de los ciegos. Perdóne usted mi insistencia, pero a mi modo de ver un periódico sólo informa de fútbol.

Profesor: Desarrolle usted su idea, a ver si logro entenderla mejor...

Alumno: Yo llamo informar a contar lo que pasa. Pues bien: un lector de periódico tan sólo sabe lo que pasa, lo que no pasa, lo que ha pasado, lo que puede pasar y lo

que no debiera pasar en materia futbolística. En las demás materias, no. Tomemos la política nacional, por ejemplo. ¿Cuántas páginas ocupa? Que yo sepa, jamás se ha publicado hasta ahora un reportaje de un procurador en vísperas de un debate en las Cortes, hablando de si se encuentra en forma o de si no se encuentra en forma, de si está afónico o de si no está afónico, de si le duele aquí o de si le duele allá, de si el resultado de la votación va a ser éste o de si va a ser aquél...

Profesor: Usted olvida, querido Rodríguez, que un periódico es una mercancía y que hay que venderla. Y que para venderla hay que ofrecer al lector cosas que le interesen...

Alumno: No lo he olvidado. Lo que ocurre es que usted no me ha preguntado cómo se vende mejor un periódico, sino qué es un periódico.

Profesor: En fin... ¿Mantiene usted la definición de un periódico que me ha dado?

Alumno: Sí, señor. La mantengo.

Profesor: Pues lo siento mucho, Rodríguez, pero le tengo que suspender. Usted

me ha demostrado brillantemente que sabe lo que es un periódico. Pero debe usted reconocer que ésa no es la asignatura que he explicado yo...

OTROS DESARROLLOS QUE CONVIENE PLANTEAR



OTROS DESARROLLOS QUE CONVIENE PLANTEAR

DESARROLLO DE LOS CASINOS

Los casinos están en franca decadencia. Yo creo que convendría un Plan que les devolviese su antiguo esplendor. Después de todo, los casinos son una institución que ya sólo se ve de Pirineos para abajo. No debemos permitir que languidezcan entre la indiferencia general.

Antes, hace muchos años, usted acompañaba a un extranjero en su visita a cualquier gran pueblo o pequeña ciudad, y casi puede decirse que el plato fuerte que usted le mostraba era el casino.

—Este es el casino —le explicaba usted bajando la voz—.

Ahí tiene usted a todos los grandes propietarios del lugar, lo que se llama el caciquismo local.

El extranjero abría mucho la boca, lanzaba un ¡oh! y fotografiaba ávidamente a todos los clientes del casino que, sentados en la terraza, tomaban plácidamente el sol. Más tarde explicaba en su país que el casino era un espectáculo tan típico, al menos como los toros.

Actualmente, la mayor parte de los casinos están vacíos, entre otras razones porque su clientela se ha ido muriendo. ¿No sería posible reponerla? Yo veo dos soluciones: 1, que las grandes familias provincianas destinen a uno de sus hijos para que concurra asiduamente al casino (en lugar de a las salas «ye-yé»), al menos en la época turística. 2, que se subvencione a una serie de ciudadanos desocupados, con la exclusiva obligación de frecuentar mañana y

tarde el casino local. Por supuesto, habría que vestirlos adecuadamente. Este gasto, así como el puro y las consumiciones, correrían a cuenta de cada corporación municipal.

DESARROLLO DE LA INDUSTRIA DE LAS PIPAS

Pensando en la exportación, ¿no sería una buena baza desarrollar audazmente la industria de pipas? Que yo sepa, una industria así no existe en ningún otro país de Europa. En otros países europeos se fabrican pipas de fumar, pero pipas de comer, en ninguno. ¿Y por qué razón lo que vuelve loco al español no habría de gustarle también al sueco o al holandés? A mi modo de ver, en cuestión de pipas (sean de comer o de fumar), todo es empezar. Yo las

incluiría en el próximo viaje de la «Expotur». Nada se pierde con probar. Si tuviera éxito, a fabricar sin parar. Eso sí: habría que pensar en pintarlas de diversos colores. Las actuales pipas tienen un color tristón que a muchos hipotéticos clientes les pueden tirar para atrás.

DESARROLLO DEL PITÓN

O se desarrolla rápidamente el pitón del toro de lidia, o la fiesta se va al cuerno. Y si la fiesta se va al cuerno, ¿no seguirán el mismo camino la literatura taurina y, lo que es más grave, el turismo?

¿Cómo desarrollar los pitones? Ahí está el «quid». Pero quizá baste con «afeitar» un poco las prerrogativas de empresarios, apoderados y, por supuesto, toreros. Los detalles se los dejo al Plan...

S.O.S. A LOS INVENTORES

EL COCHE DE GOMA

Ya que las ciudades no dan de sí, ¿por qué no buscar la solución a los problemas circulatorios por el otro lado, por el lado del automóvil? Un cochecito de goma, que sin nadie dentro apenas abultase nada para poderlo aparcar fácilmente, y capaz de estirarse hasta dar cabida en su interior a una familia no numerosa podría ser un invento sensacional. Como los problemas de tráfico son similares en todos los países, el coche de goma hallaría un amplio mercado exterior.

LAS ESCUELAS DE PAPEL

Igual que existe ya vajilla de papel, vestidos de papel, ¿por qué no ensayar las escuelas de papel? Tendría que ser un papel calculado para que durase todo un curso escolar. Al llegar las vacaciones, la escuela

de papel se tira. En octubre se instala una nueva. Si no se inventa rápidamente el grupo escolar de papel, no veo qué otra solución puede haber para terminar con esa vergüenza nacional de que todavía haya un déficit de más de un millón de puestos escolares.

LA MÁQUINA DERRIBA- ESTRUCTURAS

El inventor que lograra poner a punto una máquina capaz de derribar las estructuras socio-económicas más arcaicas y tenaces se haría rico en cuatro días. Tan sólo en España haría falta un parque numerosísimo de máquina derriba-estructuras, para poder emplearlas a escala municipal, provincial, regional, nacional... Y sería asimismo facilísimo colocar grandes pedidos a países de características parecidas a las nuestras. Piénsese en Latinoamérica, en África, en todo el tercer mundo... El fundamento de la máquina derriba-estructuras podría inspirarse

en el de esas enormes máquinas que actualmente se emplean en la construcción. Los detalles técnicos los dejo al cuidado del posible inventor.

LAS CORNETILLAS PARA SORDOS

Está claro que los «sonotones» han fracasado en nuestro país. Aquí sigue habiendo una cantidad de sordos, a todos los niveles, considerable. Hagan ustedes una prueba: pidan un aumento salarial en la Empresa, por ejemplo, y verán el caso que les hacen. Pidan otras cosas... y obtendrán idéntico resultado. La cornetilla para sordos es de una necesidad inaplazable. No la cornetilla clásica, tan querida por los dibujantes de humor. Una cornetilla más moderna, más del momento, más eficaz. Que permita oír hasta al sordo más sordo. Para que el que quiera seguir haciéndoselo, se lo haga. Pero en ese caso sería ya bajo su entera responsabilidad...

LA QUEJA DE LAS ESTRUCTURAS

En este país es difícil que se sorprenda ya uno de nada, y, sin embargo, hace unos días me quedé casi de piedra cuando el conserje me anunció por el teléfono interior que preguntaba por mí una señora que decía llamarse doña Estructura Agraria.

—¿No será doña Pura? —pregunté, escéptico.

—No, no —respondió el conserje, con tono molesto—. Doña Estructura, doña Estructura.

La hice subir. Era una señora robusta, vestida muy sobriamente. En el cuello llevaba esa cintita negra que se ponen las ancianas distinguidas para sujetar las arrugas Nada más darme la mano, dijo:

—Vengo a verle en nombre de todas las estructuras del país. Yo soy la Agraria. Sí, no se extrañe usted: doña Estructura Agraria. ¿Qué se creía

usted, que las estructuras éramos algo abstracto, irreal, inmaterial, extracorpóreo? Ya ve usted que no —añadió, dándose unos golpecitos en el pecho—. Aquí estoy, viva y con carne y huesos...

—Pues usted dirá... —dije, por decir algo.

—Vengo, como le digo, comisionada por todas mis compañeras, a exponerle nuestras quejas.

—Que consisten... —dije, sacando el bolígrafo.

—Fundamentalmente, en una: En que nadie habla de nosotras. De un tiempo a esta parte, nada. Ni la más mínima alusión. Estamos francamente ofendidas. Hasta hace cosa de un año, era todo lo contrario. No pasaba un día sin que alguien nos pusiera en solfa. Que si teníamos la culpa de esto, que si teníamos la culpa de lo otro, que si éramos responsables de lo de más allá... Aquello era ya demasiado. Daba la impresión de que se había pues- to de moda meterse con noso-

tras. Y no sólo era la Prensa, sino, incluso, los hombres públicos. ¡Si hasta la propia televisión llegó a hablar de nosotras, diciendo que había que reformarnos! Aquello, desde luego, era excesivo. Pero es que esto...

—Así que ustedes lo que desearían... —apunté.

—Que se hable algo de nosotras, desde luego. Después de todo, somos mujeres y nos gusta vernos en la Prensa. Que no se hable tanto como antes, porque la verdad es que aquéllo llegó a asustarnos, pero que no se nos silencie como ahora, sistemáticamente. ¿De qué nos vale, si no, ser tan importantes, si apenas se nos nombra una vez cada seis meses? Por eso he venido a verle. ¿Cree usted que podemos esperar algo? Por supuesto, nosotras sabemos agradecer los favores con generosidad... —añadió, haciendo ademán de abrir el bolso.

La eché con cajas destempladas, pero no me resisto a

publicar sus palabras. De paso, le facilité, con un aire muy digno, la dirección de una Agencia de publicidad.

DOÑA CRISIS

—¡No, no y no! De crisis, nada. Hablen ustedes, si quieren, de relevo, de cambio, de reajuste ministerial, de «remaniement», que dicen los franceses; pero de crisis, ni hablar. ¡Qué incultura política tienen ustedes, y no sólo ustedes, sino todo el país! Crisis, crisis, crisis. Todo el mundo hablando de crisis. Pues no. Yo les digo que no.

—¿Y usted quién es para hablar con tanta autoridad? —le pregunté a la señora que ante mí se expresaba con tanta vehemencia.

—¿Yo? —hizo un gesto de sorpresa—. Quién quiere que sea, sino doña Crisis? Si me he decidido a venir a verle ha sido porque he visto que por esta sección han desfilado doña

Peseta, doña Reforma Agraria..., ¡incluso don Juan Tenorio! ¿No tengo yo tanto derecho como ellos a poner las cosas en su punto?

—Por supuesto —respondí.

—Pues eso. Que de crisis, nada. ¿Quién lo puede decir mejor que yo? Si hubiera habido una crisis, me hubieran llamado, se hubieran puesto en contacto conmigo, ¿no cree usted?

—Parece obvio. ¿Y no ha habido nada de eso?

—¡Nada! Desde hace años me tiene usted por ahí ociosa, dedicada a «mis labores», esperando...

—¿Y de qué vive usted? —me interesé, reparando por vez primera en sus ropajes un tanto gastados.

—De la ayuda que me pasan todos los meses algunos amiguetes —contestó con cierto rubor—. Ya ve usted: con el papel tan importante que jugué en el pasado, y ahora, mano sobre mano... El que vive

como un pachá es don Relevo —añadió con amargura—, pese a que casi nadie habla de él. Lo curioso es eso, que se habla más de mí, siendo así que yo no tengo nada que ver en este asunto. Y no me interesa vestirme con plumas ajenas. Si hubiera crisis, lo que se ha entendido siempre por crisis, yo tan contenta. Pero es que no hay nada de eso. Como saben hasta los niños de pecho de cualquier país avanzado, se dice que hay crisis política cuando un Gobierno es derrotado en una votación en el Parlamento. Inmediatamente, otra formación política, o la misma, se encarga de formar nuevo Gobierno. Eso es una crisis. Eso soy yo. Es evidente que aquí no ha habido nada de eso. ¿Estamos?

—Estamos —asentí—. Tiene usted toda la razón. Por cierto, ¿podrá usted ponerse en contacto con don Relevo? Sería muy interesante...

—¿Don Relevo? —me cortó, haciendo un gesto de as-

co—. No sé dónde para, ni me interesa. No lo he tratado nunca. Pese a todo, una tiene su dignidad... —concluyó.

CARTA ABIERTA A LAS ESTRUCTURAS

Distinguidos vejestorios:

En 1970 se ha hablado muy poco de ustedes, pero me temo que en 1971 se va a hablar mucho más.

¿Qué pensaban: que las teníamos olvidadas? Pues no es así, no. Lo que ha ocurrido es que otros temas más urgentes han acaparado nuestra atención: el «boom» Urtain la crisis del Madrid, etcétera.

Que esta carta les sirva de aviso. Año nuevo, crítica nueva. Y mucho me temo que la primera crítica que se haga va a ser la de ustedes.

Tiembren, tiembren. ¿Qué otra cosa pueden hacer? Están ustedes tan pasadas, tan gastadas, tan anquilosadas, tan anticuadas, tan «out», que

no me extraña que la menor alusión les haga echarse a temblar.

Sobre todo usted, doña Estructura Agraria. Usted es una de las mayores responsables de muchas cosas que pasan en el país. Usted indirectamente, impide la renovación de sus compañeras: en lugar de alentarlas al cambio y al «aggiornamento», las frena, las zancadillea, les pone obstáculos.

Enfádese si quiere. Sólo digo la verdad. No se enoje que le puede dar un golpe de tos y, a su edad cualquier estornudo fuerte puede producir trastornos serios.

Si usted se jubilase, si usted dejase paso a una Estructura Agraria no diré que en edad «ye-yé», pero sí, al menos, cien o doscientos años más joven que usted, las demás Estructuras pegarían un estirón y algunas de ellas, estimuladas por su ejemplo, cederían el puesto a otras más modernas.

Pero nada, usted, erre que erre. Aquí me quedo y si, por mi culpa, doña Estructura Industrial sigue siendo medio enana tanto me da. Y si doña Estructura Socioeconómica va de achaque en achaque tanto mejor. Y si doña Estructura Asociativa sigue estando anémica, ahí me las den todas.

Peor para usted. Espero que a partir del nuevo año otra vez sea usted el centro de todos los ataques, de todas las quejas, de todas las críticas...

Usted, en primer lugar, y luego sus compañeras, que se muestran incapaces de sacudir su tiránica tutela. Adiós doñas Estructuras. Hasta pronto. Que 1971 sea para ustedes un año de ingrata recordación...

EN RECUERDO DE
UNA LEY

Ha pasado el verano, ha llegado el otoño (¿pasará también?) y ya nadie habla, ni

por equivocación, de la ley aprobada en primavera sobre Comarcas y Fincas Mejorables, que algunos llegaron a presentar como un texto revolucionario, equivalente a una ley de reforma agraria.

—Es cierto —me ha dicho un portavoz del Ministerio de Agricultura—. Ya nadie habla de la ley. Pero la ley, ahí está.

—¿Qué quiere decir eso de que la ley ahí está?

—Pues eso: que la ley ahí está.

—¿Pero se va a aplicar o no se va a aplicar? —he vuelto a la carga.

—Sobre eso, no sé nada. Pero la ley ahí está.

—¿Acaso desde que se aprobó la ley hasta ahora han desaparecido las comarcas y fincas susceptibles de mejora?

—No, supongo que no.

—En ese caso, ¿por qué no se empieza a aplicar inmediatamente? ¿No comprende usted que una ley que no se aplica pierde todo su valor?

—Estoy de acuerdo. Pero, por si acaso, la ley ahí está. Este es un hecho incontrovertible.

—Y no lo discuto. Pero ¿qué es una ley dormida en un cajón?

—No sé lo que será. Pero la ley, ahí está. Pocos textos legales se han dado de esta importancia. Se aplicará o no se aplicará, pero ahí está.

—¡Y dale con que ahí está! Pero no comprende usted que es como si no estuviera.

—No, amigo mío, eso sí que no. La ley ahí está, y si no estuviera, no habría ley. Lo que habría, en ese caso, sería un vacío legal terrible. Pero, por fortuna, ahí está la ley.

—¿Pero sabe usted si se va a aplicar en un futuro próximo o no?

—No tengo ni idea. Pero ahí está. ¿No le parece bastante?

—No, desde luego que no. Si no se aplica una ley, es como si no hubiera ley.

—Pero ése no es el caso de la ley sobre Comarcas y Fin-

cas Mejorables. La prueba es que ahí está.

Y como no había manera de sacar a mi interlocutor de ahí, he colgado el teléfono y me he puesto a buscar otro tema para el artículo.

**DESARROLLOS QUE
NO ESTÁN EN EL
«PLAN» (I)**

DESARROLLO BIGOTIL

Yo no creo que haya llegado la hora de las barbas (aunque el general De Gaulle tuvo una barba en su Gabinete, la del señor Pisani, lo cual no le impidió hacer una política interior conservadora), pero sí creo que está totalmente pasado de moda el bigotillo carpetovetónico de los años cuarenta. La integración en Europa exige poner más a tono con los tiempos el bigote nacional. ¡Con lo fácil que sería! Unos pelos más por aquí, unos pelos más allá... Pues sobre este tema no dice ni una sola palabra

el Plan. Y si la iniciativa, si la orientación, si el impulso no viene desde arriba, los bigotillos oficiales seguirán constituyendo una barrera psicológica más importante de lo que se cree entre nosotros y los demás «partenaires» del Mercado Común.

**DESARROLLO DEL
FUTBOLÍN**

Ya que la construcción de abundantes campos de fútbol no se la plantea nadie, ¿por qué no desarrollar, cuando menos, el número de mesas de fútbolín? Siempre será más deporte mover unas barras empujando una pelotita que permanecer pasivamente sentado en las gradas de un estadio. En el capítulo deportivo, el Plan debería, a mi juicio, plantearse la proliferación de fútbolines por todo el país. Que en todo hogar, que en toda escuela, que en todo colegio, que en todo centro colectivo no faltase el correspondiente fútbolín. Seguramente

no aumentaría el número de futbolistas aficionados, pero es muy posible que las nuevas generaciones echasen unos brazos que para qué, de lo que se podría derivar un evidente beneficio para el boxeo.

DESARROLLO DEL TELE-LE-DIARIO

Una persona que no lea ningún periódico y cuya única fuente de información sean los espacios informativos de TVE, jamás podrá comprender medidas como, por ejemplo, la de la suspensión del artículo 18. Para esa persona ni ocurre ni ha ocurrido nada en el país. A mí me parece de urgente necesidad el desarrollo de los «tele-le-diarios». Los llamo así porque, caso de que TVE informase de las noticias consideradas «delicadas», al principio a más de alguien le daría un telele, un sponcio. Pero sólo al principio. En seguida se acostumbraría y oiría ese tipo de noticias como quien oye llover.

DESARROLLOS QUE NO ESTÁN EN EL «PLAN» (II)

DESARROLLO DE LA DIMISIÓN

En el terreno político, en este país se dimite todavía poco, a diferencia de lo que ocurre en el terreno deportivo, y sobre todo futbolístico, en el que se dimite demasiado (hay equipos que cambian dos y tres veces de entrenador durante la Liga). En términos generales, la gente se aferra a los cargos políticos y ya pueden ocurrir los desaguisados más descomunales, que nadie se da por aludido y no dimite ni por casualidad. ¿No creen ustedes que el Plan se debiera plantear seriamente el desarrollo de la dimisión a escala local, comarcal, provincial y nacional? Pues nada. El Plan no dice una sola palabra sobre este asunto. Con lo que la «clase política» —como la llaman los mismos que afirman que ya

no hay clases— seguirá en sus puestos «per secula seculorum», de no «ser dimitidos» antes.

DESARROLLO DE LA ABULIA

Una reciente encuesta revela que al 57 por 100 del país no le interesa nada la política en general y sólo al 5 por 100 le interesa mucho. Este último porcentaje me parece muy alto. Indica que hay demasiados ciudadanos inquietos, con los peligros que una cosa así puede comportar. Habría que desarrollar la abulia política, el apoliticismo, hasta lograr que la política no le interese a nadie. Un camino podría consistir en facilitar a esa minoría una entrada para los partidos del domingo, o una suscripción a un semanario deportivo o simplemente un televisor. Todo gratuito, claro. El desarrollo de la abulia política ofrecería, entre los resultados, el de que los Planes de

Desarrollo se podrían seguir elaborando «desde arriba», con la certeza de que a nadie de «los de abajo» se le iba a ocurrir discutirlo, en una palabra: incordiar.

DESARROLLO DE LOS RESTAURANTES

Los restaurantes se están revelando últimamente como un excelente cauce para el ordenado contraste de pareceres y concurrencia de criterios. Al menos en Madrid. ¿Por qué no extenderlos a las principales capitales de provincia? Si el Plan instalase restaurantes políticos en las grandes ciudades, a lo mejor ya no hacían falta ni asociaciones. ¿No merece ser estudiado detenidamente mi maquiavélico plan?

S.O.S. A LOS MAGOS

Próximamente se va a celebrar en Zaragoza un Congreso Nacional de Magia e Ilusionismo. A mi modo de ver, los

profesionales del nada por aquí, nada por acá, podrían prestar un servicio inestimable al país si se sacasen de la manga o del sombrero cualquiera de estas cosas:

1) UNAS ASOCIACIONES QUE NO ASOCIEN. Con ellas, todos cuanto claman por la regulación del asociacionismo verían por fin cumplido su deseo..., y los que no ven necesidad alguna de que existan asociaciones podrían seguir durmiendo tranquilos, ya que, como su nombre indica, las asociaciones que los magos e ilusionistas harían brotar con su varita mágica serían unas asociaciones que no asociarían.

2) UNA REFORMA AGRARIA QUE NO REFORME. Otro buen servicio que podrían prestar al país los ilusionistas sería el hallazgo de una fórmula de reforma agraria que, una vez aplicada a las estructuras agrarias, dejase el campo español como está ahora. Es decir: una

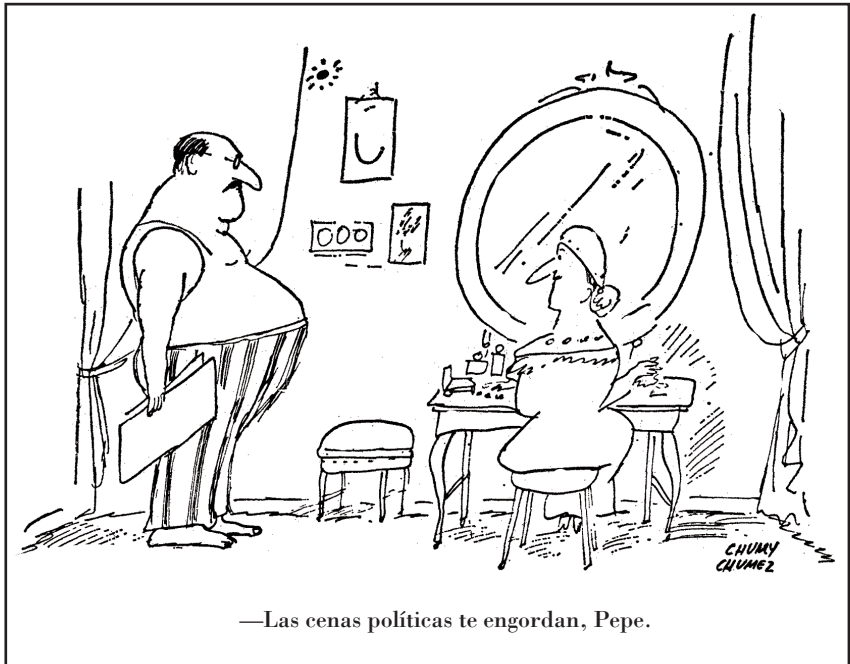
reforma agraria que no reformase nada. Aplicando una reforma así, se cerraría la boca de una vez por todas a los que insisten testarudamente en la necesidad de terminar con los latifundios..., y los latifundios podrían seguir afirmando tranquilamente que los males del agro provienen de la existencia del minifundio y que, en cualquier caso, la redistribución del régimen de propiedad de la tierra no haría más que agravar la situación.

3) UN SOL DE PACOTILLA. Ante la proximidad de la temporada turística, y dado el desconcierto meteorológico que existe en el país, los ilusionistas españoles rendirían un inestimable servicio a la nación si lograsen colocar encima de la Península un sol de pacotilla que, aunque estuvieran cayendo chuzos de punta, como se suele decir, diese la impresión a nativos y forasteros de que hacía un calor de aquí te espero. De otro modo,

de seguir la lluvia y el frío durante el verano, con la natural ausencia de divisas que esto supondría al retraerse el turismo, la catástrofe puede ser de

aúpa. Mediten mis propuestas los magos e ilusionistas hispanos y dejen los clásicos conejitos y palomitas para mejor ocasión...

¿QUÉ OPINA USTED DEL AÑO POLÍTICO?



**¿QUÉ OPINA
USTED DEL AÑO
POLÍTICO?**

PRO-SECRETOS

Como la opinión de los escasos procuradores que se oponen a la ley de Secretos Oficiales ya la conocemos, me ha parecido interesante escuchar los argumentos de un procurador favorable al proyecto de ley que próximamente irá a las Cortes.

He localizado a uno. Me ha citado en un parador de las afueras de Madrid y, de entrada, me ha rogado que silencie su nombre.

—¿Por qué tanto secreto? —me he extrañado.

—No piense usted mal. No se trata de que me disguste distinguirme en la defensa de un proyecto que injustificadamente se ha hecho impopular.

Es que no me agrada la publicidad.

—Sin embargo, casi todas las semanas sale su fotografía en los periódicos.

—No exagere usted: casi todas las semanas, no. Casi todos los meses.

—Así, pues, ¿usted sigue pensando que es necesaria una ley de Secretos Oficiales.

—Por supuesto. Si se envía el proyecto a las Cortes es porque es necesaria.

—Reconozco que su lógica es aplastante; pero supongamos por un momento que no fuera necesaria esa ley.

—En ese caso no la habrían enviado a las Cortes. Si se envía es porque es necesaria. No comprendo cómo hay personas, procuradores incluso, que no entienden este razonamiento.

—La aprobación de una ley de Secretos Oficiales equivale a decir, con otras palabras, que en el país actualmente hay pocos secretos...

—Así es.

—Y usted, sinceramente, ¿está de acuerdo con este planteamiento?

—Evidentemente. Ahora no hay secretos de ninguna clase. Todo se sabe, en todo momento y por todo el mundo. Tome usted la actualidad más inmediata. A escala gubernamental, todo el mundo sabe, por ejemplo, que cualquier año de estos va a haber relevo ministerial. Detengámonos en la política internacional: ¿quién ignora que dentro de unos meses van a comenzar las negociaciones sobre las bases norteamericanas en España? ¡Nadie! Todo el mundo sabe que, una de dos, o se revisan los Acuerdos o se prorrogan. Sin salir de este terreno, todo el país se ha enterado de que a los yanquis les interesa la isla mediterránea de Alborán: cualquier periodista un poco despierto ha podido saber que la Embajada norteamericana ha comprado

todos los mapas de dicha isla que había en las librerías de Madrid. ¿Cuál va a ser la respuesta a esa solicitud, dice usted? Pues está bien claro que la respuesta no encierra secreto alguno: o es que sí o es que no. No hay que buscarle tres pies al gato. Coja usted un tema tan arduo como el de la sucesión. Reconozca usted que tema tan delicado bien podía estar rodeado de suma discreción. Pues bien: hasta los niños saben que en el futuro o habrá un Rey o habrá una regencia. ¿Me quiere usted decir dónde están los secretos? ¿Comprende usted mejor ahora mi postura? ¿No empieza usted a pensar que, efectivamente, sabemos un poquitín de más y que se hace necesaria una prudente reglamentación de la frivolidad informativa que actualmente impera? ¿No sabemos demasiado? ¡Ande, respóndame con sinceridad!

—Le responderé con un «slogan»: ¡Usted sí que sabe!

SERRAT, EN LA
CALLE

¿Cómo ha caído en la calle el «asunto Serrat»?

Las reacciones de la Prensa y las conocemos, pues por algo es Prensa y se publica todos los días. En la Prensa hay de todo: hay quien pide para el cantante cadena perpetua y hay quien opina que el asunto no tiene mayor importancia, comparado con la que puede revestir la consulta-informe sobre la ley Sindical o el próximo partido contra los ingleses.

¿Y la calle? ¿Qué opina la calle, la llamada opinión pública, el ciudadano medio, el señor moliente y corriente, el transeúnte que se encamina a sus ocupaciones, el pluriempleado, como usted o como yo?

La calle es, por definición, el bar, y en el bar, en un bar, he recogido las siguientes opiniones:

«Yo creo que lo que ha hecho el chico está mal. Si que-

ría cantar en catalán, que lo diga desde el primer momento. A lo mejor le hubieran dicho que... no, como ahora; pero hubiera sido una postura clara y sin equívocos», me ha dicho un señor que se comía apaciblemente un «croissant».

«Yo siempre he dicho que a esa canción le faltaban “la, la, la, las...” y le sobraban frases. Si toda la letra hubiera sido “la, la, la, la...” no hubiera habido el menor problema. A no ser que a alguien le diese por decir que “la, la, la, la...” es ruso», me ha respondido un cliente que se tomaba un café solo.

«¡Ese es un granuja y un separatista! —me ha gritado un parroquiano que se estaba pegando con otro a causa precisamente de Serrat—. ¡Hijo de Lerroux!», ha concluido, enzarzándose de nuevo a golpes con su discrepante.

«Si el “noy” quiere cantar en catalán, ¿por qué no ha de hacerlo? ¿No dicen que es una lengua como las otras? Es por

esto que yo estoy del lado de Serrat. ¿Qué si soy de Vich? ¡Pues claro que soy de Vich!», han sido las palabras de un señor que se tomaba un vaso de agua mineral.

«¡Y qué más le daría al chico ese cantar en español, si tiene un acento catalán que se nota a tres kilómetros! Fíjese si tiene acento catalán, que yo, hasta ayer, me había creído que cantaba la canción esa en catalán. Si no se lo cree usted, pregúntele a aquí», me ha dicho el camarero del establecimiento, dirigiéndose a uno de los clientes, que ha asentido con la cabeza.

«La cosa estaba mal montada desde el principio. ¿No somos un pueblo multilingüístico? Pues, a mi modesto entender, ¿por qué no ir a Londres con una canción multilingüística? Un verso en castellano, otro en catalán, otro en vascuence, otro en gallego... ¿No le parece a usted?», ha respondido el dueño del establecimiento.

PACIFISMO Y BELICISMO

—Así que pacifista, ¿eh? — me dice un amigo, dándome unos golpecitos en la espalda.

Y me lo dice con el mismo tono que emplearía para decirme: «Ya sé que tienes una amiguita, ya, pillín...».

—¡Qué quieres! —trato de disimular—. A unos les da por la filatelia o por el fútbol. A mí me ha dado por la paz.

—Eso es perder el tiempo —concluye—. Siempre ha habido guerras y siempre las habrá.

Lo triste del caso es que la opinión de mi amigo está muy difundida. En el país de la paz, se declara usted pacifista y le miran con tanto asombro como si dijera que pertenece a los testigos de Jehová.

En el país de la paz, para estar «in», como dicen los «yeyés», hay que hacer profesión de fe madridista o barcelonista, cordobesista o pacocami-

nista; pero proclama usted que es pacifista y poco menos que se le ríen.

Y, sin embargo, a poco que se piense, ¿qué otra cosa se puede ser en la segunda mitad del siglo XX?

¿Qué otra cosa se puede ser en una época en que se dispone de armamentos capaces de desintegrar varias veces todo el planeta?

Esto no indica que si no existieran armas tan terroríficas yo me pasaría al campo del belicismo.

Pacifistas los ha habido siempre, pese a que las armas nucleares son relativamente recientes. Pero el armamento atómico supone un argumento de peso a favor de los que creen que o se acaba de una vez con la guerra o tarde o temprano la guerra acabará con nosotros.

Como dice mi amigo, es cierto que siempre ha habido guerras, pero no es menos cierto que cada día cuesta más trabajo justificarlas; y si cada

día cuesta más trabajo justificarlas es porque, independientemente de que los armamentos sean cada vez más aterradores, la gente empieza a comprender que las guerras, después de todo, no han arreglado nada y que quizá haya que darle su pequeña oportunidad a la paz.

Por lo demás, el pacifismo no es otra cosa que trasladar a un plano internacional lo que en el plano individual está ya más que aceptado. En la vida civil existen unos Tribunales que son los que se encargan de decir si tiene razón el inquilino o el casero, el robado o el ladrón, el asesino o la víctima. Y en el caso de que un individuo coja una metralleta y trate de hacer la justicia por su cuenta, la condena de la sociedad, por no hablar de la del Juzgado correspondiente, es unánime.

Yo no veo obstáculos insalvables para aplicar la misma fórmula en el terreno de las relaciones internacionales. ¿Que

es difícil? De acuerdo. ¿Que un día se conseguirá? No me cabe la menor duda.

Mientras tanto, discúlpeme ustedes de antemano, pero en cada ocasión que se presente les soltaré a ustedes mi pequeño discursito sobre la paz.

ENCUESTAS

Para unos, España es un país formado por treinta millones de monárquicos; en tanto que para otros, aquí no es monárquico ni don José María Pemán.

Para unos, los secretos oficiales andan por ahí sueltos al alcance de cualquiera; en tanto que para otros, si en este país sobra algo, además de intermediarios, son secretos.

Para unos, los problemas universitarios son sumamente complejos, y hay que tratarlos con cuidado; en tanto que para otros, no son más que parte del fenómeno de que, de repente,

a la juventud de todo el mundo le ha dado por patelear.

Para unos, la reforma agraria es una vieja cuestión superada universalmente hoy en día (superada, sobre todo, en los países en que se ha hecho); en tanto que para los otros, es un paso imprescindible e insoslayable, si se quiere que el desarrollo se eche de nuevo a andar.

Para unos...; para otros...

Los anteriores ejemplos demuestran que, en este país, que diría Mariano José (don Mariano José de Larra, naturalmente): ni faltan los problemas, ni faltan las opiniones más diversas sobre ellos. Y si no faltan ni problemas ni opiniones, ¿qué cosa mejor que la encuesta para conocer en todo momento la opinión mayoritaria del país?

La encuesta es un invento del siglo XX (pues no en vano éste es el siglo en que empieza a contar algo en la opinión de los gobernantes la opinión de los gobernados), y, a lo

que parece, por ahí fuera está dando muy buenos resultados.

¿Por qué no se hacen en España más encuestas?

¡La de debates, polémicas, discusiones, editoriales y artículos que podríamos ahorrar-nos! Y como, en general, los debates, las polémicas, las discusiones, los editoriales y los artículos se llevan a cabo con letra impresa, ¡la de tinta y papel que economizaría el país!

Tomando el caso concreto de la reforma agraria, ¿sigue vigente o no sigue vigente a estas alturas la necesidad de una reforma agraria? Pues se hace una encuesta. En lugar de perder el tiempo en las ciudades discutiendo sobre su conveniencia o no conveniencia, se va a los campesinos y se les pregunta: «¿Cree usted que necesita el campo español una reforma agraria?».

Y si, por ejemplo, el ochenta por ciento de los campesinos se pronunciasen a favor; el

diez por ciento, en contra, y el resto se abstuviera, porque ignoraba en qué consistía eso, ¿no creen ustedes que sobrarían ya tantos y tantos artículos acerca de si el agro está bien como está o si estaría mejor de otra manera?

Yo tengo una gran fe en las encuestas, sobre todo cuando están bien hechas, y no dudo lo más mínimo que llegará un día en que, en lugar de gobernar por leyes o por decretos, se gobernará por encuesta.

¿Por quién votará usted? —se preguntará a los ciudadanos.

—Por Tal o por Cual — responderán los ciudadanos.

Los encuestadores sumarán los resultados de sus respectivas encuestas, y, días más tarde, sin necesidad de que la gente vaya a las urnas, se proclamará al vencedor.

—Verificado el escrutinio de los resultados logrados en la encuesta presidencial, ha resultado elegido...

DISPARATES 1968

Poner una cafetería con nombre que no sea exótico.

Tratar de usted a los suegros.

Fundar un periódico o una revista con un título ideológico.

Dejarse barba siendo un funcionario público.

Cantar boleros pretendiendo ser un cantante «ye-yé».

Inaugurar un cine de arte y ensayo para dar películas de Tony Leblanc.

Crear una revista destinada a las mujeres y desdeñar los temas principescos.

Proclamar que las ideologías se extinguen teniendo un hijo estudiante.

Declararse «ye-yé» yendo vestido como un oficinista.

Dedicarse a la investigación y afirmar que no le gustaría a uno tener que vivir fuera de España.

Publicar foto-romances para ganar dinero y sacar a los

malos con cara de bueno y a los buenos con cara de malo.

Comprar el edificio de un Banco para instalar un café con mesas de mármol.

Proponer a TVE una serie de programas en los que personalidades de diversos horizontes debatan los problemas del país.

Tratar de justificar una guerra por motivos colonialistas.

Proponer que se prohíba la entrada a los toros a los turistas para salvaguardar la pureza de «la fiesta».

Vivir en Vallecas y sostener que Madrid es la ciudad mejor iluminada de Europa.

Pensar que los americanos están en España para defendernos antes que para defenderse ellos.

Medir el progreso del país por el número de televisores exclusivamente.

Pronunciarse a favor del libre despido cuando existe la sencilla salida del reajuste de plantilla.

Construir un barrio periférico empezando por las escuelas, biblioteca, grandes almacenes de autoservicio, parque infantil, zonas verdes, guarderías...

Vivir del salario mínimo e ir a hacer la compra con una cesta grande.

Hacer quinielas entendiendo algo de fútbol.

Ser peón de albañil y soñar con la política.

Vender un solar bien situado al mismo precio en que se compró hace dos años.

Dar una fiesta para el «todo Madrid» y pasar invitación a los tres millones de habitantes de la capital.

Sacar una colección de libros de bolsillo con formato 50 por 50.

Presentar a la cónyuge a un conocido con otra fórmula que no sea: «Aquí, mi señora...»

Afirmar públicamente: «A mí, más que el futuro, lo que me preocupa es el pasado.»

Componer una zarzuela.

AUSTERIDADES

Llevamos varios meses de política de austeridad, y, pese a ello, la austeridad no ha asomado todavía las orejas por una serie de sitios. Aparte de en los salarios, la austeridad no se ha notado aún:

- En la PRENSA, que sigue haciendo un derroche diario de adjetivos encomiásticos.

- En la TABACALERA, que sigue derrochando en sus labores hermosas estacas de madera, boicoteando en cierto modo la política de repoblación forestal.

- En la «TELE», que sigue derrochando preciosos minutos en informarnos de lo que pasa en el Extranjero, sin reparar en que ese tiempo sería más rentable dedicado a la publicidad.

- En las CORTES, que siguen derrochando horas y horas de discusiones para determinar si una frase estaría me-

jor con una preposición o con una conjunción.

- En los TOROS, que siguen siendo un derroche de toros de lidia (con lo que cuesta criarlos), cuando los turistas (y los toreros) se conformarían con bichos mecánicos teleguidados.

- En el CINE, que sigue siendo, en términos generales, un derroche de mal gusto y de subdesarrollo artístico.

- En el FÚTBOL, que sigue siendo un derroche en árbitros y en jueces de línea que nunca contentan a nadie, cuando ese papel lo podía representar, como en los toros, el público.

- En el TEATRO, que sigue siendo un derroche de obras que «cumplen su objetivo de divertir», como si el teatro no debiera servir también, entre otras cosas, para inquietar.

- En el PAPELEO OFICIAL, que sigue siendo un derroche de instancias interminables, de fórmulas anacrónicas, de

pólizas y timbres que nadie sabe para qué sirven.

- En las ESQUELAS mortuorias, que siguen siendo un derroche de publicidad a «posteriori» y que parecen indicar que, según los tamaños, unos se mueren más y otros menos.

- En el CAMPO, que sigue siendo un derroche de estructuras semif feudales, que originan a su vez un derroche de analfabetos, un derroche de minifundios, un derroche de emigrantes...

- En la UNIVERSIDAD, que sigue siendo un derroche de inversiones estatales, cuando ese dinero sería mucho más rentable destinado a contratar a tres o cuatro buenos futbolistas extranjeros.

- En la PUBLICIDAD en general, que sigue siendo un derroche de lujo destinado únicamente a los millonarios, como si el ciudadano Pérez no tuviera derecho a adquirir cómodamente a plazos su televisorcito.

- En los UNIFORMES de porteros, ordenanzas y conserjes (que más que asalariados parecen mariscales de esos países imaginarios que sacan los americanos en sus películas), verdadero derroche de gorras, de galones, de botones dorados, etc.

UN «TEST»

¿Es usted un ciudadano normal, amigo lector? Si desea saberlo, no tiene más que responder a las preguntas de este «test»:

1. ¿Los lunes puede hablar durante más de diez minutos seguidos de otro tema que no sea el de los partidos de fútbol del domingo?

2. ¿Le parece a usted que los serenos y los limpiabotas son dos «instituciones» imprescindibles?

3. ¿Le da usted más valor a la dactilocracia, o nombramiento a dedo, que a la democracia o elección por votación?

4. ¿Cree usted que el periódico francés «Le Monde» es un periódico comunista?

5. ¿Piensa usted que es posible elaborar una ley sindical a gusto de los empresarios y de los trabajadores y, por supuesto, de la Administración?

6. ¿Opina usted que la televisión es un invento que debe destinarse exclusivamente a retransmitir partidos de fútbol, festivales de la canción, concursos, telefilms norteamericanos y, entre anuncio y anuncio, algunas noticias deshilvanadas sobre lo agitado que está el Extranjero?

7. ¿Estima usted que la Declaración Universal de Derechos Humanos es papel mojado y que no se puede hacer respetar?

8. ¿Considera usted más importante al Cordobés que al secretario general de las Naciones Unidas, señor U. Thant?

9. Si está usted en un bar viendo la final televisada de la Copa de Europa y su vecino

cae fulminado por un infarto, ¿le presta usted auxilio inmediatamente, sin esperar a que termine la jugada?

10. ¿Está usted de acuerdo con que siempre tendrá que haber pluriempleos?

11. ¿Se compra usted cacahuetes para ir al cine?

12. ¿Cree usted que si los toreros ganasen el salario mínimo seguiría habiendo toros?

13. ¿Juzga usted que sigue habiendo derechas e izquierdas, aunque a veces no se note?

14. ¿Admite usted que los farmacéuticos tienen unas ganancias desorbitadas y que muchos médicos tienen unas penurias desorbitadas?

15. ¿Respetan usted los jardines y, en general, las plantas?

16. ¿Lee usted un libro, por lo menos una vez al año?

17. ¿Opina usted que los estudiantes lo que necesitan es una buena azotaina?

18. ¿Acepta usted que la mujer, en igualdad de condi-

ciones, es tan capaz como el hombre?

19. ¿Le da a usted vergüenza sacar a los niños de paseo o bajar a comprar pan?

20. ¿Juzga usted más importante la tarea de un maestro que la de un entrenador?

¿Ha anotado usted sus respuestas, lector? Hágalo. Si la 1, 9, 13, 14, 15, 16, 18, 19 y 20 le dan respuesta afirmativa siento mucho decírselo, pero usted no es un ciudadano normal. Usted sería un ciudadano normal en cualquier país del Mercado Común; aquí, en cambio, no pasa de ser lo que se llama un bicho raro...

**APUNTES PARA UN
RETRATO (POLÍTICO)**

«La izquierda española debe distinguirse netamente de la derecha», ha declarado un inquieto periodista. Estoy de acuerdo con él, pero ¿acaso no se distingue ya? Yo creo que la izquierda española se distingue de la derecha no sólo

ideológica, sino hasta físicamente. ¡Ya quisieran los alemanes o los ingleses poder distinguir tan fácilmente entre una persona de derechas y otra de izquierdas! A mí no me cuesta trabajo alguno establecer algunas diferencias entre las personas de derechas y las personas de izquierda.

LA IZQUIERDA

- Cree que el pueblo es fuente de todo poder.
- Mal nutrida, salvo si es intelectual.
- Tendencia a la barba.
- Analítica.
- Papa preferido (aunque no sea creyente): Juan XXIII.
- Piensa que hay que hacer la reforma agraria. Luego, las demás.
- Mal vestida, sobre todo si es intelectual.
- Considera al «centro» como un instrumento de la derecha.
- Quiere politizar al país.
- Internacionalista en política, pronacionalizaciones en economía.

- No posee Prensa.
- Favorable a la República o a ciertas Monarquías.
- Reclama libertad de asociación, desde abajo hasta arriba.
- Confía en el Estado, si está bien dirigido.
- Simpatía (equivocada, claro) hacia las llamadas «comisiones obreras».
- Pacifista.
- Condena a la extrema derecha.
- Dialoga.

LA DERECHA

- Cree que el pueblo es fuente de muchos disgustos.
- Bien nutrida, salvo si es obrera.
- Tendencia al bigote.
- Sintética.
- Papa preferido: Pío XII
- Piensa que no hay que hacer ninguna reforma, y menos, agraria.
- Bien vestida, sobre todo si es intelectual.
- Considera al «centro» como un instrumento de la izquierda.

- Quiere despolitizar al país fingiendo que lo politiza.

- Nacionalista en política, pro internacionalizaciones en economía.

- Posee Prensa, radio y televisión.

- Favorable a la Monarquía o a ciertas Repúblicas.

- No reclama nada porque nunca ha estado abajo y sí siempre arriba.

- Desconfía del Estado, sobre todo si no lo dirige.

- Antipatía hacia los obreros, en Comisión o uno a uno.

- Belicista.

- Condena (desde hace poco) a la extrema derecha.

- Monologa.

UN ANIVERSARIO Y UNA ENCUESTILLA

Hoy se cumplen veinte años de la Declaración de Derechos Humanos, y con tan fausto motivo yo me he echado a la calle para realizar una encuestilla en torno a tan rico tema. Me he

situado en una esquina cualquiera de una calle cualquiera y a todo el que pasaba le he planteado la misma pregunta: «¿Qué sabe usted de los derechos humanos?».

«Mucho, mucho...», me ha respondido un mozalbeta con pinta de estudiante.

«¿Cómo? ¿Cómo?», ha inquirido, extrañado, un señor que ha declarado ser rentista.

«¡Calle, calle!», ha sido la medrosa respuesta de un ama de casa de cabello plateado.

«¡Bah, bah!», se ha escabullido, escéptico, un vendedor de lotería.

«¡Ji, ji!», se ha carcajeado un individuo con aspecto de funcionario.

«¡Ay, ay!», ha suspirado un anciano que aseguraba ser antiguo periodista.

«Nada, nada», se ha zafado, mientras me indicaba que circulase, un guardia urbano.

«¡Algo, algo...!», ha contestado, sonriendo maliciosamente, un abogado.

«¡Ojo! ¡Ojo!», me ha dicho, tomándome familiarmente del brazo, un fontanero.

«¡Hijo! ¡Hijo!», ha exclamado, moviendo la cabeza, un joven sacerdote.

«Dere... ¿qué? Dere... ¿qué?», ha demandado, dubitativo, un repartidor de periódicos.

«¿Diga? ¿Diga?», ha gritado un caballero que evidentemente era algo sordo.

«Poco, poco...», ha sido la evasiva contestación de un muchacho con barba.

«Hoy... Hoy...», ha respondido, con un guiño de ojo, un taxista.

«Sigue, sigue...», le ha dicho a su esposa, sin dignarse mirarme, un caballero encoquetado.

«¡Mire, mire!, me ha contestado un barrendero, mostrándome sus zapatos descosidos.

«¡Guardia, guardia...!», ha empezado a gritar el portero de la finca ante la que me hallaba situado.

LOS CIUDADANOS Y LA CIUDAD

Se me invita a participar en el concurso «La participación de los ciudadanos en el gobierno de la ciudad», convocado, como muchos de ustedes no sabrán, por el ex concejal sevillano señor Rojas Marcos (quien debe su condición de «ex» al hecho de no haber querido participar en el desgobierno de su ciudad).

Sensible a esta invitación, voy a participar, aunque fuera de concurso. Fuera de concurso y también fuera de tema, ya que prefiero dedicar este espacio a señalar cómo se logra que los ciudadanos no participen en el gobierno de su ciudad.

1) Lo primero que hace falta para alejar a los ciudadanos de los asuntos que les incumben (o que les debieran incumbir) es darles la impresión de que, por más que hagan, no lograrán influir en los

destinos de la urbe en que residen.

2) ¿Que determinado número de ciudadanos coincide en determinadas concepciones acerca de lo que debe ser una ciudad y, en consecuencia, desearía agruparse para influir en la política municipal? Se descarta el derecho de agrupación, con lo que cada ciudadano tirará por su lado y se sentirá impotente.

3) «¿Qué puedo yo solo contra la especulación del suelo, contra el mal funcionamiento de los transportes públicos, contra la ausencia de zonas verdes, contra la carencia de escuelas, contra la construcción anárquica?», se dirá ese ciudadano. «Nada —tendrá que responderse—. Si ni siquiera el alcalde puede nada, según sus palabras, ¿qué voy a poder yo?»

4) «Y si el propio alcalde no puede nada —sigue diciéndose el ciudadano en cuestión—, ¿qué más me da que esté de alcalde el señor Tal o el

señor Cual?» No obstante, por si acaso algún ciudadano pudiera caer en la tentación de preferir un alcalde a otro y estuviera dispuesto a demostrarlo con su voto, lo mejor es poner el cargo de alcalde a salvo de elecciones.

5) ¿Elecciones para concejales? «¡Esta es la mía!», se puede decir el ciudadano recalcitrante que se empeña por encima de todo en participar de algún modo en la gestión municipal. Hay varias maneras de hacerle desistir de su actitud. A mi modo de ver, la más práctica puede ser limitar el derecho de voto. Excluir de él por principio a las mujeres, ya que no son ciudadanos, sino ciudadanas, como es bien evidente. También se puede excluir a los ciudadanos bajitos, por ejemplo.

6) El caso es excluir y complicar las cosas de tal manera que nadie sepa a ciencia cierta en qué consiste la ley electoral. Con un poco de suerte, y a poco que se limiten las posibili-

dades de elección (entre don Pepe o don Paco, por ejemplo), es casi seguro que el porcentaje de votantes será mínimo. Los ciudadanos se desentenderán del gobierno de la ciudad y se entregarán en cuerpo y alma al fútbol o a los toros, pongamos por caso. ¿Ven qué fácil es?

DIÁLOGO
DEL BIGOTE Y
DE LA BARBA

Cuentan que un bigote y una barba se encontraron un día (supongo que en una peluquería). La barba hizo como que no veía al bigote; pero el bigote, mirándola con un gesto despectivo, le dijo:

—¡Asquerosa!

—¡Subdesarrollado! —replicó la barba.

—¡Subversiva! —insistió el bigote.

—¡Fascista! —respondió la barba.

—¡Castrista, más que castrista! —volvió a atacar el bigote, con gesto agrio.

—¡Nazi, más que nazi! —devolvió la barba, con aire incluso divertido.

—¡Snob, más que snob! —siguió el bigote.

—¡Señoritingo, más que señoritingo! —replicó con calma la barba.

—Señoritingo, pero español, y no extranjera como tú —respondió el bigote—. Eso es lo que eres: una extranjera.

—¿Extranjera yo? ¡Ja, ja! —rió la barba—. ¡Qué ignorante eres! Nuestra Historia es mucho más rica en barbas que en bigotes. Repasa un manual de Historia. Para un bigotillo que encuentres, toparás con cien barbas. ¿Qué llevaba el Cid, bigote o barba?

—¡Claro! —exclamó el bigote—. La izquierda siempre ha sido propensa a la barba...

—¿El Cid la izquierda? ¡Ignorante, pedazo de ignorante! —replicó la barba—. Si en lugar de mirarte tanto al

espejo leyeras un poco... A lo mejor descubrirías que todo nuestro pasado es una continua barba, por encima de ideologías y de tendencias políticas. Las letras, las artes, las armas, las ciencias..., todo, absolutamente todo, está lleno de barbas. Desde los iberos hasta el primer cuarto del siglo XX no se ven más que barbas. O perillas, que para el caso es igual. Hasta que llegaste tú. ¿Quién es el extranjero, quién es el snob? ¡Ignorante! —increduló la barba, que se sentía ya dueña de la situación.

—Quizá sea verdad lo que dices, pero eso no quita que seas una asquerosa...

—Y tú un intransigente, un intolerante y, lo que es mucho peor, un ridículo. Cuatro pelillos ahí, debajo de la nariz... Seguramente de ahí procede tu agresividad y tu intolerancia. A mí no me molestas tú, pero yo te molesto terriblemente a ti. ¡Pues te chinchas! —terminó la barba, dando la

espalda al bigote—. Quisiste acabar conmigo y aquí me tienes otra vez, triunfante, de la mano de la juventud...

Testigos presenciales aseguran que el bigote quiso abalanzarse sobre la barba, pero el pobre estaba tan decrepito que se lo impidió un golpe de tos. De otro modo lo más probable es que hubiesen llegado a los pelos...

CONTAMINACIONES

El ordenanza apareció diciendo que había abajo un señor que era abogado, que venía a hablar de la contaminación y, como siempre que recibimos visitas engorrosas, el redactor-jefe me la pasó a mí.

—Así que es usted abogado y desea decirnos algo sobre la contaminación —le dije al visitante, por decir algo. Era un señor bien vestido, entre los cincuenta y sesenta años, bastante calvo y con un pequeño bigote.

—Pues sí —me respondió, con voz cansada y entornando los ojos—. Naturalmente, hablo a título personal, pero como supongo que hay muchas personas que opinan como yo, quiero decirle que este asunto de la contaminación me está decepcionando profundamente.

—Usted creía que nuestra atmósfera y nuestros ríos estaban limpios... —apunté.

—No, no. Lo que pasa es que considero que se están equivocando de contaminación. La contaminación atmosférica y todo eso tiene su importancia. Pero hay otra clase de contaminaciones que me parecen mucho más importantes. Cuando, el año pasado, el Ayuntamiento madrileño anunció que iba a librar la batalla contra la contaminación —continuó mi visitante—, yo me dije: «¡Vaya, menos mal que parece que se empiezan a dar cuenta del peligro!» Después...

—¿Después? —le animé a seguir.

—Después... nada. Se limitaron a poner unos aparatos para medir la cantidad de humos y gases...

—¿Y le parece a usted mal? —le interrumpí.

—No es que me parezca mal, sino que esa historia de la atmósfera y de las aguas no es nada comparada con la contaminación, digamos, ideológica. A eso voy yo. Esta es la contaminación que creo que hay que combatir. La contaminación en la Universidad, en las fábricas, en otros muchos sitios. Ésa, ésa es la contaminación que me preocupa. Yo, los aparatos para medir la contaminación los colocaría, por ejemplo, en los Pirineos, para saber qué ideas nos están entrando de Francia, pongo por caso. Pero nada: ponen cuatro aparatitos en las calles de Madrid, de Barcelona o de Bilbao y todos tan contentos. Y venga a hablar de la atmósfera, de las aguas de los ríos... Por eso estoy tan decepcionado.

—Y esa contaminación de que habla usted, ¿se sabe al menos el germen o el virus que la produce, que la propaga?

—¡Pues claro! —respondió, elevando la voz por primera vez. El agente propagador no es otro que la «democrati-na». Tampoco usted ha oído hablar de él, ¿verdad? No, si ya lo digo yo, que están atontando al país con eso que algunos llaman la polución.

Y notablemente más enfadado que a su llegada, se levantó, me dio las buenas tardes y se marchó...

**LO QUE HAN TRAÍDO
LOS REYES...**

A los aficionados taurinos: el toro reglamentario.

A los automovilistas (madrileños): sitio para aparcar.

A los peatones (madrileños): sitio para respirar.

A los actores de teatro: la función única.

A los consumidores: un control riguroso de los precios.

A los directores (jóvenes) de cine: un productor.

A los trabajadores: una ley sindical (horizontal).

A los televidentes: una televisión de calidad.

A los futbolistas (aficionados): campos de fútbol.

A los nadadores (aficionados): piscinas.

A los atletas (aficionados): pistas.

A los futbolistas (profesionales): el salario mínimo.

A los maestros: el nuevo coeficiente.

A los «cerebros»: laboratorios.

A los emigrantes: puestos de trabajo en la Península.

A los limpiabotas: puestos de trabajo en la industria.

A los presos no comunes: un estatuto.

A los analfabetos: instrucción.

A los campesinos: créditos (suficientes).

A los braceros: tierras.

A los pequeños comerciantes: exenciones fiscales.

A los contertulios: cafés.

A las sirvientas: un Sindicato.

A los «ye-yés»: el último disco de Los Beatles (por ahora).

A los intermediarios: una sanción.

A los calvos: pelo.

A las mamás: guarderías infantiles.

LAS BASES DE UNAS BASES

Según el informe Wood-Mac Clintock —¡vayan ustedes a saber quiénes serán estos señores!— Estados Unidos mantiene en el mundo desde los tiempos de la segunda guerra mundial casi 3.500 bases. Unas 480 «mayores» y unas 3.000 «menores». Apenas había terminado hace unos días de leer estos datos en el periódico (¿qué mejor sitio para enterarse de un documento «secreto?»), cuando me llamó por te-

léfono mi amigo Heliodoro. Mi amigo Heliodoro en política interior es de un «anticapitalismo» que tira para atrás, pero en política exterior es de un «atlantismo» que apabulla. (Su anticapitalismo es verbal; pero su atlantismo, real.)

—Qué, ¿ya has leído lo de las bases? —me preguntó.

—Por supuesto —le contesté—. Siendo un documento secreto, no me lo iba a perder...

—Estarás orgulloso, ¿no? La cosa no es para menos. Yo no quepo en mí de gozo. Hasta ahora creía que las bases que hay en España eran unas bases como las de cualquier sitio, pero está claro que no. Según los señores esos... Wood-Mac Clintock, ¿no?... la base de Rota resulta esencial para los intereses estratégicos norteamericanos, así que no hay peligro de que la cierren. ¿No es para dar saltos de contento? Fíjate lo que llega a decir un periódico madrileño que tengo bajo los ojos: «Entre las

escasas instalaciones militares consideradas de vital importancia estratégica se encuentra la base de Rota.» ¿No es maravilloso? Y por si fuera poco, añade que dismantelar Rota costaría mucho más caro que mantenerla en servicio. ¿No es fabuloso? Y todo, ¿sabes por qué? Pues porque en Rota hay submarinos armados con «Polaris». En el fondo tiene gracia. Yo creía que los «Polaris» eran un arma de cuatro cuartos, y resulta que son de tal importancia que sólo hay tres bases dotadas de ellos en todo el mundo: en Escocia, en Japón y aquí. ¿Te das cuenta? ¡En sólo tres países! Fíjate si serán unas armas terroríficas que en los propios Estados Unidos no hay ni una sola base de «Polaris». Para alejar las represalias seguramente. Allí se limitan a fabricarlos, a montarlos en los submarinos, y... ¡hala!, a las bases de Europa o de Extremo Oriente. Yo no estaba muy

convencido de que los «Polaris» fueran tan importantes, pero después de leer el informe Wood-Mac Clintock ya no me queda la menor duda. Si fueran unas armas sin importancia, ¿para qué las iban a alejar del territorio norteamericano? ¿No crees? Lo que más alegría me ha dado es saber que sólo hay «Polaris» en tres sitios. Y uno de ellos, ¡aquí! ¿No es para sentirse orgulloso, para dar saltos de gozo? ¿Qué opinas tú?

—Que no —respondí con acento que me pareció muy triste.

—Que no cerrarán Rota, ¿verdad? ¡Qué contento me pones, chico! Eso mismo pienso yo: que no hay peligro de que la cierren.

Y a través del auricular oí que mi amigo Heliodoro, que debía de estar radiante de júbilo, empezaba a cantar a voz en grito el «Vivo cantando». Escuché unos segundos. Luego, colgué...

**INVENTOS «MADE IN
SPAIN»**

Dentro de unos meses se va a celebrar en Madrid una Exposición retrospectiva de la inventiva española desde la Edad Media hasta nuestros días. Sin necesidad de esperar a la inauguración del certamen yo les voy a señalar a ustedes algunos de los inventos que mayor éxito van a tener.

EL ENCHUFE MÚLTIPLE

El enchufe múltiple es un invento que, pese a lo que su nombre parece indicar, nada tiene que ver con la electricidad. El enchufe múltiple tiene, sí, la forma de uno de esos enchufes con diversas tomas que se usan para aplicaciones eléctricas. Pero sus efectos se hacen notar, sobre todo, en la vida social. Usted se mete un enchufemúltiple en cualquiera de sus bolsillos —puesto que no abultan mucho—... ¡y a triunfar se ha dicho! En breve

tiempo hallará usted diez o doce trabajos bien pagados, cinco o seis cargos bien remunerados. Aclaremos: el enchufe múltiple por sí solo no hace nada. Requiere que el que lo use tenga un nombre ilustre, mucho dinero, amistades influyentes o, simplemente, que le caiga bien a un potentado. Careciendo de estas cualidades, una persona puede ir durante toda su vida de un lado a otro con su enchufe en el bolsillo sin por ello salir de la miseria.

**LA MÁQUINA
RECOMENDADORA**

Invento que data del siglo pasado, aunque ha sido sometido a sucesivos perfeccionamientos. Consiste en una máquina con una ranura por la que se introduce una ficha con los datos más importantes de la persona que necesita una recomendación: edad, lugar de nacimiento, estado civil... Al cabo de unos instantes, por otra ranura sale una carta de

presentación para un personaje importante que empieza, naturalmente, con estas palabras: «Querido amigo, te ruego que atiendas bien al portador de ésta...».

EL «TRAGA-DOSSIERS»

Llamado así no porque su origen sea francés, sino porque esta palabra expresa mejor su finalidad que la que le correspondería de «traga-asuntos». Este invento es utilísimo para hacer desaparecer, sin que dejen rastro alguno, todos los papeles relativos a cualquier «affaire» enojoso. Funciona por combustión. Caso de que un día llegase a fabricarse en serie, es más que probable que se dejara de decir «echar tierra a un asunto», para emplear, en cambio, la expresión: «Han puesto por medio un “traga-dossiers”».

LA ALPARGATA

En el ramo de los medios de locomoción nada tan español como el invento de la alparga-

ta. En los países avanzados siempre se ha ido calzado. En los atrasados se ha ido —y se va— descalzo. Aquí hemos inventado la alpargata. No me extrañaría que a última hora surgieran discrepancias sobre si la alpargata está mejor en un Salón de la Inventiva o en un Salón del Automóvil. Yo la expondría en los dos. No cabe duda de que si es un medio de transporte cómodo, elegante, económico, es al mismo tiempo un invento de lo más español.

MI MENSAJE

Finalmente, los hombres del «Apolo XI» no han depositado en la Luna mensaje español. En el pequeño disco de silicio enterrado en el suelo de nuestro satélite van grabados mensajes de setenta y tres países, entre los que no se halla el nuestro.

Es una lástima. ¡Con lo fácil que hubiera sido convocar un concurso de mensajes, pa-

ra elegir luego entre los originales presentados el de más calidad! Yo, por mi parte, hubiera concurrido al certamen con un mensaje redactado más o menos así:

«¡Hipotéticos habitantes del Universo! Aprovechando el viaje organizado por nuestros ricos amigos norteamericanos, los españoles os enviamos nuestro más cordial saludo.

Los españoles estamos siguiendo con particular interés la aventura espacial. ¡Ojalá se descubran nuevos mundos habitados que nos puedan ofrecer soluciones viables a los numerosos problemas que nos traen de cabeza!

En el momento en que "Apolo XI" se posa en la Luna, los hispanos tenemos sobre el tapete las siguientes cuestiones vitales para nuestro futuro: ¿Es mejor una liga de fútbol de Primera División con dieciséis clubs o con dieciocho? ¿Pueden ser populares unas asociaciones sin contenido ideológico? ¿Es compa-

ginable la democracia política con una convivencia justa y pacífica? ¿Sin toro-toro puede seguir existiendo la fiesta nacional o terminará siendo una pura charlotada? ¿Cabe un desarrollo económico profundo y acelerado sin modificar las estructuras sobre todo las agrario-feudales? ¿Se defiende mejor la seguridad de un país aceptando armas atómicas extranjeras en su territorio o, por el contrario, permaneciendo al margen en las querellas entre "grandes"? ¿Es inevitable el pluriempleo o hay que aspirar a vivir trabajando en un solo sitio y la menor cantidad de horas posible? ¿Es un gran boxeador Urtain o el resto de los carpetovetónicos somos unos grandes tontos? ¿Nuestro fútbol puede recuperar su perdido prestigio y combatividad sin que regrese Helenio Herrera?

Estos son algunos de los problemas que nos preocupan y de los que queremos dejar constancia para la historia en

estos históricos momentos. ¡Ojalá vosotros selenitas o como os llaméis, los tengáis ya resueltos: os evitaréis discusiones estériles, angustias y sobresaltos!

Por lo demás, esperamos que un día vengáis a nuestro país a visitarnos: seréis recibidos amistosa y fraternalmente, como auténticos turistas. Si nuestros problemas no tienen parangón, nuestro sol y nuestra cocina, tampoco. Traeros divisas y traeros bicarbonato. Hipotéticos habitantes de la Luna y del Universo: España os dice hasta pronto.»

UNA COMIDA POLÍTICA

Hace unos días asistí, por vez primera, a una de las comidas políticas de las muchas que se celebran a diario en Madrid. Pero, por desgracia, el compañero que me había invitado a última hora no pudo acudir. Yo ya había pagado los cin-

cuenta duros del cubierto, y aunque al llegar al restaurante en cuestión comprobé que no conocía a nadie, decidí quedarme. Éramos unos cincuenta o sesenta comensales y yo me senté, discretamente, en una esquina de la larga mesa, entre dos señores de edad madura.

—¡Cómo está la cosa, eh! —le dije al de mi derecha, por romper el hielo, viendo que los demás asistentes mantenían unas conversaciones animadísimas, incluso acaloradas.

—¡Calle, calle! —respondió—. En mi vida había comido una merluza tan insípida, tan sosa. ¡Si parece congelada...!

Seguí comiendo en silencio y, al cabo de un rato, decidí intentar suerte con mi vecino de la izquierda.

—La verdad es que el futuro no parece muy halagüeño —le insinué.

—Desde luego —contestó, tras pasarse la servilleta por

los labios—. Después de los entremeses que me han dado, no me extrañaría que el filete fuera incomedible.

—Pues habrá que ver el flan... —comenté, tratando de ponerme en onda.

—No me hable usted del Plan —replicó vivamente mi vecino—, que me salgo de mis casillas. Si hay algo que me pone furioso es la manera de elaborar los Planes de Desarrollo.

Le dejé tranquilo y volví a la carga con el que se hallaba a mi derecha:

—¿Cree usted que habrá crisis?

—Crisis y gorda —respondió, muy seguro de sí mismo—. Si siguen dando esta comida infame, dentro de poco habrá quebrado este restaurante.

Volví a concentrarme en mi plato. De lugares más alejados llegaban palabras aisladas: estructura, apertura, legislatura, verdura... Tomamos el café, tomamos una copa y, cuan-

do el camarero me ofrecía la caja de «farias», uno de los asistentes se acercó a preguntarme si me interesaba asistir al próximo almuerzo político. Naturalmente, dije que sí...

¿QUÉ OPINA DEL
AÑO POLÍTICO?

El año político termina, al menos oficialmente, y habrá que esperar al otoño para que comience (oficialmente) un nuevo año político. ¿Qué opina el hombre de la calle del año político que (oficialmente) está a punto de concluir? Esta es la encuesta de urgencia que, de no hacer tanto calor, quizá hubiéramos llevado a cabo. Y éstas son las respuestas que posiblemente hubiéramos podido obtener.

UN BARRENDERO

¿Que qué opino del año político? ¿Es que ha habido algún año político? Ahora me entero, de verdad.

UN TAXISTA

El año político a mí me importa dos cominos. El año económico es el importante. ¡Ése, ése! Y por ahora, para mí, no se diferencia en mucho de los demás: trabajar, trabajar y trabajar.

UN LIMPIABOTAS

Pues que ha sido un año político muy importante. No me pregunte por qué, pero eso es lo que le he oído decir a un cliente que trabaja en un Ministerio. No me pregunte en cuál, pero creo que es uno de los Ministerios más importantes.

UN POLÍTICO

Perdone usted, pero una pregunta de esta trascendencia no se puede responder en dos palabras en plena calle. Envíemela por escrito y yo le remitiré por correo los folios con la respuesta.

UN TENDERO

¡Desastroso! Un año político desastroso. El Valencia que

gana la Liga, el Barcelona que gana la Copa y, por si fuera poco, y esto ya es política internacional, la selección nacional que pierde en Moscú. ¡Desastroso! ¡Desastroso!

UN PORTERO

Yo no estoy muy al tanto de estas cosas, la verdad, pero bueno, ha debido de ser porque, que yo recuerde, en el telediario no han hecho más que dar noticias buenas. Y si hubiera sido un año político malo, alguna noticia mala hubieran dado, digo yo...

UN CONCEJAL

¿El año político que termina ahora, dice usted? Para mí, los años políticos, al menos de política municipal, nunca terminan. La política es un servicio, un continuo servicio, sin principio ni fin.

UN JUBILADO

Político o no, un año que termina es siempre un año que ya no volverá. ¿Qué quiere que

me parecza? Una pena, una verdadera pena. No sé si me explico bien...

MUCHA LEY

«He leído en el papel, lo que no puedo decir en cuál porque estaba en la barbería y sólo encontré una hoja suelta, que la ley de Comarcas y Fincas Mejorables, recientemente aprobada, va a “contribuir a resolver el problema del mal aprovechamiento de tierras mal explotadas; contribuir a resolver el problema social, haciendo propietarios a los desposeídos; solucionar el problema político y de justicia general, eliminando irritantes diferencias y, sobre todo, romper viejas estructuras sociales, eliminando la oligarquía agraria como única detentadora del poder político”. Copio lo que he leído para que nadie me diga que exagero.

Mucho me parece para una ley, la verdad, pero ojalá sea

verdad. Lo que me extraña es que habiéndose aprobado una ley así, los grandes propietarios de esta provincia están, según se cuenta, en la barbería, tan tranquilos, y aquí mismo en el pueblo los dos o tres que son dueños de todo están como si no hubiera pasado nada. No doy nombres, pero no hay más que asomarse al Casino para verlos. Ojalá me equivoque, pero mucha ley me parece, mucha ley.

Juan Mosca, Tajuña de Tajo (Toledo).»

PAÍS SIN DROGA

¡No, no y no! No se pueden suprimir de golpe y porrazo los partidos futbolísticos televisados en domingo, a no ser que se pretenda provocar en el país una catástrofe.

—¿No es así? —le he preguntado a un médico amigo, especializado en la rehabilitación de toxicómanos.

—Desde luego —ha respondido—. La catástrofe podría ser de envergadura. No hay que olvidar que la futbolina, como tú la sueles llamar, es una de las drogas más perniciosas, aunque tomada con moderación puede tener efectos muy saludables. Pero, por desgracia, hoy por hoy, en este país, el noventa por ciento de los adictos a la futbolina se entregan a ella de una manera desordenada, sin ningún control. Y, naturalmente, crea un hábito muy difícil de desarraigarse. Por eso, me parece un disparate que después de años y más años de suministrar a treinta millones de personas una dosis semanal de «hierba» o de césped, como prefieras llamarlo, la vayan a cortar de repente.

—De confirmarse la noticia, ¿qué crees tú que podría ocurrir?

—¡Hombre! Es muy difícil de precisar. El adicto a la futbolina jamás se reconoce como un enfermo al que hay que

tratar, por lo que jamás viene a vernos. Como esta droga es legal, todo el mundo la toma tranquilamente, sin preocuparse de los resultados. ¡Y cuidado que son claros! Como bien sabes, suele producir un abotargamiento y una insensibilidad total. Al adicto a la futbolina ya le pueden subir los precios o tenerlo con un mísero salario mínimo que ni se entera, y si se entera, se desentiende completamente del asunto. Aún es más: ya le pueden pisotear sus derechos fundamentales, que no dirá esta boca es mía. Sólo se preocupa de la droga y nada más que de la droga. No sabe hablar de otra cosa, sobre todo los lunes. ¿Que qué podría ocurrir, caso de que ahora le dejen sin su futbolina dominical? Teniendo en cuenta que no se trata de un caso aislado, sino de un enfermo, digamos colectivo, los resultados son incalculables. Supongo que los treinta millones de drogadictos se empezarán a sentir mal, mal, con náuseas,

vómitos, mareos... y que tratarían de conseguir «hierba» como fuera, aunque tuvieran que asaltar los estudios de Prado del Rey.

—¿Qué solución tiene, pues, el asunto?

—Por ahora sólo una —ha respondido mi amigo el médico—: que los domingos sigan suministrando futbolina por el televigol...

¿VOTARÁ USTED
EN 1975?

Aunque las próximas elecciones a procuradores «familiares» están todavía lejos (las pasadas están tan cerca que aún no se han apagado los últimos ecos: en bares y lugares de trabajo no se habla de otra cosa), antes de que cualquier colega me «pise» la idea, me he lanzado a la calle para saber cuál será en 1975 el comportamiento del electorado. Estas han sido las respuestas (que no dejan lugar a dudas

sobre el resultado: unos votarán y otros no):

—Sí votaré, sí —ha respondido un señor de mediana edad—. Si sigo siendo funcionario, votaré.

—¿Y si no sigue usted siendo funcionario?

—Entonces, no.

Una señora que iba a la compra me ha dicho:

—¿Cómo quiere usted que sepa si voy a votar o no dentro de cuatro años, si aún no se conocen los nombres de los candidatos.?

—Y eso, ¿qué más da?

—También es verdad. Pues sí votaré, sí.

Un fontanero ha contestado:

—Como tendré que justificar ante mi jefe el tiempo que dan para votar, votaré, sí, pero como siempre, votaré a Blanco.

—¿Y quién es Blanco? ¿No querrá usted decir que votará en blanco?

—Eso es. Votaré en blanco. Siempre me equivoco.

Un empleado municipal del servicio de limpieza ha respondido:

—Ni he votado ahora ni votaré la próxima vez. Basta que me obliguen, para que no vote. ¿Ve usted? Si no me obligasen, a lo mejor votaba.

Un taxista ha respondido a través de la ventanilla:

—Votar, ¿para qué? Ya voté una vez y aquí sigo más de diez horas encerrado en el taxi. ¡Qué más me da que gane Pérez como que gane Sánchez! Votar: ¡ja, ja!

Un caballero de edad madura ha replicado rápidamente:

—Sí, votaré. Y ya le puedo adelantar hasta a favor de qué tendencia.

—¿Cómo de qué tendencia? Si aquí no hay tendencias.

—Sí; quiero decir que votaré a un candidato delgado, con buen pelo y, a ser posible, que lleve gafas. Con más detalle no se puede responder, ¿verdad usted?

ELECCIONES: OTRO ENFOQUE

Deliberadamente he esperado varios días desde que se celebraron las elecciones a procuradores «familiares» para comprobar si había algún portavoz de la Administración que reconociera que una participación electoral del 50 por 100 era más bien un fracaso. Al no ocurrir esto, he deducido que el resultado de las elecciones era considerado como un éxito, y así me lo ha confirmado un portavoz oficial, cuyo nombre silencio para que sus inspiradas palabras no le sirvan para medrar.

—Naturalmente: ha sido un éxito, pero un éxito enorme. ¿Quién podía esperar una participación electoral de casi un ciento por ciento?

—¿Cómo de un ciento por ciento? —Me he extrañado—. Si no me equivoco, a escala nacional el porcentaje de votantes ha sido de un cincuenta

y cinco por ciento, y en Madrid, concretamente, de algo más de un treinta por ciento...

—Bueno —ha puntualizado—. Olvide usted el porcentaje de votantes registrado en Madrid, que no en balde es la capital de la nación y donde, en consecuencia, mayores son las tentaciones para que el posible elector se vaya a divertirse en lugar de ir a votar, olvide usted esto, y fíjese en el porcentaje obtenido en el conjunto del país.

—Un cincuenta y pico por ciento... —he insistido.

—De acuerdo. Un cincuenta y cinco por ciento de personas que han ido a depositar su voto. Pero es que usted no cuenta, amigo mío, a las personas que no han ido a votar porque, en líneas generales, aprueban totalmente cómo van las cosas y, por lo tanto, creen que no merece la

pena molestarse en ir a votar. ¿A que no las ha contado usted?

—No, desde luego —he reconocido—. Y, según usted, ¿cuántas son esas personas que no van a votar porque están de acuerdo en todo?

—Pues muy sencillo —ha respondido el portavoz—. Si ha acudido a las urnas un cincuenta por ciento, yo calculo, sin temor a equivocarme demasiado, que las personas a que nos referimos vienen a representar otro cincuenta por ciento. Saque usted la cuenta, ¿y qué resultado obtiene? Cincuenta por ciento, por un lado, y cincuenta por ciento, por otro...

—Ciento por ciento... —he contestado.

—Exactamente. Se puede considerar que ha votado el ciento por ciento. ¿No es un éxito, un tremendo éxito?

DE MADRID... AL FÉRETRO



—Debe de ser porque es el purgatorio.

DE MADRID... AL FÉRETRO

NUEVA TEORÍA DE MADRID

Hace unos días tuve que acompañar por Madrid a un matrimonio extranjero un tanto chovinista y despreciativo. Al tiempo que les enseñaba lo poco que hay que enseñar en la capital, me fui inventando sobre la marcha algo que pudiéramos llamar la nueva teoría de Madrid.

—¿Por qué se halla todo Madrid levantado, «patas arriba», como dicen ustedes? —me preguntó el marido, al cabo de recorrer varias calles importantes, que más parecían trincheras—. Este caos urbano ¿es acaso reflejo del espíritu anárquico inherente al español?

—No, amigo mío —le respondí con gran seriedad—. Si

Madrid se halla como ustedes ven, es porque las autoridades municipales quieren contribuir a una campaña de promoción deportiva que acaba de lanzarse a escala nacional. Se invita al país a que viva deportivamente. Nadie que habite Madrid podrá decir que no se le dan facilidades. Montañas de tierra, para los que amen el alpinismo; zanjas enormes, para que practiquen el salto de longitud; socavones gigantescos, para los aficionados a la espeleología. Aún no hace un mes que se ha empezado a lanzar el «slogan» de que les hablo, y ya tienen ustedes a toda la capital haciendo deporte cotidianamente. ¡Miren, miren ustedes a aquella anciana que acaba de saltar olímpicamente ese enorme charco! —les señalé por la ventanilla del taxi.

—¡Es maravilloso! —exclamó la esposa—. ¡Toda una ciudad entregada entusiásticamente al deporte cotidiano!

Yo no sabía que en España existiera tan gran afición al deporte...

—Hay una afición enorme —afirmé—. Aquí tenemos a los jugadores de fútbol mejor pagados de Europa, por ejemplo.

—Es realmente magnífico —comentó el marido—. Y, sin embargo, si mi memoria no falla, creo recordar que España no ganó muchas medallas en las pasadas Olimpiadas. ¿No es así? —inquirió.

—¡Por supuesto que no! —respondí, yo creo que hasta con orgullo—. No ganamos ni una, tal como nos habíamos propuesto. Nuestra conciencia deportiva es tan grande que acudimos a México a participar, como ordena el espíritu olímpico, no a ganar. Les revelaré a ustedes un secreto —agregué bajando la voz para que no me oyera el taxista—: A México enviamos tan sólo deportistas de tercera y hasta de cuarta fila, para que el principio de la participa-

ción resultase reforzado. Los campeones se quedaron aquí. Ya saben ustedes cómo son, pueden sucumbir a un momento de flaqueza y erigirse con la victoria.

—¡Es sensacional! —exclamó la esposa—. Lo que vengo observando es que llevamos media mañana recorriendo la ciudad y todavía no hemos visto una sola zona verde. ¿No existen zonas verdes en Madrid?

—¡Muchísimas! —contesté—. Pero están en las afueras. Saliendo de Madrid por la carretera de Barcelona, por ejemplo, hay una zona verde inmensa, que llega casi hasta Guadalajara. Las autoridades consideran que las zonas verdes dentro del casco urbano acaba enmohecendo el ánimo deportivo de los ciudadanos, que pueden refugiarse en ellas en cualquier momento, sin necesidad del más mínimo esfuerzo. Las zonas verdes en las afueras obligan a caminar hasta ellas al peatón amante

de las flores o de los árboles, con lo que, casi sin darse cuenta, se ve obligado a hacer deporte.

—A menos que se traslade hasta ellas en Metro o en autobús... —apostilló el marido.

—¡Imposible! —corté rápido—. Todo está previsto. El Metro no llega hasta las afueras. Y los autobuses son tan escasos que el hecho de cogernos requiere ser un experto en boxeo o lucha libre. En el fondo, deporte, todo deporte...

—¡Es magnífico! —comentó el marido.

—¡Es estupendo! —exclamó la mujer.

—¡Es sensacional! —concluí yo, orgulloso de haber elaborado una nueva teoría de la capital de España.

«DE MADRID...
AL FÉRETRO»

Me encuentro a mi amigo Martínez y apenas logro reconocerle. Pálido, demacrado,

con síntomas de tener los nervios destrozados.

—Pero, Martínez, ¿qué ocurre? ¡Tú, que parecías un anuncio andante de cualquier producto vitamínico! ¿Estás enfermo?

Martínez se pasa el pañuelo por la frente y respira profundamente.

—Enfermo, no. ¡Gravísimo! Y todo por culpa de este Madrid de mis pecados...

—¿No me dirás que ha empatado en casa otra vez?

—No; si el Madrid va muy bien. Lo que me está matando es Madrid, la ciudad. Ya ves, a mis treinta y tantos años y al borde de la tumba.

—¿Acaso el clima no te va bien?

—El clima me ha ido siempre bien. Lo que no me va es todo lo demás. ¿Sabes cómo llaman a esto los médicos? Madriditis. Es una enfermedad nueva originada por lo que se ha dado en llamar el «gran Madrid». Lo grave es que por ahora no se conoce ningún re-

medio. Un especialista me ha recomendado que me someta a un trasplante de residencia y que me vaya a vivir a un sitio más tranquilo. ¿Pero cómo? ¿De qué viviría yo en Palencia o en Logroño, por ejemplo? ¿Y mi familia?

—¿También tu familia ha cogido la enfermedad?

—No; en absoluto. Lo bueno del caso es que hasta ahora hay muy pocos enfermos de «madriditis». Potencialmente hay muchos futuros pacientes, pero se ve que de momento estamos cayendo los más débiles, los que tenemos nervios menos resistentes, los más impresionables.

—¿Y en qué consiste el mal?

—Muy sencillo: un día vas en tu coche y..., ¡zas!, cuando menos lo esperas se te traga un socavón. Si sales con vida te dices: «¡Fuera coche! Desde ahora, andando, y para trayectos largos, el Metro». Durante unos días vives con la obsesión del socavón. Sólo an-

das por el centro de Madrid, evitas las calles de pavimento dudoso, caminas siempre por la acera, sin alejarte de los portales. Y de repente, cuando ya crees que estás totalmente a salvo de socavones, se desploma un alero. Nuevo susto, nueva prevención contra los aleros. A partir de ese momento caminas por la ciudad con dos obsesiones: evitar los socavones y evitar los aleros. Y de repente, un día, cuando ya empiezas a considerarte un feliz mortal. ¡pum!, el gas que revienta el subsuelo y los coches que salen volando por los aires. Nuevo susto, nueva obsesión. «Evitaré la superficie», prometes. Y empiezas a tomar el Metro. Y de improviso, en un buen túnel, el tren que se para y que te tiras tres horas allí, con la angustia consiguiente. Nuevo susto, nueva obsesión que te acompaña día tras día, hora tras hora. Y cuando ya empiezas a creerte a salvo de todos estos peligros..., el ascensor se detiene o, en lugar

de ir para arriba, se va para abajo. En resumen: al cabo de poco tiempo la «madriditis» se ha apoderado de ti y terminas con los nervios destrozados. ¿Te quieres creer que hace tan sólo seis meses que me descubrieron los primeros síntomas y en este momento estoy ya de sahuaciado?

SAN ISIDRO, SIN SAN

Parecía un turista —barba, sayo, sandalias...—, pero había algo en él que denotaba que no lo era. Me atreví a acercarme.

—Perdón. ¿No será usted...?

—Sí, hijo. El mismo. Pensé que sin aureola nadie me reconocería. ¡Hace tanto tiempo que falto de aquí...! Usted es lo que llaman un periodista, ¿no? Le ruego que me llame Isidro. Yo siempre me he considerado un simple labrador...

Nos sentamos en la terraza de un café. Le propongo un va-

so de agua mineral. Dice que preferiría un helado. «Tampoco llevan alcohol, ¿verdad?»

—¡Cómo ha cambiado esto! —exclama, mirando a su alrededor—. Madrid es tan grande, que ya las fiestas ni se notan. Lo que me asombra es que todos los festejos giren en torno a los toros. Nunca hubiera creído que pudiera seguir habiendo toros. Una ciudad con tanto coche, con edificios tan grandes, parece pedir grandes acontecimientos culturales: conciertos masivos, representaciones teatrales para multitudes... Los toros resultan algo anacrónico. ¿De dónde salen los toreros? ¿Todavía hay zonas de miseria de las que sólo se puede escapar jugándose la vida? Y los toros supongo que vendrán del campo, ¿no es así, hijo?

—Así es. Dentro de unos años, quizá salgan de los laboratorios, pero hoy por hoy siguen viniendo del campo. En algunas regiones, el campo es para ellos...

—¿Y los campesinos? —me pregunta, con una mirada de preocupación—. Yo pensaba que después de tantos siglos habrían pasado a ser una clase privilegiada... ¿No me irá usted a decir que todavía no se ha hecho la reforma agraria? Cuando vine a Madrid en el siglo XVIII ya se hablaba de ella...

—Y si vuelve usted en el siglo XXI, quizá se sigan hablando. Aunque lo más probable es que para entonces ya no queden campesinos. Los pocos que quedan ahora se habrán tenido que ir a las grandes ciudades o al extranjero. ¿Cómo cree usted que han crecido tan vertiginosamente Madrid o Barcelona? Pues con la emigración del campo. En Madrid ya no hay campo, pero existen más labradores que en su tiempo. Trabajando en la industria ¡claro!

—¡Pobres labradores! Yo ya sospechaba algo de esto al ver los carteles de toros. Lo que no suponía es que el asun-

to fuera tan grave. Así que, si yo viviera ahora, y según lo que usted dice, de labrador, nada...

—Por supuesto. ¿Qué iba a labrar usted en Madrid? ¡Cómo no fuera el césped de un estadio! Lo más probable es que estuviera usted a estas horas en Alemania fabricando automóviles, o en la Pegaso, de chapista. Con un poco de suerte, sería usted San Isidro fresador.

—Ya comprendo, hijo. Y además de Santo —concluye, ante mi asombro—, mártir...

LAS LUCES DE UNA ESTATUA

A la Cibeles le acaban de poner más luz y nuevos chorritos de agua y, sin embargo, la Cibeles no está contenta.

¿Que cómo lo sé? Evidentemente, porque he ido a preguntárselo.

¿Que cómo se logra hablar con una estatua? Secreto pro-

fesional... Pero les aseguro a ustedes que resulta mucho más fácil que sacarle cuatro frases coherentes a más de un personajillo oficial de esos que andan sueltos por ahí.

—¿Cómo quieres que esté contenta —ha empezado diciéndome desde su carro—. Todo el día sentada aquí, rodeada de coches, de humos, de ruidos... Y, por si fuera poco, con el tembleque del Metro por debajo. Si los madrileños me tuvieran verdadera afectación, ya se me hubieran llevado hace tiempo a un rincón tranquilo y apacible, lleno de árboles, de hierba, de flores, de pájaros... Pero no les culpo a los pobres. Ya sé que con el pluriempleo andan todos como locos, sin tiempo para pensar en otra cosa.

—Yo creía que ahora, con la nueva iluminación, te iba a encontrar dando saltos...

—A mí la luz no me ciega. Y sé que en cuanto te alejas unos pasos de aquí no se ve ni para rellenar una quiniela,

que le oí decir el otro día a un taxista. Mientras duraban las reformas, he aprovechado para darme varios garbeos por Madrid, pero no por el Madrid turístico, pudiéramos decir, sino por el Madrid-Madrid, por la periferia, por el barrio Este y por el barrio Aquel, por la Urbanización Tal y la Urbanización Cual, por el poblado de Sannosecuantos y por el poblado de Sannosetantos...

—¿Y qué...?

—Un desastre. Aquí no llega el agua; allí están sin luz. En este sitio no hay comunicaciones; en aquél están las calles sin pavimentar. Aquí no hay alcantarillado; allí faltan semáforos. Y de escuelas, mejor no hablar. Y de guarderías, lo mismo. Y de jardines, otro tanto. Y de servicios públicos, igual. Y de esto, y de aquello... Lo que te digo: un desastre. ¡Y qué viviendas! ¡Y qué precios! Créeme que estoy muy apenada por lo que he visto.

—¿Qué creías tú, que Madrid era todo una zona residencial?

—Tanto como eso, no. Pero de ahí a la realidad... Estoy muy decepcionada, de verdad. Yo pensaba que desde mi trono presidía una especie de paraíso, y he descubierto que soy el símbolo de una especie de monstruo. Tanto ver pasar coches con papelitos «De Madrid, al cielo», se lo llega una a creer. ¡Menos mal que he descubierto la verdad a tiempo! De otro modo, con estas luces y estos surtidores hubiera seguido pensando que Madrid no es más que lo que se ve desde aquí.

—Y Neptuno, que también tiene sus luces y sus surtidores, ¿opina de igual modo que tú? —he preguntado, pensando en la posibilidad de otra entrevista insólita.

—Hace tiempo que no me acerco a verle, pero supongo que no. Ese es un vividorcete que siempre ha estado muy integrado en el sistema...

MI PREGÓN ISIDRIL

Si yo fuese cronista oficial de la Villa (honor al cual no aspiro) y el Ayuntamiento me encargase el Pregón de las Fiestas de San Isidro (error que no creo que cometan), yo me asomaría impertérrito al balcón de la Casa de la panadería y diría de esta guisa:

Madrileños. Pacientes, dóciles, sufridos, sosegados madrileños:

Un año más nos reunimos aquí para cantar el pasado de la Villa y Corte, ya que el presente no hay quien lo cante, a no ser en canción protesta, y el futuro está más negro que el carbón.

¿Tendrá un futuro Madrid? ¿O perecerá en las fauces de un enorme socavón? ¿Saltará acaso por los aires, a consecuencia de un gigantesco escape de gas? ¿O quizá pasará a la historia en un grandioso holocausto atómico, debido a la proximidad de la base de Torrejón?

Que San Isidro nos coja confesados. Porque también estamos aquí para honrar la memoria de nuestro insigne Patrono San Isidro Labrador que, dicho sea de paso, y como no se le oculta a nadie, de vivir hoy tendría más probabilidades de subir a los altares en tanto que San Isidro Fresador.

A lo que iba, madrileños de mis entrañas. ¡Qué buenos ciudadanos sois!

Vivís en una de las ciudades más caóticas de Europa y, sin embargo, habéis adoptado entusiastamente el «slogan» «De Madrid al cielo». ¿No opináis que hubiera sido más adecuado uno que dijera «De Madrid al otro mundo»?

Al otro mundo por socavón, por cornisa desprendida, por explosión de gas, por contaminación atmosférica, por decibelitis (o exceso de ruido), por accidente laboral, por atropello, por esquizofrenia automovilística, por derrumbamiento, por bronca, por asfixia en Metro...

Esta es la ciudad europea más caótica, y más incómoda, y más polvorienta, y más inacabada, y más irracional, y más inhóspita, y más demential... Y vosotros, pacientes madrileños, ¡tan contentos!

La culpa es de la especulación, se dice. Pero en los demás países también existe especulación y, sin embargo, no han alumbrado un monstruo como el que os cobija. Y si la culpa es de la especulación, ¿qué impide acabar con la especulación mañana mismo?

¿No hay especulación en París, y en Roma, y en Bruselas, y en Viena? Y sin ir tan lejos, ¿acaso no hay especulación en Barcelona, en Pamplona, en San Sebastián, en otras tantas ciudades peninsulares que son mucho más racionales y habitables que la vuestra?

Pero a Barcelona la desconocéis, a Pamplona la ignoráis. ¡Si sólo son «provincias»! Como desconocéis, ignoráis y desdeñáis a París, a

Roma y a Londres. ¡Donde esté Madrid...!

Pacientes, dóciles, sufridos, sosegados madrileños: ¡Felices fiestas! Porque aunque apenas se note en nada, desde ahora estamos en fiestas.

OTRA BATALLA MUNICIPAL

A los pocos días de iniciar la lucha contra la contaminación atmosférica, que sólo aplausos merece (para que nadie diga que no sabemos hacer crítica constructiva), el Ayuntamiento madrileño ha comenzado la guerra contra el ruido, que sólo aplausos merece también (para que nadie diga, etcétera).

Cualquiera de estas mañanas yo espero echarme a la calle y descubrir en torno a mí el siguiente panorama:

- En el patio de vecindad no se oirá ningún pasodoble ni ninguna canción «ye-yé», porque las amas de casa habrán comprendido que la radio es

para ponerla bajito y, si no se puede oírla mientras se hacen las tareas caseras, para apagarla (hoy en día existe ya un invento que permite ir de una habitación a otra de la casa sin dejar de oír música: se llama transistor).

- En los bares sólo se oirá el susurro de las conversaciones futbolísticas, porque los propietarios habrán prohibido a los camareros que griten de un lado a otro de la barra: «¡Dos para leche!», «¡Cobrando veinte a cien!», «Tres de champiñón, ¡marchan... dó!», «Dinero que regalan. ¡Graaaa... cias!».

- En las calles no se oirá una sola bocina, porque el Ayuntamiento habrá ensanchado convenientemente las calzadas para evitar atascos, embotellamientos...; ni se percibirá el más mínimo ronquido de motor de camión, porque habrá unas redes arteriales o carreteras de circunvalación por las que aquéllos cir-

cularán; ni rasgará los oídos un solo pitido de guardia urbano, ya que éstos no se hallarán a nivel del suelo, sino en sus correspondientes «púlpitos», desde los que dominan toda la circulación; ni retumbará el estrépito de las brigadas de construcción —martillos mecánicos, taladradoras, hormigoneras, «plumas»...—, ya que todas las obras públicas y privadas se habrán terminado de la noche a la mañana.

- En las cafeterías, si hay música de fondo o radio de barra funcionando, estarán apagados, en consecuencia, el «juke-box» de los discos o la máquina «tilt», porque los encargados habrán comprendido que con todos esos aparatos funcionando a un mismo tiempo no hay quien se entienda.

- En los cielos de la capital no se verá cruzando un solo avión, y, por lo tanto, los transeúntes se ahorrarán la angustia del «boom» que producen los aviones comerciales supersónicos o los cazas mili-

tares a reacción. (Y quizá se ahorren, de paso, la tragedia que supondría que uno de esos mastodontes transoceánicos se venga un día abajo cuando atraviesa el centro de la ciudad.)

- En los establecimientos con televisión apenas se oirá la voz de los locutores, porque los responsables de Televisión Española les habrán hecho comprender que la «tele» no es para gritar, sino para susurrar; que no es para sermonear, sino para informar; que no es para que la oiga el señor que se halla a un kilómetro sino para que se entere el ciudadano que se encuentra ante el televisor.

**TORRES MÁS ALTAS...
ESTÁN EN PIE**

Los días, las semanas, ¿los meses?, van pasando sin que se produzcan hechos nuevos, ni en un sentido ni en otro, en el controvertido asunto de la torre de Valencia-puerta de

Alcalá. La torre sigue ahí (sin acabar). La puerta sigue ahí (muy mal acabada). Yo he pensado diversas soluciones con el único deseo de aportar alguna luz a este complicado y polémico «affaire».

1) NO HACER NADA. Dejar las cosas como están. Al cabo de cierto tiempo, la opinión más sensibilizada ante los problemas urbanísticos se habrá acostumbrado ya a ver la Torre al fondo de la puerta (o la puerta al fondo de la Torre, según se mire) y no volverá a decir este paisaje urbanístico es mío. Partiendo de la base de que Madrid es una ciudad pensada con los pies, un desaguisado urbanístico más ¿qué importa? Dentro de equis tiempo, cuando el asunto esté ya olvidado (quizá porque se ha empezado a construir un «building» en pleno centro de la Puerta del Sol), se podrían reanudar las obras.

2) CEGAR LOS OJOS DE LA PUERTA DE ALCALÁ. O sea, tapiar los arcos, sobre todo el arco central, que es a través

del cual se están sacando las fotografías anti-Torre hechas con peor intención.

3) EMBELLECEER LA TORRE. Por ejemplo, colocando sobre su tejado la columna con la efigie de Colón, ya que donde se halla actualmente, en la plaza que lleva su nombre, no hace más que crear problemas de circulación (aparte de desentonar con los modernos edificios que han sido construidos a su alrededor). También se podría coronar la Torre de Valencia con la estatua ecuestre de Felipe III, que un día desapareció por misteriosas razones de la plaza Mayor (más luciría sobre el tejado de un rascacielos que olvidada, como está ahora, en un sucio rincón).

4) DEMOLER LA TORRE. Drástica solución que haría que las aguas volvieran a su cauce. Inconveniente: que habría que demoler todas las demás «torres» que afean el paisaje urbano de Madrid. Con lo que la capital volvería a ser una modesta villa...

NEGRAS NUBES,
VENIDAS DE FUERA

ESPAÑA
ES
*in-*DIFERENTE



CHUMY
CHUMÉZ

NEGRAS NUBES, VENIDAS DE FUERA

UNO ENTRE VEINTE MILLONES

Según últimas noticias, este año vendrán a nuestro país veinte millones de turistas. Yo no he querido quedarme al margen de tan importante fenómeno y, aprovechando que pasaba cerca de una playa, me he acercado, con mi mejor voluntad, a uno de ellos. A uno cualquiera. Al primero que he tropezado. ¡Qué más dá!

—¿Qué le parece España? —le he preguntado, por preguntarle algo.

—¿España? —se ha acariado la perilla, dubitativo—. No conozco.

—¿Cómo que no conoce usted España? ¡Si está usted en ella!

—¡Ah! ¿Esto es España? —ha preguntado, con expresión de indiferencia.

—No me irá usted a decir que va usted a hacer turismo sin saber a qué país va...

—Por supuesto. Yo sólo deseo sol y mar. Yo voy a la agencia de viajes y pido que me den tantos días de sol y mar. Ven el dinero que poseo y ellos eligen el país. Yo vengo, yo tomo el sol, me baño en el mar y cuando los días están terminados regreso a mi país. El sol y el mar son iguales en todas partes.

—¿Y las ciudades?

—Yo no pago para ir a ciudades. Yo pago para tener sol y mar —ha contestado en tono más bien seco.

—¿Y las fronteras? ¿No ha observado usted qué frontera cruzaba?

—El viaje ha sido en avión. Hemos aterrizado aquí muy cerca de la playa. El viaje de retorno lo haremos también en avión, sin fronteras.

—Y aquí en la playa, ¿no oye usted hablar un idioma que no es el suyo?

—En absoluto. Toda la playa está llena de compatriotas míos. Por la otra parte, hablan muy pocos. Todos vienen a tomar el sol y a bañarse y no desean perder el tiempo en otras cosas.

—¿Y en el hotel? ¿En qué idioma le hablan a usted en el hotel?

—Apenas veo el hotel. Cuando el sol sale, ya lo estamos esperando aquí, tumbados. Aquí lo despedimos. Por otro lado, el hotel no es un hotel del país: es de nuestra empresa y todos los empleados son nacidos en mi país. Los camareros hablan nuestro idioma.

—A propósito de idioma. ¿Cómo es que habla usted tan bien el castellano y luego no sabe que está haciendo turismo en España?

—Nada tienen que ver ambas cosas —ha dicho con tono ya de cansancio—. El español lo aprendí en la media ense-

ñanza, sin saber que más tarde pasaría unas vacaciones en España.

—Una última pregunta: ¿Es la primera vez que viene usted a nuestro país?

—Vine dos veces en viajes comerciales, enviado por mi empresa. Como turista, no lo sé. Hago turismo después de diez años, pero no me pregunte en qué país. Ha podido ser siempre aquí. También han podido ser diez países distintos. ¿Quién puede distinguir un sol y un mar? Y ahora le agradecería que se aparte usted un poco. Desde que ha llegado a mi lado me está haciendo sombra.

SONRÍA,
POR FAVOR...

Si cualquier día de éstos, se tropiezan ustedes en el Metro, en el autobús, en un bar o en la propia calle a un señor de mediana edad que, sin motivo aparente, ostenta una sonrisa

que le llega de oreja a oreja, no lo tomen por un loco o por un retrasado mental. Quizá se trate de mi amigo Hipólito M. (omito el apellido porque ignoro si desea esta publicidad). Últimamente va a todas partes así, sonriendo sin parar.

Hace cosa de una semana me lo encontré en la barra de una cervecería de moda y me explicó su actitud:

—¿Que qué me pasa? Nada. Si me levanto con la sonrisa en los labios y me paso todo el día sonriendo es porque creo que debo obrar así. ¿No te has enterado de que han cambiado el «slogan» con que se anunciaba hasta ahora nuestro país en el Extranjero? Al «España es diferente» le ha sustituido «España le espera sonriente». Pues bien: yo no hago sino contribuir en la medida de mis fuerzas a que el nuevo lema sea una realidad. Aporto mi granito de arena. ¿Desde cuándo está mal tener espíritu cívico? Si hay que sonreír para que siga viniendo el turismo, por mí no

quedará. Lo que no puede ser es que los extranjeros lean en su país que les estamos esperando sonrientes y luego lleguen aquí y nos encuentren a todos con las caras más largas que los personajes del Greco...

—Pero en esta época apenas hay todavía turismo —le dije.

—Así es —respondió con la misma imperturbable sonrisa—. Pero me estoy entrenando. La Semana Santa está ya al caer. No te creas: al principio es algo duro. Los primeros días terminaba con los músculos faciales hechos polvo. Ahora ya estoy casi totalmente acostumbrado —añadió—. ¡Chico, qué malo está este café —exclamó de pronto, con la misma expresión que si hubiera dicho «¡Que café más delicioso!».

—¿Y no has tenido problemas presentándote en todas partes con esa sonrisa tan descarada? —le pregunté, intrigado.

—Pocos. El primer día, el jefe se creyó que me estaba

riendo de él. Cuando le expliqué el asunto, no sólo me comprendió, sino que me felicitó por mi espíritu de cooperación. Además, me ha elevado de cargo. Ahora soy yo el que recibe a los principales clientes. Ni que decir tiene que todos los compañeros de la oficina se pasan ahora el día sonriendo también, igual que yo. Bueno: excepto uno —precisó—, que se ha quedado viuido recientemente y... Se comprende, ¿no?...

Ahí está mi amigo Hipólito. Si se lo tropiezan ustedes, no desconfíen de él.

NEGRAS NUBES,
VENIDAS DE FUERA

Ya estamos como el año pasado; un día de calor, cinco de frío: un día de calor, cinco de frío... Pues, como el año pasado, yo sigo sosteniendo la teoría de que el mal tiempo por estas fechas no se debe a causas naturales. Algo más hay

detrás. Y a diferencia del año pasado, en que mi teoría tropezó con el escepticismo general, esta vez parece ser que la ciencia se muestra sensible a mis argumentos.

—Puede estar usted en lo cierto —ha venido a decirme a la propia Redacción un reputado meteorólogo que ocupa un importante cargo oficial—. Jamás se habían visto primaveras tan locas como estas últimas. No hay precedentes en lo que va de siglo. En Madrid, a estas alturas del año, deberíamos estar ya casi achicharrándonos. Y ya me ve usted: ¡con abrigo!

—Si ya lo digo yo —he respondido, profundamente satisfecho—. Esto no puede ser más que una maniobra del exterior. Alguien que está empeñado en que se nos seque la opulenta ubre del turismo...

—Muy posible, muy posible —ha asentido mi visitante—. Pero ¿quién puede estar interesado en cambiarnos el clima? ¿Quién puede ser el

malvado que pretenda robar-nos nuestro sol? Y además, ¿quién está en condiciones técnicas de poder hacerlo? Esos son los puntos que no acabo de ver claros en su teoría.

—Ni yo tampoco. Si yo pudiera decir con certeza: «Este país es el autor de la campaña subversiva meteorológica tendente a arruinar nuestros ingresos en divisas turísticas», ¿qué se cree usted, que estaría yo aquí todavía escribiendo artículos? Por lo menos, me hubieran concedido un puesto oficial vitalicio. Mi desgracia es que no está a mi alcance determinar el país que nos está librando una batalla tan sutil y tan rastrera. Eso les compete a ustedes, los científicos. Yo ya he cumplido con mi misión: señalar el aspecto político del «affaire». Ahora son ustedes los que tienen la palabra. ¿No se ha publicado hace poco que los rusos van a desviar el curso de varios ríos, con lo que podría resultar cambiado el clima de diversos países?

—Así es —ha confirmado mi interlocutor—. Pero aparte de que esa teoría me parece una solemne estupidez, las obras no han comenzado aún. Además, con la U.R.S.S. estamos ahora a partir un piñón. Más me inclino a pensar en algún país más modesto, y más próximo a nosotros geográficamente cuya economía necesite también del turismo para sostenerse. Lo malo es que esos países no disponen de medios técnicos suficientes para intentar una operación meteorológica de esa envergadura. ¡Qué dilema! —ha exclamado, con gesto de gran preocupación.

—¿Y si fuera un error de la C.I.A. —se me ha ocurrido de pronto—, que se está equivocando de país al aplicar determinado plan? Ella sí que tiene medios técnicos como para...

—No nos precipitemos— me ha contado el científico en cuestión—. Sólo he venido a decirle que la Administración

va a abrir una investigación partiendo de sus hipótesis. No se preocupe: si llegamos a algún resultado positivo, usted será el primero en saberlo. Buenos días, amigo...

EN TORNO A UN
CARTEL

Nada más leer en el periódico la noticia fechada en Londres, según la cual «la muchacha que aparece en los carteles de promoción del turismo a España para 1972» es inglesa, me he puesto en contacto con un funcionario del Ministerio correspondiente.

—Pero, hombre, ¿a quién se le ocurre una cosa así? —le he dicho—. ¿No hay en España chicas guapas, aunque no sean necesariamente rubias, capaces de figurar en un cartel propagandístico?

—Desde luego, desde luego —ha respondido—. Ha sido un disparate. Pero ya no tiene remedio. Creíamos que nadie se iba a dar cuenta.

—Y dígame. Supongo que el paisaje que aparece al fondo de la foto será, al menos, español...

—Sí, sí. Por supuesto. Es una casa de Ibiza. Su propietario creo que es norteamericano, pero eso es lo de menos.

—Y la fotografía la habrá hecho un fotógrafo español también...

—Creo que sí, pero no estoy muy seguro, porque hay un fotógrafo noruego que hace unas fotos maravillosas y que ya ha trabajado para nosotros en alguna ocasión.

—Y el revelado de la foto en colores lo habrán hecho algunos laboratorios españoles...

—Me imagino que sí, aunque ya sabe usted que la mayoría de los laboratorios que trabajan las fotos en color son extranjeros.

—Y el papel del cartel supongo que estará fabricado aquí en España...

—No lo sé con mucha certeza. Lo razonable es pensar

que sí, pero ya sabe usted que para papeles de calidad no hay como los suecos.

—No me irá usted a decir que el texto del cartel también lo ha hecho algún extranjero.

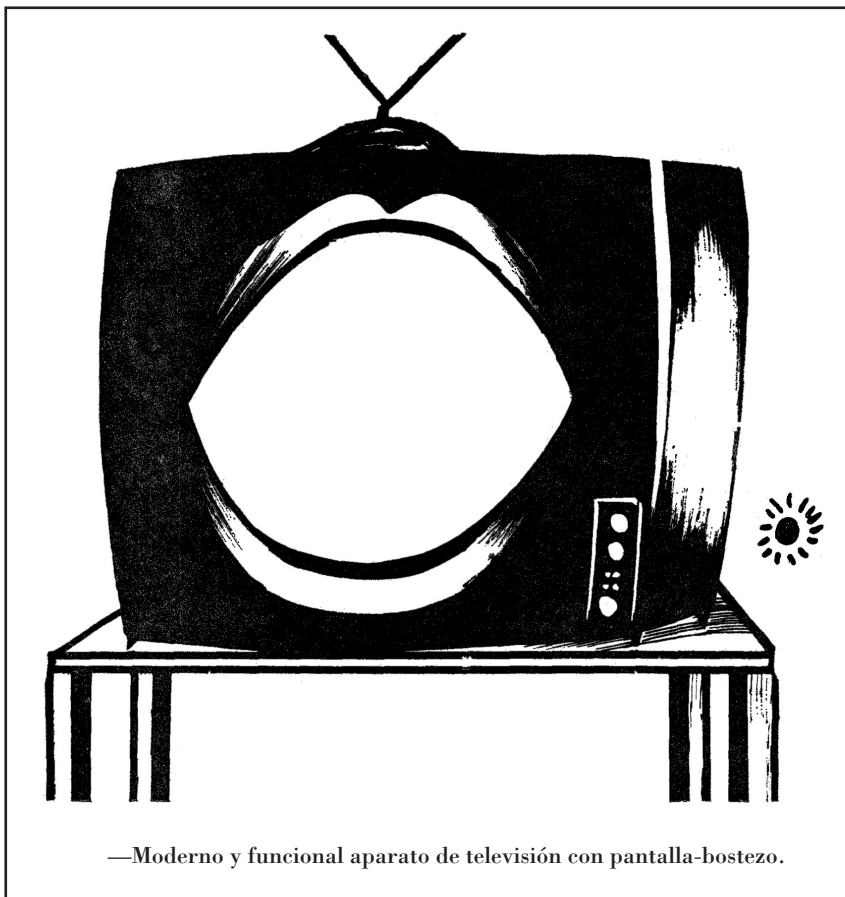
—No creo, aunque en el departamento de «slogans» hay

trabajando dos franceses y un holandés.

—Usted será español al menos...

—¡Por supuesto! Nací en Irlanda, pero estoy nacionalizado aquí. Español de los pies a la cabeza, yes...

TODOS A LA «TELE»



—Moderno y funcional aparato de televisión con pantalla-bostezo.

**TODOS A LA
«TELE»**

**PEQUEÑA OPINIÓN
SOBRE LA PEQUEÑA
PANTALLA**

—¿Has visto? —me dice, radiante de gozo, mi amigo Televisivo—. ¡Otro premio internacional para Televisión Española!

Mi amigo se apellida González, pero le llamamos Televisivo a causa de su pasión por la televisión. Hay quien dice que se le está poniendo cara de televisor. Hasta hace unos años era «hincha» del Real Madrid. Ahora se ha pasado a Televisión. Se traga todos los programas; hasta los infantiles. Para él, Televisión Española es, sin el menor género de dudas, la mejor televisión de Europa y una de las mejores del mundo..., pese a

que no conoce más televisión que la nuestra.

—¿Qué dices a lo del premio, eh? —insiste.

—Que me parece muy bien. Si lo ha ganado será porque lo ha merecido. Y si lo ha merecido es porque era un buen programa. Pero un buen programa no es la televisión en conjunto. Un solo día de emisión se compone de muchos programas. Del mismo modo que un periódico se compone de muchas secciones. ¿Te parecería acertado juzgar a un diario tan sólo por su sección de pasatiempos? Para poder decir de un periódico que es un gran periódico se requiere que sea bueno todo: la información nacional, la internacional, los reportajes, los artículos de fondo, las críticas... Y en segundo plano, las demás secciones: las deportivas, las frívolas. Con la televisión ocurre algo semejante, puesto que es otro medio de información.

—Yo no entiendo de periódicos, pero la televisión española me sigue pareciendo la mejor. Además, la televisión está para divertir, no para informar.

—Error. Grave error. Para divertir ya está gran parte de la Prensa. A la televisión le corresponde informar, formar y, simultáneamente, divertir. El que afirme que el papel de la televisión es tan sólo divertir, es un mentecato... o un vivo.

—Informar, informar... ¡Pero eso es muy aburrido!

—Todo depende de cómo se haga. Desde luego, si en los espacios informativos sólo se dan homenajes, desfiles e imposición de condecoraciones, resultan aburridísimos. Y mucho más si en lugar de presentar las noticias en un estilo de televisión se echan sermones o se leen los despachos de Agencia con tal énfasis que se diría que el locutor anuncia el juicio final. Por el contrario, la información deja de ser aburrida cuando se refiere a pro-

blemas importantes que afectan de un modo u otro al teleespectador. ¿Cómo no te van a resultar soporíferos los problemas estudiantiles, por ejemplo, si los únicos estudiantes que ves en la pantalla son belgas o finlandeses?

Mi amigo Televisivo se queda pensativo un instante.

—Lo que pasa —concluye— es que a ti no te gusta el fútbol. Y si no te gusta el fútbol, ¿cómo va a gustarte la televisión?

¿METEOROLOGÍA
SUBVERSIVA?

Telefoneo a Belmez, que, como nadie ignora en el país, desde hace unos días es un pueblo de la provincia de Córdoba (¡y aún hay quien dice que la televisión no instruye!). Pregunto por el alcalde. Tras una breve espera —su teléfono comunicaba—, oigo la voz, al otro lado del hilo, de don Rafael Canalejo, actual prota-

gonista del concurso de Televisión Española «Un millón para el mejor».

—Muchas gracias, muchas gracias. Hice lo que pude. Muchas gracias —me dice el señor alcalde, nada más identificarme.

—Muchas gracias, ¿por qué? —me extraño.

—¿No me llama usted, como todos, para felicitar-me?

—¿Yo? En absoluto. Le llamo para todo lo contrario.

—¿Considera usted que estuve mal en las pruebas?

—No sé si estuvo bien o si estuvo mal, porque no las vi. Pero eso es lo de menos. Lo que me importa es el hecho de que participe usted en el concurso.

—¿Le parece a usted mal?

—Me parece bien y me parece mal. Me parece bien que usted, en tanto que señor Tal o señor Cual se presente a un concurso o, si lo prefiere, emprenda una expedición en globo. Me parece mal que lo haga usted en tanto que señor alcal-

de. Según sus palabras, usted trata de «rebatir el concepto que se tiene de un alcalde de pueblo».

—Así es. No veo qué puede haber de malo en ello.

—No lo ve, ¿eh? Pues puede haber, ni más ni menos, que se cargue usted el concurso. Y sería una lástima que ahora que se ha logrado dar con algo que distrae al país entre partido y partido, venga usted y... ¡zas! ¡Adiós concurso!

—Le ruego que se explique. ¿Qué hay de malo en que yo desee rebatir un concepto equivocado?

—La intención puede ser noble, pero el resultado puede ser catastrófico. ¿Quién me asegura a mí que su ejemplo no va a cumplir y no va a intentar todo el mundo rebatir el concepto que supone que se tiene de él? ¿Qué tendría de extraño que los párrocos de pueblo, los médicos de pueblo, los maestros de pueblo, los veterinarios de pueblo, se

dijeran: «Mira, mira... El alcalde de Belmez rebatiendo el concepto y nosotros aquí quietos, sin rebatir nada. ¿Por qué hemos de ser menos que un alcalde? ¡Todos a la “tele”! A rebatir el concepto equivocado que se tiene por ahí de nosotros!» ¿Y en la propia Administración pública? ¿Haría que asombrarse de que los presidentes de Diputación, los delegados de la Vivienda, los delegados de Sindicatos, quién sabe si hasta los propios gobernadores civiles, decidieran, a la vista de su ejemplo, aprovechar la televisión para rebatir el concepto que estiman que se puede tener de ellos? De escalón en escalón se iría llegando hasta directores generales, subsecretarios y quizá hasta ministros... Todo el mundo querría concursar, ¿y cree usted que en TVE tendrían argumentos de peso para oponerse? Después de aceptar a un alcalde, ¿cómo iban a decirle que no a un procurador? Por eso le decía que me temo

mucho que se cargue usted el concurso. ¿Me oye?... ¿Oiga?... ¿Oiga?... ¿Belmez?... ¿Oiga?...

«REPETICIONES» TV

Durante el partido Real Madrid-Standard, TVE llegó a dar «repeticiones» de jugadas hasta tres veces seguidas. Día llegará en que los telespectadores se queden sin ver un partido porque en la pantalla no se verá durante los noventa minutos más que una continua «repetición» de la jugada inicial. Al tiempo...

¿Pero, por qué limitar esa técnica de la «repetición» a los partidos de fútbol?

Piensen ustedes en los toros. Cuando un torero —el que sea— da una buena espantá, ¿por qué no darla en «repetición»?

¿Y los espacios dramáticos? «Observen ustedes con qué salero, garbo y soltura acaba de anunciar la doncella que la cena está servida» —di-

ría la voz en «off» de un locutor. Y «repetición» de la escena...

¿Y el cine? ¿Y los telefilms? Otra voz en «off»: «¡Sensacional, cómo han podido ustedes comprobar, esa media vuelta de su carrito de inválido que acaba de ejecutar Ironside! Les ofrecemos a ustedes, de nuevo, queridos telespectadores, este plano inenarrable.» Y en la pequeña pantalla aparecería otra vez el perspicaz detective americano, mientras, en sobreimpresión, se podría leer: «Repetición.»

Ni que decir tiene que los «telediarios» están pidiendo a gritos la incorporación del sistema de las «repeticiones», sobre todo en las noticias que se refieren a la actualidad nacional. Como en ellos siguen predominando las referencias a homenajes, inauguraciones e imposición de condecoraciones, las «repeticiones» podrían tener un éxito loco entre el público.

«El conferenciante que acaban de ver ustedes en la imagen —diría el locutor— se ha servido un vaso de agua con tal gracia y donosura que no nos resistimos a repetir su gesto, por si alguno de ustedes no lo ha captado con la debida atención».

«Y, observen ustedes, ahora, qué abrazo más efusivo se dan estas dos personalidades», diría, poco después, el mismo locutor. «Repetición», claro, del abrazo...

¿Y la información del tiempo, gracias a la cual nadie sabe si al día siguiente tendrá que salir a la calle con abrigo o en camiseta, pero domina, en cambio, los términos de ciclón, anticiclón, vientos de componente equis, cuadrante, flujo, presiones altas y presiones bajas, niveles de la atmósfera, sistema frontal, etc., etc...?

¿No convendría que, de vez en cuando, hubiera una «repetición» del airoso trazo con que el especialista en la

materia traza un círculo en torno a las Azores o al cabo de San Borrombón? «Repetimos para ustedes el airoso trazo...», diría la voz en «off».

Y no hablemos de los inefables sorteos de lotería. «Repetimos el momento en que la bola de las unidades del primer premio...»

Y no hablemos... Y no hablemos... Y no hablemos...

CINE EN UHF...

Según parece, la otra noche, la segunda cadena de TVE proyectó el film «Lucrecia Borgia»... Pero gracias al doblaje, TVE había modificado totalmente el parentesco entre los Borgia.

Yo creía que estas prácticas infantiles pertenecían ya al pasado, por lo que he querido confirmar la noticia, telefoneando a los estudios de Prado del Rey.

—Bueno: algo hay de cierto —me ha respondido un

portavoz—, pero no hay que exagerar. Es verdad que Lucrecia y César Borgia aparecían en la versión española, no como hermanos, sino como primos. No creo que esto sea para rasgarse las vestiduras, creo yo...

—Menos mal. Créame que me había alarmado —he respondido.

—Pues no hay motivo, no. Piense usted que, puestos a cambiar, podíamos haber suprimido entre ellos todo parentesco, y, sin embargo, no lo hemos hecho.

—¡Menudo peso me quita usted de encima!

—Tenga usted en cuenta, además, que sin esos cambios, esos pequeños cambios quiero decir, un film como ése no se podría haber pasado por televisión.

—Con lo que los telespectadores se hubieran quedado sin ver una obra maestra del cine —he añadido.

—Exactamente. Además, todos los telespectadores que

saben un poco de historia se dieron cuenta del «truco»; así que es como si no hubiéramos cambiado nada al doblarla.

—Desde luego. ¿Quién no sabe que César y Lucrecia Borgia eran hermanos, puesto que ambos eran hijos de Alejandro VI? Tal como la explica usted, la cosa cambia.

—Me alero de haberle tranquilizado —ha respondido mi interlocutor—. ¿Desea usted saber algo más?

—Pues sí. ¿Piensan seguir ustedes esta política de apertura cinematográfica? —he preguntado.

—Por supuesto. Ya tenemos preparada una versión de «El acorazado “Potemkin”», del ruso Eisenstein. Como usted comprenderá, ha habido que cambiarla un poco, ya que de otro modo no se hubiera podido dar. Pequeños cambios, vamos. Si mal no recuerdo, como es un film mudo, los diálogos no los hemos tocado, ya que no tiene. Todo lo que hemos hecho ha sido colocar

en sobreimpresión un rótulo que al empezar la película indica: «Odessa, 1920...». ¿Me entiende usted? Situando la acción después del triunfo de la revolución, la película no pierde nada y, en cambio, podemos ofrecérsela sin problemas al telespectador español.

DOS PARTIDOS, DOS
CADENAS, UN CASO...

¿Quiéren ustedes que les cuente lo que le sucedió ayer, ayer mismo, ayer noche, a un matrimonio que vive en mi casa y que no se había enterado de que las dos cadenas de televisión iban a retransmitir simultáneamente dos partidos de fútbol?

Allá voy.

Después de cenar se sentaron a ver la televisión, cada un en el sitio de costumbre. El marido, de modo mecánico, conectó el receptor.

—¡Vaya. Otra vez fútbol —se quejó la esposa—. Pon la

segunda cadena, a ver qué dan...

El marido se levantó, no de muy buena gana, y pulsó el botón del UHF. En la pantalla, se siguió viendo a unos futbolistas.

—Pero ¿qué haces? —se impacientó la esposa—. ¿No te he dicho que pongas la segunda cadena?

—¡Pues ésta es! —replicó el marido, señalando a su mujer el mando del televisor—. A no ser que me haya confundido... —dudó el marido, apretando esta vez el botón del VHF.

En la pantalla seguían evolucionando futbolistas.

—¡Qué raro! —comentó el marido—. En las dos cadenas sale fútbol. ¿Habrá una avería?

—Avería, ¿eh? —refunfuñó la mujer—. Lo que tú eres es un bribón, que me la quieres dar con queso. A ver, déjame a mí —dijo, levantándose—. ¿Cuál es el botón de la primera cadena?

Apretó el mando que le indicaba el marido. Fútbol...

—¿Y el de la segunda? ¿Qué botón es? —preguntó de nuevo, con gesto desconfiado.

Pulsó el botón que le señalaba su esposo. Fútbol...

—¿Seguro que este botón es el de la segunda? ¿No me engañas? —dijo, desconfiada, la esposa, al tiempo que apretaba primero un botón, luego otro, otra vez el primer botón; después el otro...

—Mujer... Ya lo ves. Será una avería. O a lo mejor es que en ambas cadenas dan fútbol —insinuó el marido.

—¿Fútbol en las dos cadenas? Tú estás loco. ¿A quién se le va a ocurrir dar dos partidos de fútbol al mismo tiempo? Si dieran uno detrás del otro, aún se comprendería, pero a la vez... ¿Por qué no miras la antena? —propuso la esposa, con voz autoritaria—. O telefonea a Televisión, si te parece mejor.

El marido prefirió, aunque a regañadientes, comprobar

la antena. Como no entendía de antenas de la misa a la media, se limitó a moverla y a tocar unos cables. En la pantalla seguían corriendo futbolistas... y la mujer siguió pensando que todo aquello era una trampa de su marido. Le increpó. Contestó él. Subió el tono. Un objeto sólido cruzó el aire. Otro cruzó con él en dirección contraria... Llegaron a las manos. Resultado: Italia, 4; Alemania... Perdón. El resultado fue que ambos están hoy en cama, con hematomas de consideración.

(Mañana les contaré lo que sucedió ayer, ayer mismo, ayer por la noche, a otro matrimonio que también vive en mi casa y que sabía que TVE retransmitía simultáneamente, por ambas cadenas, los dos partidos de México.)

TV EN GUINEA

De la antigua Guinea española acaba de regresar un equipo

de periodistas y técnicos de TVE que ha asesorado a los autóctonos para poner en marcha la televisión del nuevo país. Inmediatamente me he puesto en contacto con ellos.

—¿Satisfechos? —he preguntado a los componentes del equipo de TVE.

—Hemos hecho lo que hemos podido. La tarea era difícilísima.

—¿Y eso?

—Verás: la parte digamos técnica no ha ofrecido excesivas dificultades. En seguida han aprendido a manejar todos los aparatos: cámaras, sonido, control, etcétera.

—¿Entonces?

—El problema gordo nos lo ha planteado la parte, digamos, de programación. Como allí el fútbol apenas existe y en canción frívola tampoco tienen apenas nada, te puedes imaginar el panorama... Chico, un problemón.

—¿Cómo lo habéis resuelto?

—Nos hemos limitado a darles unas cuantas normas generales.

—A saber...

—Por supuesto, la primera que los espacios informativos los elaboren a base de un 90 por 100 de noticias del extranjero.

—¿Y el 10 por 100 restante?

—Pues nacional y deportes. Un 2 por 100 de nacional, por ejemplo, y un 8 por 100 de deportes o de noticias idiotas. ¿Comprendes?

—Desde luego...

—Otra norma general que les hemos dado es la de que no se les ocurra sacar jamás las cámaras a la calle. Todo el mundo sabe que se enfrían, se acatarran. Que lo hagan todo a base de interiores. Interior, mucho interior. ¡Si supieras lo que nos ha costado hacerles comprender este punto! Estaban empeñados en crear un equipo volante que acudiera en cada momento al punto del país en el que se produjera una noticia. Aunque fuera una noti-

cia digamos «delicada», ¡fíjate bien! ¡Qué inconsciencia!

—Desde luego. Por lo demás, ¿bien?

—Sí. Tenemos la esperanza de que en pocos años alcancen con su televisión el nivel de rigor y calidad de la que tenemos aquí...

CONTROL PARA TV

En la LIX Conferencia Interparlamentaria que se acaba de celebrar en París un delegado, español precisamente, ha pedido que se establezca una reglamentación internacional para televisión. Me parece excelente. Algunos de los puntos que debieran quedar recogidos en el reglamento en cuestión podrían ser éstos:

- Prohibido informar por la pantalla casera de los conflictos socio-laborales que ocurren en el extranjero, si no se informa por lo menos en igual proporción de los conflictos socio-laborales que ocurren en el

propio país. En caso contrario, el ciudadano medio puede terminar con un complejo de inferioridad tremendo, al comprobar día tras día que en el extranjero pasan miles de cosas mientras en su país no pasa ninguna.

- Prohibido retransmitir combates de boxeo o partidos de tenis a altas horas de la madrugada, ya que es muy probable que un elevado número de telespectadores se levante a verlos, lo que supone que al día siguiente se registrará un evidente descenso en la productividad, debido a la falta de sueño de muchas personas.

- Prohibido difundir filmaciones de conflictos estudiantiles ocurridos en otros países, cuando no se dice una palabra de conflictos estudiantiles que tienen lugar a pocos kilómetros de los estudios centrales de TV.

- Prohibido interrumpir varias veces los largometrajes cinematográficos, y sobre todo

en escenas importantes, para meter «cuñas» o «spots» publicitarios que pueden resultar ridículos en el contexto de un film (por ejemplo, un anuncio de frigoríficos cuando la última escena del largometraje sucedía en un desierto, etc...) o que, en cualquiera de los casos, rompen inevitablemente el «climax» de cualquier película.

- Prohibido ceder la antena a comentaristas políticos officiosos, y mucho más si se distinguen por su sarcasmo y su agresividad, siempre que no exista un derecho de réplica que permita dejar las cosas en su sitio a todos los aludidos.

- Prohibido difundir dibujos animados para niños cuyos ingredientes fundamentales sean la violencia, la agresividad, el terror...

- Prohibido emitir informaciones filmadas políticas como aplausos «en conserva», que no corresponden, aunque pudieran corresponder, a los actos que salen en la pantalla.

EUROPA 70, LO QUE NOS SOBRA Y LO QUE NOS FALTA



**EUROPA 70,
LO QUE NOS
SOBRA Y LO
QUE NOS FALTA**

LOS HORARIOS

Se habla de nuevo del horario español, y yo les voy a dar a ustedes mi modesta opinión.

Después de vivir varios años en el Extranjero he llegado a la conclusión de que aquí empezamos a comer cuando en los otros países se disponen a cenar, y de que comenzamos la cena cuando los demás pueblos se preparan para tomar el desayuno.

Nuestro almuerzo matutino casi coincide con la merienda de los franceses o con el té de los ingleses, y a nuestra merienda la hincamos el primer diente cuando los restantes europeos apagan la luz para dormir.

¿Qué exagero? Un poco, sí; pero el hecho es que en materia de horarios, como en tantas otras materias, llevamos un retraso considerable respecto a los países avanzados.

Nuestro estómago marcha desfasado, comparado con el de un belga o un alemán, y cuando los estómagos no comienzan la digestión a la misma hora, nada tiene de extraño que la industria y el comercio utilicen horarios laborales totalmente distintos.

La industria, y el comercio y, por supuesto, los espectáculos.

En Londres y en París, el cine y el teatro empiezan a las nueve de la noche, con lo que la sesión está terminada, como muy tarde, a las doce, y los espectadores pueden hallarse ya en su camita a la una.

Aquí, no. Aquí la sesión de teatro se anuncia a las once de la noche, empieza media hora más tarde y no termina, por lo menos, hasta la una, con lo que resulta sumamente difícil

haber regresado a casa antes de las tres.

Y regresando a las tres, y durmiéndose a las cuatro, ni siquiera un alemán sería capaz, a la mañana siguiente, de madrugar.

No cabe duda de que nuestro horario es un tanto irracional, y si nuestro horario tiene mucho de irracional yo no lo atribuyo, como tan frecuentemente se hace, ni a nuestro carácter, ni a nuestras costumbres, ni a nuestro temperamento, ni a nuestro clima, ni —por decirlo de un modo más complicado— a nuestra idiosincrasia.

El culpable de nuestro horario no es otro que el pluriempleo.

Un inglés o un escocés terminan su trabajo, se van a su casa, cenan y se acuestan, o si les apetece, se van a un espectáculo, leen o ven la televisión. En tanto que un español, una vez terminado su primer trabajo, tiene que acudir a un segundo: concluido éste se ve

obligado a despachar un tercero..., y cuando llega a su hogar son más de las diez.

Los primeros pluriempleados son los actores, que en lugar de dar una representación diaria tienen que dar dos, hasta el punto de que cuando sus colegas parisienses o berlineses empiezan a quitarse el maquillaje, ellos se están dando los últimos toques a las cejas porque se va a levantar el telón.

Pluriempleados los actores y pluriempleado el público, ¿cómo pensar en tales circunstancias en modificar el horario?

Antes que nada habría que terminar con el pluriempleo. Pero ¿quién se atrevería a proponer tal empresa en pleno período de congelación?

UNA INDUSTRIA IGNORADA

«España, guste o no, produce emigración», ha venido a decir el director general del Instituto Español de Emigración.

Oficialmente, llevamos producidos tres millones y medio de emigrantes. Extraoficialmente, la producción es mucho más elevada: cuatro millones y medio, quizá cinco millones. Reconocerán ustedes que, para un país de treinta millones de habitantes, no está nada mal...

—¿No te parece? —le he preguntado a un amigo economista, que trabaja en un ministerio.

—Desde luego —ha respondido—. Además, ten en cuenta que esas cifras se refieren tan sólo a la exportación, a la producción migratoria que se envía al Extranjero. A Francia, a Alemania, a Bélgica, a Suiza, a Australia y, por supuesto, a toda América latina. Contando la emigración producida para el consumo interior, es decir, los emigrantes enviados a Barcelona, a Bilbao, a Madrid y, en general, a todas las grandes urbes, nuestra producción migrato-

ria en los últimos años se puede cifrar en los diez millones de personas.

—¡Qué barbaridad! —he exclamado—. ¡Y aún hay quien dice que nuestra industria tiene escasa capacidad productiva! Hay que tener mala fe... o una gran ignorancia. Por cierto, ¿no se podría hacer algún artículo de divulgación sobre nuestra producción migratoria? ¿De dónde sale? ¿De alguna fábrica, de alguna factoría, de algún complejo industrial? Una producción tan considerable tiene que requerir instalaciones muy ambiciosas...

—Es lo que pienso —me ha contestado mi amigo—. Pero no te sabría responder con certeza. Sé que la mayor parte de la producción migratoria procede de una fábrica que se llama algo así como Viejas Estructuras, S.A., pero ignoro dónde está instalada. Me han hablado de que se halla en plena zona de latifundios,

pero por más que he indagado no he logrado descubrir su paradero exacto. ¿En Toledo? ¿En Ciudad Real? Otros me han dicho que está situada más al sur. ¿En Jaén? ¿En Sevilla? ¿Cualquiera sabe? No es extraño que una industria tan importante esté rodeada de las máximas precauciones. Imagínate lo que ocurriría si desapareciera: uno de los puntales de nuestra economía se vendría abajo...

—¿Y tampoco sabes nada de su organización interna?

—He oído algo de que consta de varias naves, pero por lo visto la nave principal es la de Estructuras Agrarias Arcaicas. Por lo que me dijeron, esta nave es la médula de todo complejo. Las otras, como la de Estructuras Industriales Anticuadas o la de Canales de Distribución Insuficientes, son de importancia secundaria. Y lo más curioso es que, según rumores, Viejas Estructuras, S. A. no funcio-

na a base de electricidad ni de carbón, sino a base de una energía prácticamente desconocida que se llama algo así como inercia.

—¿Qué fantástico! ¿Y no se podría patentar este sistema y venderlo al Extranjero?

—Quizá sí, pero supongo que hay pocos países a los que les interese una patente para producción de emigrantes. Ya sabes el desdén que existe por ahí fuera, en general, hacia la técnica y la ciencia...

UN TIPO RARO

Un viejo amigo mío (que ahora ronda los treinta años) acaba de regresar a Madrid después de pasarse varios años por otros países europeos (observen que digo «otros»). Hace unos días tomé café con él y, tras varias horas de conversación, llegué a la conclusión de que mi amigo se ha convertido en lo que aquí se llama

«un tipo raro». ¡Asómbrense ustedes con algunas de las cosas que me dijo!...

- Lo del sol, los toros y las bellas mujeres no es más que un mito. Yo no he echado en falta en todo este tiempo ni el sol ni los toros. Las bellas mujeres, tampoco, porque las hay en todas partes. Lo que ocurre es que los cánones de belleza varían según los países. Sí, hombre, sí. Se puede ser feliz sin tanto sol y sin tanto toro, teniendo a cambio otra serie de cosas; buena ropa, buena calefacción, buen trato, buen cine, buenos libros, buenos conciertos, buena mesa, buenas amigas inteligentes y cultivadas, buena Prensa...

- En cualquier país de Europa hay más afición al fútbol que aquí. Afición a jugarlo, no a presenciarlo. ¡He visto cada partido en Gran Bretaña! Allí se juega, pero también se presencia. ¡Qué maravilla un Wembley abarrotado de público! Lo que pasa es que

el fútbol no anula a los demás deportes y, sobre todo, no ciega a la gente hasta el punto de que les impida pensar en cosas mucho más importantes. Se puede ser aficionado al fútbol o al rugby, sin dejar de preocuparse por los problemas políticos, sindicales, etc...

- ¡Chico! A mí, algunos locutores nacionales no me gustan nada. Yo no creo en los locutores plurivalentes, que lo mismo comentan un partido internacional, una corrida o los documentales cinematográficos. Aún es peor si lo hacen de un modo repipi, sabihondo y engolado. ¡Pobre del país que sólo dispone de un locutor para los acontecimientos de importancia! En las radios y televisiones de otros países europeos hay un montón de buenos locutores en cada especialidad.

- Eso de que «España es diferente» no me vale. Por lo menos en el terreno económico. Aquí, como en el resto de la

Europa llamada occidental (cosa que tanta gracia les hace, por ejemplo, a los checoslovacos, que son tan orientales como los murcianos), los fundamentos del sistema social son los mismos: en una Empresa hay por un lado el capital y por otro el trabajo. Y de las relaciones entre ambos surge el conflicto. Lo que es, sin duda, diferente es la concepción del conflicto, su tratamiento, sus consecuencias, su solución...

- Viniendo de allende los Pirineos, se ríe uno mucho con esas polémicas sobre si un periódico es independiente o no es independiente. Por ahí fuera, todo el mundo entiende, desde hace ya siglos, que un periódico se llama independiente cuando no tiene lazos que le unan con el Gobierno o con el sistema. Evidentemente, ningún periódico es independiente respecto de los señores que lo fundan con su dinero. ¡También serían tonos de invertir sus francos o

sus libras en un periódico que más tarde no van a poder controlar; Pues aquí, por lo que veo, muchos no han entendido todavía lo de la independencia periodística. Como no han entendido todavía el moderno sentido de la palabra dialéctica, que ha cobrado una dimensión filosófica desde los tiempos de un señor llamado Hegel.

- Mientras se siga considerando la barba como un signo externo de extremismo, habrá que entender que seguimos desfasados del resto de Europa...

EMIGRANDO, QUE ES GERUNDIO

A medida que el país se desarrolla, el número de emigrantes al Extranjero va aumentando. Según los últimos datos, ya hay casi cinco millones de españoles por ahí fuera.

—¿No es una paradoja? —
le he preguntado a un amigo

economista que trabaja en un organismo semioficial.

—En absoluto —me ha respondido, mientras se balanceaba desenfadadamente al otro lado de la mesa, en un lujoso sillón de cuero y metal. No sólo no es una paradoja —ha añadido—, sino que tiene que ser así.

—Pero, a este paso —he objetado—, dentro de unos años el país se va a quedar vacío...

—De eso se trata —ha asentido, con su mejor sonrisa—. Si somos treinta millones y pico de habitantes, el día que aquí sólo quedemos ya el pico, vamos a vivir como pachás. ¿No crees?

—Es posible, pero...

—Pero esto lleva tiempo, ¿no es eso lo que ibas a decir? —me ha cortado—. Desde luego. No se puede echar a veinticinco millones de personas en cuatro días. No hay que impacientarse: todo se andará. ¿Te crees que hace unos años parecía fácil colocar fue-

ra de nuestras fronteras a varios millones de seres? Y, sin embargo, ahí los tienes.

—No. Yo me refería... —he intentado replicarle.

—¿Al tiempo que se tardará en lograr este objetivo, supongo? —ha vuelto a interrumpirme—. Es difícil saberlo. El ritmo actual no es malo, aunque mi teoría personal es que habría que acelerarlo. Si se lograra que, en breve plazo, emigrasen unos diez millones de personas más, antes de diez años podríamos considerarnos ya un país avanzado. Y, por supuesto, antes de veinte años esto podría ser jauja. Imagínate —ha continuado, imprimiendo al balanceo del sillón un ritmo más vivo, al tiempo que le brillaba la mirada— la de problemas que podrían quedar resueltos de la noche a la mañana, como quien dice. La vivienda, por ejemplo. Si ahora faltan viviendas, caso de quedarnos en el país este pico de habitantes de que te habla-

ba, es evidente que habría viviendas para dar y tomar. ¿Escuelas? Lo mismo. Sobrarían escuelas. ¿El problema del chabolismo? Ni que decir tiene que se terminaría de una vez para siempre, al no haber ya nadie que pudiera ocupar las chabolas. ¿Problemas de circulación en las ciudades? ¡Resueltos! Sobraría sitio para aparcar, el tráfico sería fluido... La renta «per cápita», por supuesto, se incrementaría. La cosa es de cajón: al haber menos gente, tocaríamos a más en el reparto.

—¿Me sigues? —se interrumpió de repente—.

—Te sigo, te sigo —respondí con voz trémula.

—Se te va disipando esa paradoja que te movió a venir a verme? —indagó.

—Bastante. Pero dime: Si todo el mundo emigra, ¿quién va a ser el que trabaje aquí? Mi amigo se arregló el nudo de la corbata y dijo, sin perder la sonrisa:

—Eso no sería un problema. Se traen trabajadores de países menos desarrollados, y ya está. ¡Con la de pobre gente que se muere de hambre, por no tener trabajo, en los países del tercer mundo...! —respondió. Me ofreció un cigarrillo y, mientras nos lo fumábamos, estuvimos comentando el último rumor...

**EUROPA 70: LO QUE
NOS SOBRA Y LO
QUE NOS FALTA**

Invitado por la P.I.A.H. (Asociación Internacional de Humoristas Políticos), organización que todavía no existe pero que alguien debería fundar, acabo de realizar un breve viaje por diversos países del Mercado Común. Yo les voy a decir a ustedes lo que, en mi opinión, nos sobra y nos falta para hacer un buen papel en la Europa del 70.

NOS SOBRA

Horizontalidad.
 Autosuficiencia.
 «Dedo»
 Estructuras que reformar.
 Bigotes.
 Arados.
 Fútbol.
 Artesanía.
 Desorganización.
 Retraso.
 Campechanía.
 Tuteo.
 Fumadores de puro.
 Latifundios
 Toros.
 Trenes de carbón.
 Limpiabotas.
 Casas.
 Escombreras.
 Estatuas.
 Periódicos.
 Emisiones televisadas.
 Discursos.
 Casinos.
 Chovinismo.
 Turismo (extranjero).
 Cine (extranjero).
 Teatro.
 Ruedas de molino.

NOS FALTA

Verticalidad.
 Sentido crítico.
 Urnas.
 Reformas.
 Barbas.
 Tractores.
 Atletismo
 Industria.
 Método.
 Puntualidad.
 Seriedad.
 Usteo.
 Fumadores de pipa.
 Reforma agraria.
 Deporte.
 Trenes eléctricos.
 «Machines à cirer».
 Viviendas.
 Jardines.
 Estatuas.
 Prensa.
 Televisión.
 Debates.
 Centros de juventud.
 Europeísmo.
 Turismo (nacional).
 Cine (nacional).
 Teatro.
 Ruedas de Prensa.

Academias.
Emigración.
Pluriempleo.
Sol.
Cochechitos.
Calderilla.

Escuelas.
Puestos de trabajo.
Uniempleo.
Agua.
Transportes públicos.
Billetes.

EUROPA EN LA PLAYA

—Así que se van a integrar ustedes en Europa... —me dice el francés vecino de toledo en esta playa de la Costa No Sé Cuántos a la que me he escapado con la familia durante unos días.

Idéntico comentario podía habérmelo hecho un alemán, un inglés, un belga o un holandés de los cientos y cientos que pisan esta arena y se tuestan con este sol, pero la casualidad ha querido que mi vecino sea francés.

—Pues sí —le respondo—. Nuestra integración con Europa es un deseo viejo y profun-

do de nuestro pueblo. Siempre nos hemos sentido Europa, pese a que los pasos oficiales no se hayan dado hasta ahora. En este aspecto ha ocurrido...

No puedo continuar. Mi vecino francés me pide excusas, porque él y su familia se marchan a comer.

—Comprenda usted —me dice—. Ya es la una... Llevamos en la playa desde las nueve. Seguiremos hablando después de comer. D'accord? —sonríe.

Nosotros acabamos de bajar a la playa. Mientras extendemos las toallas, ellos (y los cientos y cientos de alemanes, de ingleses, de belgas, de holandeses...) recogen las suyas.

Durante un par de horas, sobre la arena nos quedamos cuatro gatos. Españoles, por supuesto... Pasadas las dos horas, el francés y su familia regresan a su toldo.

—Me estaba diciendo usted antes... —dice, después de saludar.

Yo interrumpo un momento la recogida de toallas y demás enseres.

—Le hablaba de que los españoles siempre nos hemos sentido europeos de los pies a la cabeza. Mentalmente, hemos estado preparados siempre para integrarnos...

Le tengo que pedir excusas, pero mi familia me mete prisa. Es la hora de comer.

—Comprenda usted. Son las tres —le digo al francés—. Continuaremos luego. ¿De acuerdo?

Nos preparamos para partir, en tanto ellos se acomodan en la arena. Hacía las seis regresamos al toldo.

—Como le decía...

Pero casi no he tenido tiempo todavía de sentarme cuando mi vecino se levanta y comienza a sacudir la toalla.

—Perdone —me dice—, pero nos vamos. Empieza a hacer frío y, además, hay que preparar la cena. Hablaremos mañana. *D'accord?*

Asiento sonriente. Me tumbo. ¡Hasta las nueve o diez que no cenaremos! A esa hora —pienso—, el francés ya habrá digerido la cena, se dará un paseíto... ¡y a dormir! Mañana, cuando él sienta ya ganas de comer, nosotros estaremos desayunando. Pero no importa. Media frasecita hoy, otra media al día siguiente, antes de que nos separemos habré logrado explicarle que nosotros somos tan europeos como el que más, por lo que la integración nos va a resultar coser y cantar. Empezando por la integración en materia de horarios...

LA OPINIÓN DE LA PALOMA



LA OPINIÓN DE LA PALOMA

EL DISCURSO DE MAC CURRAY

Si el Presidente Johnson no modifica sustancialmente su política vietnamita, no me extrañaría nada que las próximas elecciones norteamericanas las gane... Mac Curray.

¿Quien es Mac Curray?

Por ahora, nadie. Por ahora no hay ningún candidato que se llame así; pero estoy convencido de que, caso de continuar la incontenible racha de victorias americanas en Vietnam, no tardará en surgir un candidato (llámese Mac Curray o Robert Kennedy, o Nelson Rockefeller), que abra su campaña con este discurso electoral:

«Queridos electores: mi programa se resume en una palabra: paz. Paz en Vietnam, y

cuanto antes. De aquí a fin de año, los chicos habrán vuelto a casa. ¿Cómo lograr la paz? Sin duda, a través de la negociación? Yo no veo otro camino que escuchando al adversario. ¿De qué modo se puede escuchar al adversario? Antes que nada, sabiendo quién es. Este es el grave error de la actual Administración. Que todavía no ha establecido claramente contra quién nos batimos. ¿Cómo llegar a la negociación, caso de desearla, sin saber con quién se debe negociar? ¿Nos batimos contra Vietnam del Norte? En un aspecto, si, puesto que hace más de dos años que lo estamos bombardeando. Pero cada día está más claro que nos batimos, fundamentalmente, contra el Frente de Liberación del Sur, o F.L.N., o Vietcong, o “Charlies”, como llaman a sus guerrilleros nuestros muchachos. ¡Pues charlemos con los “Charlies”, establezcamos contacto con el Frente! Según mis noticias, los guerrilleros del Sur ponen como

primera condición para iniciar el diálogo la suspensión de los bombardeos contra el Norte. Y como el Norte también pide la suspensión de los bombardeos para empezar a hablar, deduzco que suspendiendo los bombardeos mataríamos —como se suele decir— dos pájaros de un tiro, aunque éste no sea el lenguaje más apropiado para hablar de paz. Mi programa es la paz. Una paz basada, por ejemplo, en la neutralización de todo el Sudeste asiático. Y si ofrezco la paz no es por hacerme el original ni por llevar la contraria a la actual Administración, sino porque creo que la escalada está complicando las cosas cada día más, tanto en Vietnam como aquí, en los propios Estados. Terminada la guerra podremos invertir en nuestro propio país todos los recursos que actualmente se desvían hacia la guerra y, casi sin darnos cuenta, la paz nos llevará en breve plazo a la anhelada gran sociedad, a la resolución del problema racial, a la

victoria en la lucha contra la pobreza. La paz es cada día más urgente, puesto que la guerra no está dando el resultado que cabía esperar. Queridos electores: Mac Curray os promete la paz. Para conseguirlo, iré a Ginebra, o al Principado de Andorra, si hace falta. ¡Votadme! Mi lema es sencillo: “¡Mac Curray, a la Presidencia, y los chicos, a casa!”»

¿Les extrañaría a ustedes que Mac Curray ganase las próximas elecciones?

BOMBAS ASÍ Y BOMBAS ASÁ

Últimamente se hablado de la posibilidad de emplear armas atómicas en Vietnam, y yo, al igual que otras muchas personas de todo el mundo, me había alarmado profundamente.

A lo que parece, nuestra alarma era totalmente injustificada.

Los belicistas norteamericanos no se plantean el uso de

bombas atómicas, digamos, «grandes», sino tan sólo de bombas atómicas, digamos, «pequeñas».

De minibombas.

No me negarán ustedes que la noticia constituye un consuelo, y a su tenor no me cuesta esfuerzo alguno imaginarme la crónica que podría enviar a su periódico cualquier periodista norteamericano destacado en Vietnam, días después de que las tropas de su país hayan comenzado a emplear las inofensivas minibombas H.

«SAIGÓN. En todo el país el optimismo es general. La gente está muy contenta y no lo oculta.

En las afueras de Saigón he podido entrevistar a un grupo de campesinos, en cuyo poblado acababan de arrojar una minibomba táctica. El jefe del grupo sonreía abiertamente con su trozo de cara que no había sufrido quemaduras.

—Gracias a la minibomba —me ha dicho— no hemos

muerto toda la familia. De ocho miembros, cinco vivimos aún. Imagínese usted qué desastre hubiera sido que nos tiraran una bomba normal. ¡Hubiéramos muerto todos!

—¿Y el poblado?

—Con el poblado ha ocurrido algo parecido. Gracias a que la bomba atómica era pequeña sólo ha destruido las tres cuartas partes. Una cuarta parte se ha salvado casi completamente. Todos los supervivientes están muy contentos.

—Veo que a su esposa le falta un brazo.

—Sí; sólo ha perdido un brazo. Y a mi cuñado la explosión tan sólo se le ha llevado una pierna. Está loco de gozo porque dice, y con razón, que si llega a ser una bomba atómica normal, a estas horas... ¡ni lo cuenta!

En otro poblado, la minibomba había caído en una pagoda y sólo había dañado el edificio en un sesenta por

ciento. El bonzo no ocultaba su agradecimiento.

—Una bomba atómica grande me hubiera dejado sin templo... y sin fieles. La minibomba de ayer solamente mató a veinte fieles. ¡Ni siquiera el quince por ciento de las personas que practican! En fecha breve celebraremos un acto de acción de gracias...

En un hospital de la zona de Pleiku he visitado a los afectados por la radiactividad, y en las distintas salas había un ambiente de fiesta.

—Fíjese usted —me decía una anciana desde su lecho—: la minibomba no me ha hecho más que un agujero en el vientre. Pero ¿qué es un simple agujero cuando se piensa que con otro tipo de armamento me hubiera quedado en el sitio, yerta como una piedra?

Desde todos los ángulos me llamaban los heridos para que comprobase con mis propios ojos la suerte que habían tenido. Y los médicos tenían que

reclamar silencio constantemente para frenar las muestras de tanto regocijo.

En todos los sitios que visité encontré parecido estado de ánimo. Mi impresión personal es que las minibombas atómicas están cayendo muy bien...»

LA OPINIÓN DE LA PALOMA

El amigo que está al tanto de todo me telefona.

—¿Te interesa una entrevista exclusiva con una personalidad extranjera? No; no es ningún Kennedy ni ningún político árabe. Los Kennedy han desfilado ya todos por Madrid, y si fuera un político árabe no le llamaría personalidad. No; no es norteamericana. No tiene nacionalidad y tiene todas. Ven a tomar café a casa.

Voy y el personaje resulta ser, ni más ni menos, la paloma de la paz. Sentadita en su silla, ante su platito de leche, con su mirada noble y bonda-

dosa... En seguida se aprecia que es una paloma diferente... La acompaña un representante personal del señor U.Thant, que no deja de acercarle miguitas en la palma de la mano.

Mi amigo hace las presentaciones y un breve exordio para romper el hielo. La verdad es que la paloma de la paz impresiona. Me siento como ante Bertrand Russell, pero en versión animal.

—Habíamos pensado organizar una rueda de Prensa —dice mi amigo—, pero después de lo ocurrido con Servan Schreiber no nos hemos atrevido. Además, ella está aquí medio de incógnito.

—Es la primera vez que viene a España? —le pregunto.

—Bueno —dice, sin mover apenas el pico y con mucho acento de Brooklyn—. Yo no paro nunca. Voy de aquí para allí. Ahora inicio en Madrid un vuelo por Europa, que concluiré en Moscú. Por aquí pasé en varias ocasiones, pero hasta ahora nunca quise que

se supiera. A ver si en el próximo vuelo puedo darme una vueltecita por la Universidad...

—Supongo que por donde más revoloteará usted será por Vietnam.

Su expresión se entristece visiblemente.

—Desgraciadamente, sí, Vietnam es lo que más me preocupa en este momento. Oriente Medio, también, por supuesto. Pero más que nada, Vietnam. Lo de Oriente Medio, después de todo, no es más que un eco de lo de Vietnam. Si se acaba aquella guerra se acabará la intermitente de Oriente Medio. Pacificado Vietnam, le será muy difícil ya a nadie perturbar la paz en ningún sitio. Lo malo es que no se ve una solución próxima. Vietnam me quita el sueño. En poco tiempo he adelgazado más de diez gramos a causa del Vietnam.

—¿No es usted más optimista después del discurso de Johnson?

—No, hijo. Todo está muy confuso. Pese a todo el ruido, los bombardeos contra el Norte no han cesado. ¿Qué le hubiera costado a Johnson, puesto a prohibir bombardeos, prohibir «todos» los bombardeos contra el Norte? Hay hombres que siempre harán todo a medias. No me fío ni una pluma del anuncio de retirada de Johnson.

—¿Y Kennedy? ¿Qué opina usted de Kennedy?

—Kennedy es otra cosa, pero también hay que tener cuidado con él. Hace unos días me mandó aviso de que le gustaría fotografiarse conmigo en los jardines de Washington. ¿Se imagina usted qué escándalo si accedo a su deseo y más tarde utiliza mi fotografía para su campaña electoral? Además, Washington, hoy por hoy, es un sitio peligroso para mí, por los balcones... Hace más de un año que no lo piso. Resumiendo: que mientras no se modifique la situación, no me muevo de mi alero de la

ONU más que para misiones concretas, y a ser posible, disfrazada.

EN TORNO A UN REFERÉNDUM

Telefoneo a París. Ministerio del Interior. La mejor forma de ver claro es acudir a las fuentes. Pregunto por un gaulista. «Aquí todos somos gaulistas», me dice la voz. «Por ahora, claro —añade—. Si el general dimite habrá que buscar otra etiqueta... u otro general. Usted dirá...»

—¿Qué tal ha caído el referéndum? El texto, sobre todo. Aquí no comprendemos bien cómo se puede organizar un referéndum con más de diez millones de personas en huelga.

—El referéndum ha caído muy bien. Y el texto, todavía mejor. Era lo que el pueblo francés estaba esperando. No hay duda de que el pueblo dirá de nuevo que sí.

Se oyen unas risas al otro lado del hilo y una tercera voz, que dice irónicamente: «Sí, sí...»

—¿Alló?... ¿Qué ocurre? —pregunto a mi interlocutor.

—Nada. Es el piquete de huelga de los telefonistas del ministerio, que interceptan la conversación. Como habrá usted oído, han dicho que sí. Le estaba diciendo que el referéndum ha caído muy bien y que el pueblo dirá de nuevo que sí.

—¿Y los huelguistas? ¿Qué dirán los huelguistas? —pregunto de nuevo.

—Lo que digan los huelguistas es lo de menos. Lo importante es que el pueblo responda con un sí masivo e inequívoco a lo que se le va a preguntar. Y lo que responderá el pueblo no creo que ofrezca dudas...

De nuevo se oye la tercera voz: «Sí, sí...»

—¿Alló?... —trato de establecer contacto con mi interlocutor—. ¿Me oye? Bueno. Pe-

ro si la huelga sigue, ¿cómo podrá el pueblo decir que sí? Si está en huelga...

—Los huelguistas nada tienen que ver con el pueblo, «mon ami». Si son huelguistas, ¿cómo van a ser pueblo? Los huelguistas son comunistas, socialistas, radicales, incluso centristas, y muchos de ellos gentes sin partido, pero no son pueblo. No sé si me comprende usted bien.

—Creo que sí, que empiezo a comprenderle...

—Los huelguistas son huelguistas. El pueblo es otra cosa. Y el buen pueblo francés dirá, naturalmente, que sí. ¿Qué otra cosa iba a decir? En los anteriores referéndum, dijo que sí. ¿Qué motivos tendría ahora para decir que no? ¿Que haya diez millones de huelguistas? ¡Pero eso no le importa al pueblo! Eso le trae sin cuidado. ¡Como si hubiera veinte! El buen pueblo no se fija en esas minucias. El buen pueblo...

—Bueno, por hoy, ya vale... —oigo que dice, esta vez sin fondo de risas, la tercera voz.

Y nos cortan la comunicación...

OTRO DEBATE

A la vista de los excelentes resultados que dio el debate que organicé por mi cuenta sobre la crisis taurina (daba la impresión de que yo era el responsable de todo...), no he podido resistir a la tentación de montar otra «mesa redonda» sobre un tema de palpitable actualidad: Oriente Medio.

Un día de estos he citado en mi despacho a distintos colegas que se ocupan de política internacional. Espero que leyendo el resumen de sus intervenciones se les disipen a ustedes las posibles dudas acerca del conflicto que opone a Israel y a los países árabes.

COLEGA N° 1: El conflicto de Oriente Medio está clarísi-

mo. Por un lado están los judíos, que, como su nombre indica, son unos judíos, y por otro, los pobres árabes, que son más buenos que el pan. Sentada esta premisa, no creo que nadie se plantee problemas acerca de a quién hay que apoyar.

COLEGA N° 2: A mí, el problema de Oriente Medio no me ha planteado nunca el más mínimo problema de conciencia, y supongo que a la inmensa mayoría de la gente le ocurre igual. Por un lado están los judíos, pueblo admirable que ha sufrido mil persecuciones a lo largo de la Historia, y por otro, los árabes, que, como su nombre indica, son unos moros, unos salvajes. Dicho esto, yo estaré siempre con los primeros.

COLEGA N° 3: El endémico conflicto de Oriente Medio es de una nitidez que apabulla. Por un lado está Israel, que es una sociedad democrática, pluralista, con Parlamento y todo eso, y por otro, los países ára-

bes, que son sociedades poco menos que feudales, donde una minoría vive a expensas de una mayoría, en su mayor parte analfabeta. Con estos datos en la mano, ¿qué dudas puede haber sobre quién lleva razón?

COLEGA N° 4: Para mí, el problema de Oriente Medio no es tal problema. Los hechos hablan por sí solos. De un lado tenemos un Estado artificial, creado por el sionismo mundial, con el apoyo del imperialismo universal, y de otro, unos pobres pueblos, los árabes, continuamente expoliados, ultrajados y maltratados por ese imperialismo que sólo apetece sus riquezas. Creo que el problema no ofrece opción.

COLEGA N° 5: Yo creo que la crisis de Oriente Medio está más clara que el vino. Por un lado está el pueblo judío, que es un pueblo trabajador y esforzado, que ha transformado un desierto en un vergel, y por otro, unos pueblos de indolentes y haraganes, que no logran

despegar del subdesarrollo, pese a las infinitas riquezas petrolíferas que poseen. ¿Quién puede dudar a quién de los dos hay que alentar?

COLEGA N° 6: Para mí, el problema de Oriente Medio es muy sencillo: De una parte están los judíos, a los que amo con toda mi alma, pero organizados en un Estado de claro carácter belicista; de otro, los árabes, a los que quiero con todo mi corazón, pero impregnados de una propaganda peligrosamente antisemita que no les beneficia en nada. De acuerdo con lo anterior, creo que ambas partes tienen razón: Judíos y palestinos tendrán que convivir en un futuro Estado judeo-árabe.

COLEGA N° 7: (al final del debate se descubrió que estaba más sordo de lo que todos creíamos): Yo creo que la razón está de parte de los vietnamitas. Tarde o temprano, los norteamericanos tendrán que encontrar una salida honorable y marcharse...

YO: Muchas gracias, señores. Con el concurso de todos hemos logrado desentrañar para el lector otro de los problemas fundamentales de nuestro tiempo.

SOLUCIONES NUEVAS
A PROBLEMAS VIEJOS

—Desde que entró en la Casa Blanca la nueva Administración norteamericana —me decía recientemente un amigo, muy preocupado por los problemas internacionales— estoy siguiendo de cerca toda una actuación, y creeme que estoy maravillado. En poco tiempo ha resuelto una serie de conflictos heredados de la anterior Administración. Y lo más interesante es que lo está haciendo con procedimientos totalmente nuevos.

Ante mi gesto de asombro prosiguió.

—Sí, hombre, sí. Coge, por ejemplo, un problema:

Vietnam. En cuatro días, como quien dice, la nueva Administración lo ha liquidado. ¿Cómo? Pues es muy sencillo: No se dan noticias de lo que pasa allí y ya está. Al no haber noticias, quíere se decir que ya no hay guerra. ¿Que qué solución se ha hallado? Todavía, ninguna, pero para eso se están reuniendo en París representantes de todas las partes en conflicto. Alguna solución encontrarán. Naturalmente, este procedimiento no se puede aplicar sin la colaboración de las grandes Agencias de noticias. Pero se ve que la Administración Nixon lo ha conseguido. ¿No es magnífico? En poco tiempo, un gran problema deja de serlo. A mí, personalmente, está fórmula me parece excelente. Yo la llamaría «fórmula Vietnam». Aplicada a cualquier otro problema, puede lograr milagros.

—Quizá sea excelente, pero tiene un gran peligro —le repliqué a mi amigo—. Y es que...

—Sí, ya lo sé —me cortó—. El gran peligro es que el día menos pensado la lucha militar alcance resultados políticos que lleguen a repercutir en Saigón. Que salte el actual Gobierno, por ejemplo. Es un riesgo que hay que correr. Pero mientras eso ocurre, el problema vietnamita no existe. ¿No es sensacional?

Nuevo gesto de escepticismo por mi parte.

—Si no te convences, toma otro ejemplo: el avión espía ese derribado por Corea del Norte. ¿Has visto por alguna parte una sola noticia en la que se recogieran las razones que han movido a un pequeño país como Corea a incurrir en las iras de una gran potencia como Estados Unidos? Seguro que no. Ni tú ni nadie. Es porque han aplicado la «fórmula Vietnam». No se habla de Corea del Norte y, por lo tanto, es como si no existiera. Al silenciar las razones de los coreanos, ya sólo quedan los argu-

mentos norteamericanos. Es intolerable... Es incalificable... Es un acto gratuito... Es una provocación... Consecuencia: se seguirá espionando y, además, con escolta. ¿No te parece un sistema eficazísimo? A mí, sí. Si la Administración demócrata hubiera hallado una solución tan sencilla a los problemas con que se enfrentaba, estoy seguro de que todavía estaría Johnson en la Casa Blanca. Pero no supieron, o no pudieron y, ¡claro!, vino la derrota. ¿Recuerdas la cantidad de información sobre la guerra de Vietnam que había en tiempos de L.B.J.? ¿Te acuerdas de todo lo que se habló con ocasión de la captura por los coreanos del buque «Pueblo»? ¡Si hasta pudimos ver mapas y documentos presentados por Corea del Norte! Sí, chico, sí; la antigua Administración no supo resolver, a diferencia de ésta, los viejos problemas internacionales..., y ¡así acabó!

EL ESPACIO Y LA POLÍTICA

Ya son varios los astronautas norteamericanos que, tras haber realizado una o varias proezas espaciales, cuelgan la escafandra y se pasan a la política.

Yo tenía interés en comentar el fenómeno con alguno de nuestros hombres públicos, y hace unos días se me presentó la ocasión.

En un cóctel que daba una artista (no recuerdo quién era ni el motivo del ágape) pude conocer a un político y, tras charlar con él de pasada sobre diversos temas generales, saqué a relucir la cuestión.

—¿Qué país, eh, esos Estados Unidos? —le dije—. Hoy voy a la Luna y mañana a Washington a ocupar tal cargo.

—¿Quiere que le diga a usted una cosa? —respondió mi interlocutor con una sonrisa

de suficiencia—. No me extraña nada. En realidad, la política y el espacio tienen muchos puntos en común. No sé lo que ocurrirá en otros países, pero lo que es en el nuestro... ¿Qué necesita una persona que se quiera dedicar a aquí a la política? —continuó—. Primero, una preparación física a fondo que le permita ir de despacho en despacho sin acusar fatiga, hacer cuantas inclinaciones y reverencias se le exijan sin que se le resientan los riñones... Luego viene la fase del lanzamiento. Hay que estar preparado a conciencia para saber colocarse en órbita. A más de uno lo han lanzado y... ha terminado estrellándose contra el suelo.

—Pero usted está hablando en sentido figurado... —objeté.

—¿Cómo en sentido figurado? —preguntó muy serio—. Estoy hablando en sentido literal. ¿Acaso duda usted de que para situarse conve-

nientemente en órbita, hay que saber pulsar en cada momento los resortes adecuados? ¡Pues entonces! Igual, igual que los astronautas.

—¿Y una vez en órbita? — le interrogué, interesado en su discurso.

—Evidentemente —si-guió—, una vez en órbita hay que saber permanecer en ella, sin perder velocidad en ningún momento, pero sin acelerarse demasiado tampoco, y cuando el momento lo requiera, saber pasar rápidamente de una órbita a otra. ¿Me entiende usted? ¿No cree que esta profesión tiene muchas semejanzas con la de astronauta? Cabeza serena, nervios de acero, reflejos rápidos. Y por supuesto, si hay que prometer la Luna, se promete. Luego ya vendrán los fallos técnicos para justificar la demora en conseguirla. Y el político en cuestión me dio la espalda y se perdió entre los grupos de personas que asistían al cóctel.

PEQUEÑA HISTORIA DE UNA AUSENCIA

—¿Por qué no se va usted a entrevistar a un norvietnamita? —me propuso hace cosa de un mes el director—. Ahí tiene usted un buen tema. Esa gente tiene que poseer algún secreto especial para poder sostener tantas guerras al mismo tiempo.

Dicho y hecho (el lector comprenderá ahora por qué ha faltado de estas páginas mi sección). Pocas horas después, tomé un avión para París. De allí, otro aparato comercial me llevó hasta Saigón. En Saigón pregunté por cualquier norvietnamita y me indicaron el camino de la jungla. Tras dos días de penosa marcha, topé con un grupo de guerrilleros armados hasta los dientes.

—¿Norvietnamitas? —pregunté en francés.

—Por supuesto —me respondió uno de ellos en la mis-

ma lengua. —¿Qué otra cosa íbamos a ser? ¿Sudvietnamitas rebeldes contra su Gobierno? Reconocerá usted que sería absurdo...

—Desde luego. No hay mente sana que pueda imaginar una cosa así.

—Usted dirá en qué podemos servirle —continuó mi interlocutor, mientras sus compañeros estudiaban atentamente un mapa.

—Soy periodista —respondí— y vengo de España. Allí no entendemos muy bien cómo pueden ustedes, siendo un pequeño país de escasos millones de habitantes, hacer tantas cosas al mismo tiempo. Ocuparse de la economía del Norte, al tiempo que lo defienden; mantener desde hace tantos años una guerra en Vietnam del Sur contra medio millón de norteamericanos y casi un millón de sudvietnamitas; sostener a la vez una guerra en Laos, otra en Camboya, según acaba de revelar el nuevo Gobierno de Phom-Penh y,

seguramente, dentro de poco, otra guerra en Thailandia... No lo entendemos, la verdad. ¿Cómo logran ustedes acudir a tantos sitios? Algún secreto tienen que poseer. En España hay quien llega a pensar que no son ustedes los que están perturbando a todo el Sudeste asiático, sino que de los distintos conflictos son responsables los ciudadanos rebeldes de cada país, que no han tenido otro remedio que levantarse en armas. Pero esta tesis es descabellada...

—Desde luego —asintió mi interlocutor, con una sonrisa de oreja a oreja—. Los responsables de todas las guerras somos nosotros y nadie más que nosotros. En efecto; tenemos un secreto, y ya que ha hecho usted un viaje tan largo, se lo voy a revelar. La clave de todo está en una fuente milagrosa que mana cerca de Hanoi. Todo aquel que bebe su agua se convierte en inmortal. ¿Ve usted qué sencillo es? Gracias a ese agua no tenemos

bajas. Nuestros muertos en combate, en cuanto se marchan los yanquis, se vuelven a poner de pie. Eso explica que podamos inmiscuirnos en los asuntos de tantos países, no sólo del Sudeste asiático, sino de otras latitudes: le confesaré que todas las guerrillas que hay por el mundo están formadas por gente nuestra. En África, en América... Y también le diré —añadió, sonriendo de nuevo ampliamente— que tenemos algo que ver con los conflictos sociales y es-

tudiantiles de los países europeos. ¿Qué quiere que hagamos, con la de gente que nos sobra, gracias al don de la inmortalidad? ¿Comprende usted?

Comprendí, me despedí, volví a hundirme en la selva, llegué a Saigón, tomé un avión, volví a tomar otro en París y, una semana después de mi partida, me hallaba de nuevo en Madrid. El resto de los días los empleé en unas vacaciones que, como premio, me concedió el director. Bien ganadas, ¿no?

**CADA MOMENTO TIENE SU
FRASE... IMAGINARIA**

CADA MOMENTO TIENE SU FRASE... IMAGINARIA

«Todos los hombres nacen iguales. La desigualdad no comienza hasta que se corta el cordón umbilical...» (Un miembro de la Unesco, en la conmemoración de los Derechos Humanos.)

«Siempre he dicho que la guerra estaba ya prácticamente ganada. Lo que nunca me preguntaron ustedes es por quién.» (General Westmoreland.)

«La Monarquía está todavía verde. Y no digamos la

República. Aquí el único maduro soy yo.» (Don Emilio Romero.)

«La guerra del Vietnam es la última guerra colonial... y la posible primera guerra nuclear.» (Bertrand Russell.)

«Si se aprueba la ley de Secretos Oficiales es muy probable que, por ejemplo, de las grandes líneas de nuestra política exterior nos tengamos que enterar por “Le Monde”...» (Don Jesús de Esperabé,

procurador en Cortes.)

«Yo no creo que los problemas universitarios se arreglen sólo con el palo. Hay que ser flexibles y alternar éste con la estaca.» (Un editorialista de «ABC».)

«Si se nos casa Jacqueline, y encima se nos casa en secreto, ¡menudo golpe duro para el periodismo mundial!» (Don Pierre Lazareff, director de «France-Soir». Frase dicha en francés, naturalmente.)

«¿Y por qué no coger a todos los estudiantes y mandarlos voluntarios a Vietnam.» (Un catedrático que aspira a ser decano.)

«Y pensar que cuando me dieron el puesto hace veinte años mi cuñado Manolo me dijo: ¡Vaya suerte, macho. De bedel, a vegetar!» (Un bedel de la Facultad de Económicas de Madrid.)

«Si el árbitro de Praga hubiera sido también del Este, se podía haber pensado en una conjura marxista de tipo internacional.» (Matías Prats, locutor de radio.)

«Si San José viviera ahora y fuera español, ya habría tenido que vender el taller de carpintería y marcharse a trabajar al Extranjero.» (P. Nicomedes Arregui, sacerdote, en su homilía del día de San José.)

«¡Ojalá que del miniclaustro salgan algo más que minisoluciones a los problemas de la Universidad, que ya no cabe minimizar!» (R.L., estudiante.)

«Si se termina la guerra de Vietnam, ¿con qué otro tema que no comprometa vamos a poder demostrar que somos progresistas?» (Un periodista.)

«Después de todo el lío de Serrat, Paco Ibáñez sale el sábado con una canción explosiva. Está visto que con estos cantantes hay que tener más cuidado que con los políticos...» (Alfredo Amestoy, periodista.)

«¿Veis, amigos? En cuanto han descubierto que compramos periódicos, han dejado de llamarnos gamberros y han empezado a llamarnos “ye-yés”.» (Un joven... «ye-yé».)

«Lo bueno que tiene el hacer críticas a la izquierda en España es que uno queda siempre como un tío valiente y audaz. Como la

izquierda no puede contestar...» (Juan Fernández Figuerroa, periodista.)

«No quiero ser presuntuosa, pero yo creo que, salvo que me pregunten cuáles son los límites del contraste de pareceres y de la concurrencia de criterios, cualquier otra prueba la puedo superar.» (Rosa Zumárraga, concursante al millón de TVE.)

«Luego dicen que no hay cauces políticos adecuados... Ha habido el Festival de Eurovisión. Ha habido el Inglaterra-España. Va a haber el España-Inglaterra. Va a haber el Manchester-Madrid.

Habrá el Madrid-Manchester... ¿Qué más quieren algunos? Yo no veo de qué nos podemos quejar...» (Un televidente.)

«Igual que en Vietnam, en Londres se demostró, gracias a Massiel, que no hay enemigo pequeño. Por ignorarlo, la Gran Bretaña muerde ahora el polvo de una amarga derrota a nuestras manos.» (Un locutor.)

«La Prensa no ha estado mal en todo este asunto de Massiel, pero tampoco se puede decir que hayan echado el resto. Ni un solo periódico ha dedicado al Festival de Lon-

dres un solo editorial...» (Un político, nombrado a dedo.)

«Si después de lo de Massiel, los del Mercado Común nos vuelven a decir mañana que no, ¡es ya para matarlos!» (Un exportador.)

«¿Massiel, dice usted? No sé, ni me importa. Hace años que no hablo de política.» (Un anciano.)

«¿Revisión del convenio colectivo dicen ustedes? Miren: enlaces o no, salgan ahora mismo de este despacho. ¿Por qué no van a pedir la revisión del convenio a los ingleses?» (Un empresario.)

«¡Ganarnos aquí!
¡Esto es ya una intolerable provocación!» (Un espectador de grada.)

«¡Qué lección de civismo! ¡Abuchear el himno de un país visitante! Programas así tendrían que estar prohibidos para los niños...» (Un espectador «de televisor».)

«¡No hay derecho a mezclar la política con el deporte! ¿A qué viene cantar el “La, la, la” durante el partido? ¡Este público es de una insensatez...!» (Un político.)

«El pueblo ha respondido bien a la llamada patriótica

que le hemos hecho. Los que han fallado han sido los jugadores. ¡Como sólo leen las secciones deportivas...!» (Un periodista.)

«Antes, el presidente de Sindicatos era, sencillamente, nombrado, y ahora va a ser designado. ¿Quién puede seguir afirmando que no se avanza por el camino de la democratización?» (Un funcionario.)

«Con una política exterior avanzada y una política interior conservadora hemos tirado diez años. Invirtamos los términos y quién sabe si podremos aguantar otros diez...»

(Un francés gaulista.)

«Las elecciones en Italia han demostrado la gran madurez de nuestro pueblo. A nadie le ha dado por promover desórdenes públicos, poniéndose, por ejemplo, a gritar: “¡Queremos elecciones a la italiana!”» (Un procurador.)

«¡A ver si entre las asociaciones políticas que se proyectan hay alguna en las que quepamos los que no somos de derecha-derecha!» (Un intelectual.)

«¡También tiene gracia que vayamos a hacer un himno hispánico

a los derechos humanos cuando aún no ha habido un solo conferenciante que haya podido tratar el tema en lo que va de año!» (Un procurador familiar.)

«Lo que está ocurriendo en Francia demuestra que la famosa sociedad de consumo puede desembocar en un inesperado consumo de pancartas, de adoquines, de gases lacrimógenos, de reivindicaciones, etcétera.» (Un sociólogo.)

«Lo más peligroso de la “nueva revolución francesa” puede ser que, entre unas cosas y otras, dure todo el verano y al buen

pueblo francés se le olvide que tiene que hacer turismo.» (Un hotelero.)

«¡Y aún hay impacientes que se quejan! A marqués expropiado por año, antes de dos siglos estará terminada la reforma agraria...» (Un procurador.)

«Quizá sea hacer humor negro, pero aunque no hayan comenzado aún los Juegos, la medalla de tiro yo se la daría ya a la Policía mexicana.» (Un dibujante.)

«¡Vaya suerte la de los guineanos! ¡Aún no son independientes y ya tienen su republiqui-

ta con sus partiditos y todo!» (Un nostálgico.)

«¡Ojalá no se reneven los acuerdos con Estados Unidos! O, por lo menos, que se lleven hacia Barcelona la base de Torrejón.» (Un madrileño.)

«Los golpes de Estado en Perú y Panamá no son nada comparados con los que va a haber si llega Nixon a la Presidencia...» (Un observador político.)

«Pues si llega Wallace, con el general ese de vicepresidente, no va a haber tiempo para aburrirse: bombarzo atómico por

aquí, bombazo atómico por allá...» (Otro observador político, que había oído el comentario del anterior.)

«No cabe invocar las leyes del mercado capitalista para destruir plátanos. Los plátanos, como todo, tienen que estar al servicio del plátano común. Perdón: quiero decir del bien común.» (Un político, que se sentía observado.)

«Hemos logrado demostrar al mundo cómo se puede poner una ciudad patas arriba en un tiempo récord. Árboles, pavimentos, monumentos... Creo que ha llega-

do el momento de tratar de demostrar cómo se la puede hacer volver a la normalidad en un tiempo prudencial...» (Un concejal madrileño.)

«¿Habré leído bien? ¿Que se va a matricular pronto en Madrid el coche n.º 700.000? ¡¡¡So-corroooo!!!» (Un madrileño.)

«¡Claro que traemos medallas de México! Medallas y escapularios. De la Virgen de Guadalupe, claro...» (Un atleta.)

«¡Lo importante es anticipar! A ver si se sacan las lecciones de México y se estructura una política deportiva de

cara a Munich...» (Un maestro.)

«Si se concediesen en los Juegos medallas de plomo para los más lentos de cada especialidad, ¡otro gallo nos cantaríamos!...» (Un crítico deportivo.)

«Y dentro de dos mesecitos, el Festival de la Eurovisión! Ahí se verá, ahí, quién es mejor en deporte...!» (Una cantante.)

«No é por presu-mil, pero a mí me ponen en la salía y me disen "Migué, que vienen lo sivilé"... y me echo a corré y gano lo sien, lo dosiento y lo dié mí metro...» (Un gitano.)

«Yo, para las pruebas de correr hubiera llevado a un torero; para las de ciclismo, a un repartidor de telegramas; para las de boxeo, a cualquier usuario del Metro; para las de vela, a un sacristán... ¿Que no hablo en serio? ¡Pues claro que no!» (Un gracioso.)

«Con Nixon en la Presidencia ya no va a hacer falta escribir ni un artículo más sobre la amenaza soviética en el Mediterráneo. A cambio de las bases en España, don Ricardo dará lo que se le pida.» (Un comentarista de política internacional.)

«Con cuatro años de Nixon en la Presidencia no vamos a ganar para sustos. Tiemblo con sólo pensar en la próxima crisis internacional...» (Un cardíaco.)

«Dentro de poco, el mundo va a salir a golpe de Estado diario.» (Un político... que no ejerce.)

«Si van a subir los impuestos de los artículos de lujo, ¿quién podrá comprar un libro?» (Un librero.)

«El clero, revuelto; los estudiantes, revueltos; los trabajadores, revueltos; el periodismo,

revuelto... La verdad es que ya sólo el mundo del fútbol continúa siendo un remanso de paz.» (Un directivo.)

«¿Qué les dije yo cuando la visita a España de Severo Ochoa? En cuanto empiece la Copa de Europa, aquí no hablará ya de retorno de cerebros nadie...» (Un investigador.)

«No es porque los hayan prohibido, pero a mí los juicios críticos me parecían una cosa muy positiva.» (Un catedrático.)

«Pues eso de los juicios críticos no es ninguna tontería, no. Si le hicié-

ramos uno al patrón, para que nos hablase de los beneficios o de los planes de producción, más de una cosa interesante se iba a oír...»
(Un trabajador.)

«Eliminados de la Copa de Europa y con la Liga prácticamente decidida, ya puede echar el resto la selección nacional. Si no, se va a crear un vacío peligroso que no sé con qué vamos a poder llenar...»
(Un técnico de televisión.)

«Nunca acabaré de entender el fenómeno que se repite por estas fechas todos los años: en cuanto empieza a nevar

y a hacer frío, los precios se descongelan que es un primor...» (Un meteorólogo.)

«¿Si seré un pobre bruto que no tiene sensibilidad? Medio mundo conmocionado con la crisis monetaria, y yo aquí tan fresco...»
(Un basurero.)

«Hay días en que parece que se han escondido todos los taxis. Taxiiiiii!»
(Un peatón.)

«La sociedad de consumo acabará consumiéndonos si antes no nos ha atomizado el átomo.» (Un filósofo.)

«... También os agradecería, carísimos Melchor,

Gaspar y Baltasar, unos cuantos bancos para la iglesia. Cualquier día me van a organizar una ocupación dentro de ella, y tampoco es cuestión de que la gente se me siente por los suelos...»
(De la carta de un párroco.)

«Ya sé que es una cosa muy difícil, pero me gustaría que me trajerais una cámara de televisión que coja las cosas que pasan en el país: las que tenemos ahora sólo captan lo epidérmico: discursos, imposición de condecoraciones, festejos...» (De la carta de un técnico de televisión.)

«... por eso, el mejor regalo que podíais hacernos es que en lugar de traernos cosas, os llevaseis lo que queda de subdesarrollo, lo que queda de viejas estructuras (que son casi todas), lo que queda de analfabetismo, lo que queda...» (De la carta —pública— de un escritor.)

«... por eso mi consejo es que este año os presentéis no como los Reyes Magos, sino como los Regentes Magos, no sea que vaya a haber un error y no os dejen entrar...» (De la carta de un carlista.)

«Después de la toma de posición de los abogados sobre el problema de los presos políticos, ¿nos vamos a quedar los procuradores sin decir esta toga es mía?» (Un procurador.)

«Las medidas restrictivas para las canciones extranjeras había que extenderlas a la literatura de importación. A ver si la juventud dejaba de leer al Sartre y al Marcuse ese y recuperaba la calma leyendo más a Benavente o a Gabriel y Galán.» (Un escritor de quinta fila.)

«Es mucho cuguioso este país. En menos de cinco

años que estuve fuega de aquí, el anticleguicalismo se ha pasado de la izquegda a la deguecha...» (Un antiguo coguesponsal extranjero en España.)

«¡Ya no faltaba más que esto: Que saliera un obispo apoyando a los mineros! ¡Cómo les faltan apoyos...!» (Un empresario.)

«¡Tanto Oriente Medio, tanto Oriente Medio! Lo que había que hacer era expulsar de allí a todos: a los judíos y a los árabes.» (Un racista antisemita y antiárabe.)

«Sólo tendrá veintiocho días febre-

ro, pero la verdad es que muchas veces parece que tiene cuarenta o cincuenta.» (Un maestro.)

«Y dentro de dos semanas, ¡otra vez a votar en Francia! No hay derecho a que unos tengan tanto y otros tan poco...» (Un estudiante.)

«Lo que ha ocurrido con el “imperio” industrial de Barreiros era inevitable; además, ya lo decía el refrán: cría capital extranjero y te sacará los ojos.» (Un economista.)

«¡Qué lástima que la Feria del Libro se celebre tan sólo una vez al año!

Ahora, a esperar otros doce meses para poder comprar otro libro...» (Un panadero.)

«¡Como no encuentre doscientas pesetas para sacar mi invento de la casa de empeños no sé cómo voy a poder acudir al Salón del Invento español!» (Un inventor.)

«Cada vez está más claro que Cabo Kennedy es algo así como el Hollywood del espacio. “Star system”, publicidad... Los rusos, por su parte, lanzan naves espaciales igual que producen películas: siguiendo el método de “a la chita

callando”...» (Un director de cine.)

«No cabe duda de que la conquista de la Luna inaugura una nueva era. Lo que hay que desear es que el cierre de la era anterior no termine como el rosario de la aurora: a farolazos. A farolazos atómicos, claro...» (Un filósofo.)

«Unos, conquistando la Luna. Y nosotros, discutiendo si las asociaciones deben o no deben ser ideológicas... ¡Le digo yo a usted...!» (Un viajante.)

«¡Si no puede ser! Tanto hablar, de un tiempo a esta

parte, los periódicos de política, ¿qué queremos que ocurra? Pues que los jugadores salen al campo desconcertados, sin moral...» (Un empleado del estadio Bernabéu.)

«Yo también me alegro de la victoria como nadie, pero me parecería excesivo que para celebrarla se concediera en todo el país una paga extraordinaria. ¿Ven ustedes?: Lo de una amnistía ya no me parece tan descabellado...» (Un político.)

«No hay quien te entienda, Pepe. ¿A qué viene ahora esa perra de que si

nace niño le llamemos Ladislao?» (Un ama de casa.)

«Para quedar ya como unos verdaderos héroes, los jugadores nuestros deberían renunciar a la prima económica, como diciendo: “Nosotros defendemos los colores nacionales echando el resto y sin necesidad de primas”.» (Un idealista.)

«Si es cierto que en 1970 el 95 por 100 de los trenes de la Renfe han llegado sin retraso, esto no es un país en vías de desarrollo, sino un país archirrequetesperdesarrollado.» (Un viajante.)

«Ahora que han autorizado una manifestación en Toledo Contra el Hambre, no estaría mal que autorizasen otra en cualquier otra ciudad a Favor de la Comida.» (Un tornero.)

«Mira que si hicieran de verdad una reforma agraria, tendría gracia la cosa, ¿eh?» (Un bracero.)

«El Gobierno podía haber aprovechado, y con el de Objetores de Conciencia, retirar el proyecto de Reforma de la Ley de Orden Público...» (Un abogado.)

«Para el futuro habrá que ir pen-

sando en inventar un método de designación más seguro que el del dedo...» (Un pensador... oficial.)

«Tal como fue a las Cortes, el proyecto de Ley de Comarcas y Fincas Mejorables no era nada del otro jueves; pero tal como ha quedado se podría llamar proyecto de Ley sobre Comarcas y Fincas Inmejorables.» (Un perito agrícola.)

«¡También es mala suerte! Con lo bien que nos hubiera venido la victoria de Ocaña este año que se conmemora la batalla de Lepanto... va el

pobre y se cae.» (Un concejal.)

«Puestos a televisar al mundo entero espectáculos originales propiamente ibéricos, ¿por qué no retransmitir un debate de las Cortes? ¡Lo que se iban a divertir en algunos países oyendo ciertas discusiones!» (Un periodista.)

«Hay que ver lo duros que somos. La OTAN venga a hacernos guiños y nosotros como si nada, sin decir esta alianza es nuestra.» (Un recluta.)

«Si al antiguo “arresto” se le va a llamar desde ahora “responsa-

bilidad personal subsidiaria”, no sería extraño que dentro de poco a las cárceles se les empiece a llamar “hoteles enrejados donde los gastos son a cuenta del Estado”.» (Un abogado.)

«Eso es periodismo, ¡sí señor!, el que hacen en el “New York Times”, y no el que se hace por otras latitudes...» (Un estudiante.)

«Otro combate que ha ganado Cassius Clay. ¡Y éste sí que era importante!» (Un abogado.)

«Lo mejor va a ser no leer el periódico. El mismo día, y en la misma pági-

na, venía la noticia de la creación de la primera empresa comercial hispano-soviética, al lado de la conferencia pronunciada por un obispo francés en una logia masónica. ¿Hasta dónde vamos a llegar?» (Un integrista.)

«¡Menos mal que la Ponencia ha modificado mucho el proyecto de ley de Comarcas y Fincas Mejorables! A poco que lo modifique ahora la Comisión que lo va a dictaminar, ¡a se-

guir durmiendo a pierna suelta!» (Un latifundista.)

«Esto que tenemos aquí es un Sindicato, esto, y no lo que tienen por ahí afuera...» (Un enlace sindical..., elegido por sus compañeros.)

«Las noticias nacionales de todo orden son hoy tan ricas y numerosas que apenas vamos a poder dedicar espacio en este “Telediario”, a la información del Extranjero.» (Un locutor de TVE.)

«Gracias al Estatuto del preso político se puede decir que casi es un placer pasarse uno o dos meses en Carabanchel.» (Un ex preso no común.)

«Por vez primera en los últimos años, el turismo ha dejado de ser el principal pilar de nuestra economía y, en cuanto acabe el proceso acelerado de industrialización, las remesas de divisas de los emigrantes dejará de ser el segundo.» (Un economista.)

**ANUNCIOS DE ACTUALIDAD
POR PALABRAS**

ANUNCIOS DE ACTUALIDAD POR PALABRAS

«Vendo casco protector de acero, ideal personas izquierdas o pacifistas. Garantizado contra balas.»

«Alquilo finca ideal conversaciones de paz. En plena Sierra, aislamiento total, acceso prácticamente imposible periodistas. Teléfono, “telex”, radio, circuito cerrado TV, pista helicópteros.»

«Cedo gratis radio y televisión hasta que pase fiebre Massiel. Abonaré gastos mantenimiento.»

«Cambio vestuario completo talla 40 por vestuario talla 38. Casi totalmente nuevo, pero insertable consecuencia política austeridad.»

«Contrato seis meses adivino, sepa descifrar noticias políticas, noticias sociales, noticias económicas. Sueldo a convenir.»

«Cambiaría hijo estudiante, veinte años, por hijo empleado, misma edad.»

«Alquilo nave industrial vacía,

gran capacidad, ideal reuniones sindicales. Máxima discreción.»

«Redactor sucesos, treinta años experiencia, se ofrece comentarista política internacional. Preferible periódico gran tirada.»

«Hágase el sordo con falsos “sonotones” Sony. Ideal jefes personal, dirigentes sindicales, profesores Universidad... Muy acreditados entre cuerpo diplomático. Variado surtido plástico y forma. Desde 15 pesetas.»

«Cambiaría terrenos cerca Torrejón Ardoz por otros incluso más pequeños situados cualquier lugar Península, excepto proximidades Zaragoza y Rota. Razones... familiares. Teléf. 333443355.»

«Envases plomo, aptos toda clase bebidas alcohólicas y refrescantes, muy adecuados estadios, plazas toros, imposible lanzarlos persona normal a más de dos metros distancia. Representante exclusivo Madrid, Gutiérrez. Teléfono 3123123123.»

«Escritor acreditado vende buenas condiciones siete textos conferencias

inéditas sobre derechos humanos. Ideal publicación editoriales argentinas o mejicanas.»

«Profesor Universidad situación económica insostenible busca trabajo oficina, indiferente remuneración, pero puesto seguro. Nociones contabilidad.»

«Alquilo pequeño local apto futura asociación. Capacidad, dos-tres personas holgadamente; cinco-seis personas un poco apretadas. Calefacción, mesa camilla, parchís. Teléfono 22452743.»

«Importante diario madrileño contrataría por horas

traductor de español a castellano para interpretación noticias referentes debates políticos. Enviar "currículum vitae": apartado 5.001.»

«CAMBIARÍA hermosa finca cinco hectáreas próxima Guadalajara por entrada Festival Eurovisión; indiferente butaca o gallinero. Escribir apartado 15.022, Madrid.»

«PRIMER VIAJE TURÍSTICO A LA LUNA. Vaya pagando desde hoy su pasaje para dentro de veinte años. Si para entonces no se puede realizar aún, devolveremos dinero. AGENCIA LINCE.

Información sin compromiso, calle Alegría, 27.»

«PISOS en la Luna acogidos al Tratado sobre el Espacio Exterior de 12-5-1968, aprobado por los “grandes”. Muchas facilidades. Entrada desde 200.000 pesetas. Máxima seriedad. **URBANIZADORES GERMÁN.**»

«Aristócrata vende pueblecito manchego casi vacío a causa emigración. **GRAN PLAZA** porticada apta para corridas de toros. **MUY CERCA DE MADRID.** Precio total: diez millones de pesetas, incluido alguacil municipal apto para ha-

cer el despeje de plaza. Escribir condiciones a Serrano. 2.015. Discreción garantizada.»

«Liquido, a precio casi regalado, listas con nombres referentes a pasado cambio de Gobierno. Llamar mañanas al teléfono 4527781522. Dato para coleccionistas: algunas listas están en verso.»

«Abogado jubilado redacta, tarifa módica, telegramas y cartas de dimisión. Frases rotundas, argumentos irrefutables, prosa bellísima, pese a ser técnica. Cobro por palabra. Teléfono

255774000. Señor Martínez.»

«Vendo brújula toda garantía, ideal para estudiantes necesitados orientarse camino nuevas Facultades. Oportunidad única. Comprada a antiguo oficial de marina alemán. Precio a discutir. Apartado 520.135. Madrid.»

«Diplomático español retirado, medio siglo experiencia, ofrecería, precio convenir, fórmulas posible paz negociada en Vietnam, a base de retirada, pero sin perder la cara. Teléfono 45789135.»

«¡Mantenga sus precios disminu-

yendo el peso!
Balanzas MERMA.
 Graduables a voluntad. Modelo “standard”, con kilos de ochocientos cincuenta gramos. En Navidades, no olvide para su comercio **BALANZAS MERMA.** Servimos pedidos con toda rapidez. Tel. 245274351.
 En Barcelona, teléfono 5270233.»

«Antiguo zahorí, actualmente especialista en detección socavones, reventones, tuberías, escapes gas, **OFRECE** sus servicios, preferentemente organismos municipales. Cobro “a posteriori”. Eficacia garantizada. Teléfono 819000071.»

«Turista norteamericano asistente por primera vez a feria San Isidro **COMPRA**, no importa precio, cabeza disecada del caballo-picador que mató a Manolete. Dirigirse Míster Harris, hotel Castellana Hilton, Madrid.»

«**ALQUILO** espacioso local apto futura sede social para posible Asociación de Acción Política. Amueblado, dotado de mesa de billar, fútbol, “flippers”, juegos diversos... Apartado 325.415, Madrid. **INTERMEDIARIOS ABS-TENERSE.**»

«Político con ambiciones **INVITA**

comer, sitio y fecha a convenir, escritores conocidos que lo deseen. Requisito mínimo: dos libros publicados. Teléfono 514274509.»

«**TRASPASO** inmejorables condiciones negocio con nombre norteamericano. **Marcha inmejorable.** Razones: salud delicada incapaz soportar sobresaltos, abundantes desde invasión norteamericana a Camboya. **Ofertas al Apartado de Correos 123-ABC.** Madrid.»

«Escaparates a prueba de piedras: **LUNAS “SOL”.** ¡Únicas en su género!»

«“CÓMO PERDER UNA GUERRA SIN PERDER LA CARA”. Ahora en inglés. ¡El “best-seller” del año!

Envíos directamente a Estados Unidos. Pedidos al autor. Calixto. Barrio de Campamento, bloque 7, número 15, Madrid.»

«Ante aparición matrícula M-800000, REGALO coche al primero que se presente, a cambio cien tacos billetes de Metro. Teléfono 516127501.»

«Practique alpinismo sin salir de Madrid. Excursiones dominicales a las principales obras de la capital. As-

censión de zanjas, escalada de casas ruinosas. Cuotas baratísimas. CLUB ALPINO URBE.»

«Su periódico de la mañana: BOLETÍN OFICIAL DEL ESTADO. El único diario “político” nacional. Formato cómodo. ¡Suscríbase al BOE!»

«VENDO mina hulla todavía muy rentable. Razones familiares (familiares a todo el mundo). Doscientos cincuenta hombres plantilla. Escribir AGENCIA ASTUR, que transmitirá.»

«Destroce escapes de librerías sin necesidad de bajarse del coche ni dejar huellas:

utilice un “boomerang”. Representante exclusivo para España, FERRETERÍA CARPETOVETONIA, calle Mayor, 1.115, Madrid. Se sirven pedidos al resto de España.»

«¡Diplomáticos!: Nunca estorba saber jugar al ping-pong. Baje tripa al tiempo que completa su formación, aprendiendo este deporte tan importante en las actuales relaciones internacionales. Clases a domicilio. BILLARES SAN BERNARDINO, Madrid, Teléfono 549221106.»

«Cofrade agobiado por familia que ya no quiere pasar

más Semanas Santas en Madrid REGALA al primero que se presente túnica, capuchón, cirio y demás accesorios procesionales. Teléfono 543278311.»

«Antiguo ministro daría clases de humildad a grupo reducido de políticos en activo. Horario y honorarios a convenir, resultados rápidos garantizados. Texto base: las “florecillas” de San Francisco de Asís. Teléf. 367584432, tardes (mañanas ocupadas en Universidad).»

«Licenciado en Letras en paro SE OFRECE para rellenar impresos del censo. Tarifa módica. Precio especial para familias analfabetas o semianalfabetas. Teléfono 455326781.»

«¡Venga a nuestros saldos! Irá echo una birria y sólo comprará porque-rías, pero se ahorrará dinero. Para saldos “SÁNCHEZ BOUTIQUE”.»

«Técnico municipal especialista en socavones DESEARÍA trabajo en em-

presa petrolífera, preferentemente nacional. Una verdadera autoridad en subsuelos. Enviar ofertas a Apartado 245-A-129, Madrid.»

«Sombrero impermeable, con paraguas incorporado, que deja las manos completamente libres para aplaudir o pitar, idóneo para ferias taurinas pasadas por agua. Fabricante exclusivo en España, Parapluie-Ibérica, S. A., avenida Generalísimo, 1.234, Madrid. Venta al por mayor y al detalle.»

**LOS VERBOS
(MUY IRREGULARES)
DEL MOMENTO**

LOS VERBOS (MUY IRREGULARES) DEL MOMENTO

EXPROPIAR

Yo pido la reforma agraria.

Tú pides la reforma agraria.

Él dice que sí.

Nosotros pedimos la reforma agraria.

Vosotros pedís la reforma agraria.

Ellos expropián la finca de un marqués.

TENER COCHE

Yo tengo coche.

Tú tienes coche.

Él va a tener coche.

Nosotros tenemos coche.

Vosotros tenéis coche.

Madrid es un infierno.

BUSCAR (Y ENCONTRAR) PISO

Yo busco piso.

Tú buscas piso.

Él sube los alquileres.

Nosotros encontramos piso.

Vosotros encontráis piso.

Ellos se forran.

VER («LA TELE»)

Yo veo la «tele».

Tú ves la «tele».

Él no ve la «tele».

Nosotros somos felices.

Vosotros sois felices.

Ellos piensan.

HABLAR

Yo hablo de democracia.

Tú hablas de democracia.

Él habla de democracia.

Nosotros hablamos de democracia.

Vosotros habláis de democracia.

La gente está hecha un lío.

EMIGRAR

Yo soy un cerebro.

Tú eres un cerebro.

Él nos desprecia.

Nosotros emigramos.

Vosotros emigráis.

Ellos compran patentes extranjeras.

ODIAR

Yo odio los festivales de canción.

Tú odias los festivales de canción.

Él se toma a pecho los festivales de canción.

Nosotros somos bichos raros.

Vosotros sois bichos raros.

Ellos son sumamente felices.

COMPRAR

Yo compro un libro.

Tú compras un libro.

Él compra un libro.

Nosotros compramos un libro.

Vosotros compráis un libro.

Nous vivons tous en France.

VOTAR (DE NUEVO)

Yo vuelvo a votar.

Tú vuelves a votar.

Él vuelve a votar.

Nosotros somos franceses.

Vosotros sois franceses.

Ellos nos envidian.

SER INVENTOR

Yo soy inventor.

Tú eres inventor.

Él es inventor.

Nosotros somos inventores.

Vosotros sois inventores.

Ellos compran patentes extranjeras.

ABURRIRSE

Yo me aburro.

Tú te aburres.

Él se aburre.

Nosotros lanzamos la bomba H.H.

Vosotros lanzáis la bomba H.H.

Los periódicos aumentan la tirada.

PAGAR

Yo pago impuestos indirectos.
Tú pagas impuestos indirectos.
Él paga impuestos indirectos.
Nosotros pagamos impuestos indirectos.
Vosotros pagáis impuestos indirectos.
¿Para qué subir los impuestos indirectos?

SER

Yo soy alcaldesa.
Tú eres procuradora.
Ella es decano.
Nosotras tuvimos suerte.
Vosotras tuvisteis suerte.
Porque ellas no pueden ser apoderados taurinos.

ANUNCIAR

Yo anuncio que Mao ha muerto.
Tú lo entierras.
Él (Mao), reaparece en público.
Nosotros deducimos.
Vosotros deducís.
que China es un país desconcertante.

HONRAR

Yo honro la memoria de Gandhi.
Tú también.
Él se une al homenaje.
Pero nosotros somos conscientes.
Y vosotros también.
De que aquí los Gandhi tienen poco que hacer.

CONCURRIR

Yo concurreo al premio Planeta.

Tú también.

Él ídem de ídem.

Nosotros no tenemos nada que hacer.

Ni tampoco vosotros.

Porque ellos premian siempre a un famoso.

EMPEZAR

Yo empiezo la temporada en América.

Tú también.

Él otro tanto.

Nosotros somos catedráticos.

Vosotros sois profesores.

En vez de cuerpo docente parecemos toreros...

LANZAR

Yo lanzo el rumor de crisis (ministerial).

Tú lo difundes.

Él lo propaga.

Nosotros lo comentamos porque es de «buena tinta».

Vosotros no habláis de otra cosa.

Y los años van pasando...

DIMITIR

Yo dimito.

Tú dimites.

Él dimite.

Nosotros dimitimos.

Vosotros dimitís.

Ellos ya no saben si esto es fútbol o política.

PRACTICAR

Yo practico el pluriempleo.

Tú escalas el escalafón.

Él lanza rumores.

Nosotros luchamos a brazo partido con la vida.

Vosotros corréis detrás de los precios.

¡Y aún nos invitan a hacer deporte!

SER (MAESTRO)

Yo soy maestro.

Tú eres maestro.

Él es maestro.

Nosotros decimos.

Vosotros decís.

Que menos homenajes y más sueldo.

SER (TIEMPO PASADO)

Yo fui agricultor.

Tú también.

Él otro tanto.

Nosotros tuvimos que emigrar.

Vosotros tuvisteis que emigrar.

¡Veréis qué poco tardan en emigrar los pocos campesinos que van quedando!

SER (UN RUMOR)

Yo soy un rumor.

Tú eres un rumor.

Él es un rumor.

Nosotros vamos de boca en boca.

Vosotros vais de boca en boca.

Ellos (los hechos) se mueren de envidia...

VENIR

Yo vengo (de Francia) a pasar la Navidad.
Tú vienes (de Alemania) a pasar la Navidad.
Él viene (de Bélgica) a pasar la Navidad.
Nosotros y vosotros deseearíamos
Pasar la Navidad en esos países,
Pero viviendo y trabajando aquí durante el año.

COMPRAR

Yo compro el periódico.
Tú tampoco.
Él no.
Nosotros (los lectores) somos cuatro.
Porque vosotros sólo «leéis» la «tele».
¡Y venga a salir diarios nuevos en el país!

SER (TIEMPO PASADO)

Yo fui nazi.
Tú fuiste fascista.
Él fue antisemita.
Nosotros seguimos siendo racistas.
Vosotros seguís siendo racistas.
Sólo que ahora nuestro racismo es antiárabe.

IR

Yo voy a la escuela.
Tú, también.
Él, otro tanto.
Nosotros somos niños franceses (o ingleses).
Vosotros sois niños suizos (o alemanes).
En España siguen faltando puestos escolares.

SABER

Yo no sabía leer ni escribir.

Tú no sabías leer ni escribir.

Él no sabía leer ni escribir.

Nosotros sabemos ya deletrear.

Vosotros sabéis ya poner vuestro nombre.

¡Ya hay quien no nos considera analfabetos!

HABLAR

Yo hablo de MATESA.

Tú hablas de MATESA.

Él habla de MATESA.

Nosotros hablamos de MATESA.

Vosotros habláis de MATESA.

¡Menos mal que la Liga empieza pronto!

SUBIR

Yo subo la cuesta de enero.

Tú también.

Él otro tanto.

Nosotros vamos renqueando.

Vosotros llegáis sin aliento.

Ellos (la mayoría) se quedan en la cuneta.

PEDIR

Yo pido una peseta de aumento.

Tú me secundas.

Él nos la niega.

Nosotros nos paramos.

Vosotros os paráis.

Entonces se dice que el conflicto es político.

VER

Yo veo los telefilms.

Tú vas a películas del Oeste.

Él lee «tebeos» de «gangsters».

Nosotros somos escolares.

Vosotros sois escolares.

¡Ay, qué risa nos da el Día Escolar de la No Violencia!

CONDECORAR

Yo te condecoro.

Tú me condecoras.

Él nos condecora a los dos.

Nosotros os condecoramos.

Vosotros nos condecoráis.

¿Hay algún país donde se condecobre más que aquí?

DESVIVIRSE

Yo me desvivo por los demás.

Tú te desvives por los demás.

Él se desvive por los demás.

Nosotros somos enlaces (sindicales).

Vosotros sois enlaces (sindicales).

Ellos nos ponen de patitas en la calle.

CONVIVIR

Yo convivo (contigo).

Tú convives (conmigo).

Él convive (con nosotros).

Nosotros, vosotros y ellos convivimos.

Porque ¿qué otro remedio queda...

...cuando se es del mismo país.

LLEVAR

Yo llevo barba.

Tú llevas barba.

Él lleva barba.

Nosotros llevamos barba.

Vosotros lleváis barba.

¡Ya no hay quien distinga la derecha de la izquierda!

MIRAR

Yo miro a europa.

Tú miras a Europa.

Él mira a Europa.

Nosotros miramos a Europa.

Vosotros miráis a Europa.

¡Cuánto tarda ese Festival de Eurovisión!

ORGANIZAR

Yo organizo un golpe de Estado aquí.

Tú organizas una invasión allá.

Él organiza un complot más allá.

Nosotros somos de la C.I.A.

Vosotros sois de la C.I.A.

¡Cómo cambiaría el mundo si la C.I.A. fuera progresista!

COMER (FORMA NEGATIVA)

Yo no como carne.

Tú, tampoco.

Él, tampoco.

Nosotros no comemos carne.

Vosotros no coméis carne.

¡Siempre es Cuaresma para los del salario mínimo!

PEDIR

Yo pido la retirada de U.S.A.

Tú pides la retirada de U.S.A.

Él pide la retirada de U.S.A.

Nosotros somos vietnamitas.

Vosotros sois laosianos.

Ellos son (¡caramba!) españoles.

FUNDAR

Yo fundo una editorial.

Tú fundas una editorial.

Él funda una editorial.

Nosotros fundamos una editorial.

Vosotros fundáis una editorial.

Pronto habrá más editoriales que lectores.

PONER

Yo pongo un «pero».

Tú pones un «pero».

Él pone un «pero».

Nosotros ponemos un «pero».

Vosotros ponéis un «pero».

Y así va de despacio la ley de Educación...

POLEMIZAR

Yo polemizo.

Tú polemizas.

Él polemiza.

Nosotros polemizamos.

Vosotros polemizáis.

El lector medio sigue sin enterarse de nada.

ALEGRARSE

Yo me alegro.

Tú te alegras.

Él se alegra (al menos, se supone).

Nosotros nos alegramos.

Vosotros os alegráis.

De que no aparezca negro el futuro del carbón.

SER

Yo soy mujer.

Tú, también.

Igual que ella.

Nosotras somos mayoría.

(Ya lo sabéis bien vosotras.)

Pero el mundo sigue siendo de ELLOS.

PEDIR

Yo pido la abolición de la pena máxima.

Tú también.

Él otro tanto.

Nosotros somos abogados.

Vosotros sois abogados.

¡Ojalá se haga histórico el Congreso de León!

AHOGARSE

Yo me ahogo.

Tú te ahogas.

Él se ahoga.

Nosotros nos ahogamos.

Vosotros os ahogáis.

Mientras ellos se limitan a decir que Madrid
está contaminado atmosféricamente.

SUBIR

Yo subo el teléfono.

Tú subes las tarifas ferroviarias.

¿Qué subirá él próximamente?

Nosotros subimos esto.

Vosotros subís lo otro.

Ellos tendrán que subir su grado de pluriempleo.

INGRESAR (EN PRISIÓN)

Yo ingreso en prisión.

Tú ingresas en prisión.

Él ingresa en prisión.

Nosotros somos accionistas.

Vosotros sois accionistas.

Quién se hubiera creído esto hace unos años, ¿eh?

PENSAR

Yo pienso en Europa.

Tú piensas en Europa.

Él piensa en Europa.

Nosotros pensamos en Europa.

Vosotros pensáis en Europa.

¡Ahora a aprender a pensar «en europeo»!

MANIFESTARSE

Yo me manifiesto (en la Gran Vía).

Tú también.

Él hace lo mismo.

Nosotros llevamos pancartas.

Vosotros lleváis pancartas.

(Alusivas, por supuesto, al regreso de Raphael.)

INDIGNARSE

Yo me indigno (como buen israelí).

Tú te indignas.

Él se indigna.

Nosotros nos indignamos.

Vosotros os indignáis.

De que los árabes derriben los aviones
con que les vamos a bombardear...

BRONCEARSE

Yo me bronceo.

Tú te bronceas.

Él se broncea.

Nosotros nos bronceamos.

Vosotros os bronceáis.

Los de la construcción veraneamos en la Costa del «tajo»...

HACER (ALPINISMO)

Yo hago alpinismo (a diario).

Tú haces espeleología (a diario).

Él hace carreras de obstáculos (a diario).

Nosotros pasamos el verano en Madrid.

Vosotros pasáis el verano en Madrid.

¡Y aún nos quejábamos de las obras públicas invernales!

CONTAMINARSE

Yo me contamina.

Tú te contaminas.

Él se contamina.

Nosotros vivimos en Bilbao.

Vosotros vivís en Barcelona o Madrid.

¡Y aún hay quien no fuma por no agarrar el cáncer!

INFORMAR

Yo informo sobre Oriente Medio (media hora).
Tú informas sobre el Ulster (un cuarto de hora).
Él informa sobre Italia (diez minutos).
Nosotros trabajamos en TVE.
Vosotros trabajáis en TVE.
Y así de «nacionales» salen los «telediarios».

RODAR

Yo ruedo en España.
Tú ruedas en España.
Él rueda en España.
Nosotros rodamos en España.
Vosotros rodáis en España.
Todo el mundo rueda en España,
salvo los directores de cine españoles.

ABRIR

Yo abro un café teatro.
Tú abres otro.
Él abre otro.
Nosotros abrimos un café-teatro.
Vosotros abris un café-teatro.
Para que ellos ni vean teatro ni tomen café.

HABLAR

Yo hablo de Allende.
Tú hablas de Allende.
Él habla de Allende.
Nosotros hablamos de Allende.
Vosotros habláis de Allende.
Del Allende de allende los mares, ¡claro!

APOYAR

Yo apoyo al *New York Times*.

Tú apoyas al *New York Times*.

Él apoya al *New York Times*.

Nosotros apoyamos al *New York Times*.

Vosotros apoyáis al *New York Times*.

Porque por algo está en juego la libertad de expresión.

SER

Yo soy chino.

Tú eres chino.

Él es chino.

Nosotros somos chinos.

Vosotros sois chinos.

¡Ellos descubren ahora que sumamos 700 millones!

BRONCEARSE

Yo me bronceé.

Tú te bronceaste.

Él se bronceó.

Nosotros nos bronceamos.

Vosotros os bronceasteis.

Porque aquí los segregados son los blancos.

VOTAR

Yo votaré.

Tú votarás.

Él votará.

Nosotros votaremos.

Vosotros votaréis.

Ellos están que no se lo creen...

CONDENAR

Yo condeno la guerra (de Vietnam).

Tú también.

Él lo refleja en una encuesta.

Nosotros somos norteamericanos.

Vosotros sois norteamericanos.

Ellos siguen considerándonos una minoría (del 58 por 100).

DIMITIR (TIEMPO FUTURO)

Yo dimitiré.

Tú dimitirás.

¿Tendrá que dimitir también él?

Nosotros dimitiremos.

Vosotros dimitiréis.

¡Qué desgracia ser entrenador, en vez de ser político!

SUBIR

Yo subo.

Tú subes.

Él subirá pronto.

Nosotros somos precios.

Vosotros sois precios.

¡Qué risa dan a nuestro lado los cohetes
espaciales de USA y de la URSS!

**LAS NOTICIAS DEL DÍA...
DE MAÑANA**

LAS NOTICIAS DEL DÍA... DE MAÑANA

BARCELONA

Circulan rumores insistentes de que va a ser autorizada la publicación de un periódico diario escrito totalmente en catalán. Los últimos rumores de este tipo circularon en 1969, y desde entonces no se habían oído comentarios sobre este asunto. Puestos en contacto con un funcionario de la Delegación Provincial de Información y Turismo, nos ha respondido: «No sé nada concreto, pero no me extrañaría nada que sean ver-

dad esos rumores.

Yo soy de Toledo y llevo dos años viviendo aquí, y me resulta realmente chocante que no se publique ni un solo diario en catalán, cuando es notorio que ésta es una ciudad bilingüe. No entiendo por qué la minoría castellana dispone de tantos periódicos escritos en su lengua, mientras que la mayoría catalano-parlante no tiene un mal diario en catalán que echarse a los ojos.»

CUENCA

«No he leído el proyecto de ley

Sindical, pero lo encuentro muy bien», ha declarado un guardabarrera que presta sus servicios en la estación de ferrocarril de esta ciudad. Si la memoria no nos falla, ésta es la primera opinión autorizada favorable al proyecto de ley Sindical que se registra en los últimos quince meses.

NUEVA YORK

En la próxima votación se da por seguro el ingreso de China Popular en las Naciones Unidas, máxime cuando el repre-

sentante de China nacionalista ha anunciado sin equívocos que Formosa piensa retirarse voluntariamente de la O.N.U. El delegado de Formosa ha manifestado: «Realmente, es ridículo que seamos nosotros los que estemos en las Naciones Unidas en vez de la China continental, que con sus 700 millones de habitantes es el país más numeroso de la Tierra.»

CABO KENNEDY

En un mensaje recibido desde el Mar de la Paz, donde se posó ayer el módulo lunar de la nave «Apolo XXXIV», los cua-

tro astronautas han anunciado su propósito de no realizar ninguno de los experimentos sobre la superficie lunar previstos en el programa. Esta decisión la han tomado para protestar contra la segregación racial que existe en las escuelas norteamericanas. «En vez de salir del módulo lunar —parece ser que dijo el comandante Phillips— nos estaremos dentro todo el tiempo, echando un póquer. Esperamos que nuestro gesto de protesta ayude a lograr la integración rápidamente.» Como se sabe, tres de los astronautas de «Apolo XX-

XIV» son personas de color.

IRÚN

Por vez primera desde hace casi un año ha vuelto a ser autorizada la entrada en España del diario vespertino parisiense «Le Monde». Es muy probable que mañana estén ya a la venta los ejemplares en las principales capitales, sobre todo Madrid y Barcelona. Un funcionario de Aduanas ha comentado, refiriéndose al tema: «Me parece una medida muy sabia. ¿Por qué no se va a vender en los quioscos un periódico que sólo es leído por una minoría? Si se vendiera como

«El Caso» ya sería otra cosa. Pero para cuatro barbudos que lo leen, ¿qué se gana prohibiéndolo?

MADRID

«A algunos les parecerá una aberración, e incluso una traición, pero la verdad es que me alegro de que el Bilbao haya ganado por tercera vez consecutiva la Liga y la Copa desde 1969. Es un equipo hecho a base de cantera local, y ésa es la única manera de que nuestro fútbol vaya para arriba», ha manifestado el presidente del Real Madrid, don Santiago Bernabéu. «Eso es lo que hace falta:

crear valores propios y dejarse ya de importar figuras extranjeras. El triunfo del Bilbao es el triunfo de todos los equipos modestos, de los que no despilfarran millones, como el Barcelona o como nosotros. Sí, señor. A partir de ahora, esa es la pauta que vamos a seguir en el Real Madrid. Si no me expulsan de él después de estas declaraciones, por supuesto...».

MÉXICO

Ayer llegó a esta ciudad una Delegación de parlamentarios africanos con objeto de estudiar de cerca el sistema electoral

mexicano, que permite que siempre salga elegido el candidato del P.R.I. (Partido Revolucionario Institucional), pese a que todos ellos se vienen distinguiendo desde hace años por su política más bien reaccionaria. Esta es la séptima Delegación de parlamentarios de distintos países que visita México desde las elecciones de 1970, que, como se sabe dieron la victoria al señor Echeverría. Según parece, el plan de trabajo de los parlamentarios africanos dará comienzo mañana con una detenida visita al Ministerio del Interior.

TOLEDO

En medios políticos de esta ciudad se comenta con agrado que a falta tan sólo de unos meses para que se cumplan los seis años de la firma del Acuerdo preferencial entre España y el Mercado Común, ya sólo queda un país de los «seis» firmantes del Tratado de Roma en el que todavía impere la llamada democracia inorgánica. Como se recordará en el preámbulo de dicho Acuerdo se exhortaba a nuestro país a que, en el plazo de seis años «alinease» sus instituciones con las de los países del M.E.C., dándose el hecho

curioso de que han sido ellos los que han «alineado» las suyas con las nuestras. De ahí el no disimulado júbilo que domina en ciertos medios políticos de esta ciudad...

MADRID

En medios habitualmente bien rumoreados ha comenzado a circular ya la primera lista de futuros «ministrables». Desde que se produjo el relevo ministerial, en noviembre de 1969, no se habían oído cábalas acerca de posibles cambios en el Gobierno. Algunos observadores atribuyen la aparición de este primer rumor

al hecho de que la Liga se va desenvolviendo sin alteraciones notables, y de algo hay que hablar.

CÓRDOBA

Manuel Benítez, «el Cordobés», ha anunciado su decisión de dedicarse a la política. «Ya he hecho bastante dinero con los toros —ha declarado—, ahora voy a intentar lograrlo por otros medios. No es por ambición: es sólo por divertirse.»

MADRID

Por primera vez desde que existe, TVE se ha ocupado extensamente de un conflicto laboral español. Ayer fue emitido

un programa de media hora grabado en directo en las cuencas mineras asturianas por un equipo especial compuesto de cuarenta hombres, entre cámaras, técnicos y periodistas. Como explicó el presentador de la emisión, no era honrado «desplazar» un equipo menos numeroso, cuando para la simple retransmisión de un partido se moviliza, por lo menos, a treinta hombres. El documento televisado tuvo momentos de gran calidad e interés humano y, gracias a él, el televidente medio pudo hacerse una idea de las razones de ambas

partes, Empresa y productores, en el actual conflicto laboral que, como se sabe, es el primero que se registra en Asturias en 1971.

BARCELONA

Después de su última reunión en esta ciudad, los procuradores «familiares» han decidido presentar a las Cortes la propuesta de la abolición de la pena de muerte en España. «De hecho, no se ha aplicado ninguna vez en los últimos años —manifestó un portavoz de los trashumanes—. ¿Por qué no desterrarla para siempre de la Legislación? Creemos que es un deseo general

que está desde hace tiempo en el ambiente».

OVIEDO

Por vez primera en 1973, durante el mes que acaba de terminar no se ha registrado un solo accidente mortal en las explotaciones mineras asturianas. Pese a no poseerse datos concretos, parece ser que este hecho podría constituir un récord en los últimos cuarenta años de historia de la minería. Nadie recuerda, en efecto, un período de tiempo tan dilatado sin que haya habido que lamentar desgracias personales en las minas de Asturias. Algunos comenta-

ristas señalan que esta ausencia de accidentes laborales puede estar relacionada con el paro colectivo que existe en las cuencas carboníferas desde hace cinco semanas, sin que hasta el momento de transmitir esta noticia se le vea próxima solución. Como se recordará, el conflicto estalló por reivindicaciones salariales y de condiciones de trabajo.

SEVILLA

«Yo espero que 1974 sea el año de las asociaciones, el año de la institucionalización de los legítimos pareceres y contrastes que, queramos o no,

están ahí y piden a gritos un cauce por donde expresarse», ha declarado a un diario de esta capital el subjefe provincial del Movimiento, en una entrevista que, por los temas audaces que toca, está armando mucho ruido.

ALMERÍA

Setecientos «western» o películas del Oeste se han rodado durante 1973 en esta provincia, con participación de más de dos mil artistas extranjeros y de veinticuatro mil «extras» españoles, cifras que sobrepasan con mucho a las logradas en los mejores años de Hollywood

en este género de películas, y que contrastan con las tres películas enteramente españolas que se han rodado en este mismo año en Madrid.

BUENOS AIRES

El general Lecumberri se ha proclamado Presidente provisional de la República, tras destituir al general Berelli, que asumió el Poder en 1972, a raíz de un golpe de Estado. Parece ser que el general Lecumberri cuenta con el apoyo de todas las Fuerzas Armadas.

BUENOS AIRES (URGENTE)

El general Lecumberri, que hace tan sólo unas ho-

ras se levantó contra el Gobierno del Presidente Berelli, no podrá ser investido Presidente de la República: antes de que llegase a la Casa Rosada se ha conocido la noticia de que el general Álvarez Smith ha decidido asumir el Poder él de modo provisional y según parece, cuenta con el apoyo de los tres Ejércitos.

BUENOS AIRES (MUY URGENTE)

Menos de media hora después del golpe de Estado del general Álvarez Smith, que se levantó contra el general Lecumberri, quien a su vez destituyó, tras un

golpe de Estado, al general Berelli, se ha hecho público un llamamiento del general Caetano en el que anuncia que se hace cargo del Poder, para lo que cuenta con el apoyo incondicional de las Fuerzas Armadas.

BUENOS AIRES (URGENTÍSIMO)

Al llegar a la Casa Rosada para hacerse cargo del Poder, el general Caetano se encontró en las escalinatas con el general Delgado Parker, quien le comunicó que había decidido proclamarse Presidente en tanto se puedan convocar unas elecciones generales. El general Delgado Parker se

hallaba acompañado por representantes de los tres Ejércitos, aunque ninguno de ellos quiso dar su nombre.

BUENOS AIRES (EXTREMADAMENTE URGENTE)

Cuando se disponía a dirigirse a la nación desde uno de los salones de la Casa Rosada, el general Delgado Parker se encontró sentado ante los micrófonos al general Blanco Negrín, quien le anunció que había decidido hacerse cargo del Poder. A su lado se hallaba el hasta hoy Presidente, general Berelli, derrocado esta mañana,

como se recordará, por el general Lecumberri.

MADRID

Uno de los restaurantes «políticos» más acreditados de la capital ha introducido una novedad que seguramente hará que este año de 1973 pase a los anales de la gastronomía. A partir de hoy, a los comensales del restaurante en cuestión se les entrega, al sentarse a la mesa y según su categoría, junto con la «carta» correspondiente, un ejemplar de la Ley Orgánica, o de la ley de Régimen Local, o del Fuero de los Españoles, etcétera. El folleto político de

que se trate es «regalo de la casa» y, por lo tanto, no repercute en el precio de cada menú.

WASHINGTON

Más de diez millones de personas se espera que acudan el próximo fin de semana hasta Washington desde todos los puntos de la Unión para protestar contra la guerra de Indochina (la cifra más alta de manifestantes se registró en la primavera de 1971, con varios cientos de miles de personas).

MADRID

Un total de veinte librerías fueron asaltadas esta noche por desconoci-

dos a la misma hora, aproximadamente. En todos los casos los autores del atentado han procedido a romper las lunas de los escaparates y a escribir en las paredes con grandes letras «Biba la Hignorancia».

BEIRUT

En medios oficiales de esta capital se comenta, con evidente pena, no exenta de cierto orgullo, que por vez primera en lo que va de siglo en 1974 el mundo árabe ha registrado mayor número de golpes de Estado que el mundo latinoamericano: durante los doce meses del pasado año, en los países

árabes se registraron en total ciento veintisiete golpes de Estado, y en los países latinoamericanos «tan sólo» ciento cuatro.

Pormenorizando más se especifica que de los ciento veintisiete golpes de Estado habidos en el mundo árabe, ciento diez tuvieron tendencia derechista; diez, podrían ser calificados como de izquierda y los restantes no pudieron ser clasificados, ya que no les dio tiempo a sus autores a manifestarse en ningún sentido.

MADRID

«El año futbolístico suele terminar en el mes de junio; el año televisivo a

principios de julio, y el año político, a primeros de agosto. El buen sentido aconseja que habría que coordinar el comienzo y el final de estos tres años, que tan gran importancia tienen en la vida del país para que todos ellos se inicien y concluyan en la misma fecha», dice hoy en su columna editorial, uno de los más influyentes diarios matutinos madrileños. «De este modo —añade— se terminaría el concierto actual, que hace que el ciudadano medio crea que el año político acaba cuando finaliza la Liga, y viceversa.»

VILAMENDRUGO DE ARRIBA
«Nuestra Iglesia no es, ¡ay!, ni sombra de lo que fue. Se ha perdido por completo el espíritu del tiempo de las Cruzadas o de la época de la Inquisición», ha declarado el antiguo párroco de la iglesia de esta localidad (que cuenta actualmente noventa y tres años), en el curso de una trascendental rueda de Prensa, a la que asistió este corresponsal.

MADRID

Si es cierto, como se rumorea, que el favorito para el premio de novela Alfaguara es Camilo José Cela

—que se ha presentado al concurso con seudónimo—, todos los premios literarios de este año habrán sido ganados por autores ya consagrados y no habrán servido, por tanto, para descubrir a un solo autor novel. Esta tendencia de los escritores famosos a presentarse a

concursos se inició hace cinco años, en 1971, con la decisión del señor Gironella de concurrir al premio Planeta. Se ve que a raíz de aquello —y de que apenas suscitó críticas en el país— todos ellos se han dicho: «Si caen unos cientos de miles de pesetas, buenos son...»

MADRID

Treinta y cuatro personas fueron retiradas hoy de la Gran Vía con evidentes síntomas de asfixia por contaminación atmosférica. Una de ellas falleció poco después en la Casa de Socorro; las demás se encuentran bajo observación médica.

